

A man with dark hair and a beard is embracing a woman with long, wavy red hair from behind. They are in a dark, possibly indoor setting with vertical lines in the background. The woman is smiling and looking to the right. The man's hands are resting on her waist and stomach.

MERY RANGEL

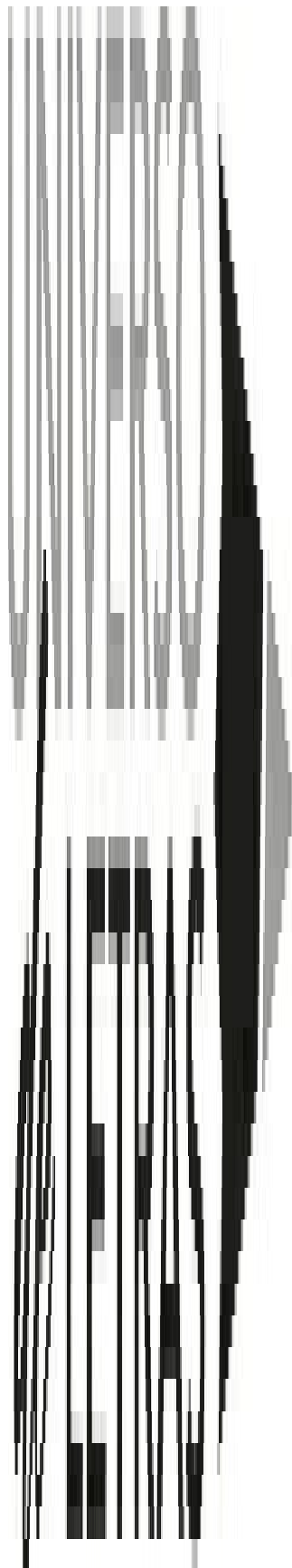
DESDE
LA
PRIMERA
VEZ

UNIVERSO
de LETRAS 

DESDE LA PRIMERA VEZ

DESDE
LA
PRIMERA
VEZ

MERY RANGEL



Desde la primera vez

Mery Rangel

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Mery Rangel, 2019

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: enero 2019

ISBN: 9788417740009

ISBN eBook: 9788417741129

Capítulo 1

Existen dos tipos de personas. Las que todos admiran, imitan y siguen, como Christie Todd, mi mejor amiga y la chica más popular de todo mi entorno y seguramente del entorno de muchas otras personas, y las que hacen que nos preguntemos por el sentido de su existencia como Ben O' Connell.

Ben era un prestigioso abogado con despacho propio y una cartera de clientes exclusivísima como la de *Wachtell*, pero su apariencia era un desastre, me atrevo a decir que rozaba la ruina y casi, sin duda, la vulgaridad. No utilizaba trajes, camisas de seda, corbatas, ni zapatos lustrosos. En contraste solía vestir de mezclilla, con camisas holgadas, arremangadas hasta los codos y por fuera del pantalón.

Estaba claro que el buen gusto no era lo suyo pero tampoco lo parecía la pulcritud. Digamos que su patética ornamenta hacía juego con su descuidada melena, su tez sin brillo, el ovillo de pelos tornasolado entre marrón y rojizo que le cubría el rostro, y la ausencia, la imperdonable ausencia de perfume.

Siempre me pregunté qué fragancia podía expeler un hombre como él y al verle beber la respuesta era etanol. Ni Paco Rabanne, ni Armani y ni siquiera un asequible Giorgi se beneficiaban del abogado con honorarios superiores al medio millón de dólares anuales. Los que solían hacerlo eran los dueños de las destilerías, las cervecerías, los bares, clubes y en especial Kilbeggan. Aquel era su trago favorito.

Era alcohólico, pensábamos todos, pero nadie se atrevía a hablar de ello y menos delante de Christie. A ella y a su novio Darrell les molestaba que injuriaran a Ben pero Christie era quien más se enfadaba. Conocía a Ben desde que había sido pasante de abogada, y desde entonces se hicieron grandes amigos.

Para ella Ben era un chico excepcional, pero sobre todo un caballero de los que aún enviaba flores, abría la puerta a una chica, le acomodaba la silla para que se sentara, llevaba pañuelo para cederlo y en especial, de los que jamás permitiría que aquella pagara ni siquiera un café.

Era perfecto, solía decir. Atractivo, amable, inteligente, adinerado, respetado...

—¡Y alcohólico! —espeté.

Estábamos en mi oficina. Trabajábamos en una editorial y eran cerca de las 7:00 de la tarde cuando su mirada me atravesó como una flecha al oírme decir que su amigo era un dipsómano.

—Odio cuando juzgas a la gente sin conocerla —dijo. Si no fueras mi mejor amiga juro que...

—Me dejarías de hablar —apunté. Lo sé. Me has dicho lo mismo un millón de veces, así que no te atrevas a recordármelo una vez más. ¡Me hastías!

Abrió la boca.

—Valeee —gruñó. Percibo que no estás de humor. Pero al menos dime, ¿por qué?

Suspiré.

No quería hablar pero necesitaba desahogarme.

—Llevamos tres meses sin editor —le recordé. Estoy de trabajo hasta las cejas y creía que en la reunión de hoy Gibson mencionaría algo sobre ese asunto pero ya lo ves, no dijo nada.

—Es normal —sentenció. No depende de él. La decisión la toman en Nueva York y ahora Bárbara es la responsable. Por desgracia, lo de relevar a su padre no se le está dando muy bien así que tendrás que ser paciente. He oído que quiere hacer una reestructuración en todas las sedes y eso incluye esta. Sólo espero que los cambios no nos afecten a todos. Me gusta el Departamento legal tal como está y odiaría tener que prescindir de alguno de mis chicos.

—Pues te deseo suerte —bufé. Por mi parte ya puedo olvidarme del ascenso. Bárbara me tendrá en una perenne espera. ¡Le odio!

—¿Pero de qué estás hablando? —tomó asiento. Bárbara te adora. Le encanta tú trabajo y sabe que eres la persona indicada para sustituir a Oxford.

—Pues prefiero no hacerme ilusiones —insistí. Hablé con ella hace una semana y sólo me dijo que le había gustado la propuesta que le envié para los textos escolares. Dijo que estaba todo muy bien y que si la junta lo aprobaba tendría que ir a Nueva York. Luego me colgó.

—¡Oh, vamos!—buscó animarme. Que te haya colgado no significa nada. Tú sólo dale tiempo. Mientras tanto recoge tus cosas, deja que te lleve a casa y luego nos vemos en *Joe's*. Tengo reservada una mesa. Celebraremos que Darrell consiguió llegar a un acuerdo con la Corporación Magnum y que en poco tiempo sus clientes recibirán un succulento cheque por valor de treinta mil dólares, y él una prima similar.

—Genial —manifesté. Pero temo que hoy no les acompañaré. Me voy a casa y adelantaré todo el trabajo que pueda. El fin de semana es corto y además ya he quedado con Ethan para que me lleve él. Le estoy esperando.

Me miró con curiosidad.

—¿Ethan? —sondeó. Pero si ya se marchó. Le vi en el ascensor cuando venía hacia aquí. Le pregunté si ya se iba y dijo que si, y que más tarde nos veríamos en *Joe's*.

Fruncí el ceño.

—¿Bromeas? —levanté el teléfono y marqué la extensión del Departamento de traducción. Pero si le dije que necesitaba las traducciones que debemos publicar la próxima semana.

Se encogió de hombros.

—Pues ya ves que no le dio importancia —apuntó. Por consiguiente deberías hacer igual. Coge tus cosas, vente conmigo, te dejo en casa y luego te paso a recoger para ir a *Joe's*. Darrell y Mel se reunirán con nosotros en cuanto salgan del bufete, y Ben dijo que estaría allí en una hora.

Blanquee los ojos.

—Pues paso —dije. No estoy de humor y tampoco quiero ver a Ethan. De verle le cogeré de las pelotas y se las arrancaré de cuajo. ¡No puedo creer que se haya marchado sin decirme nada!

—¡Venga! —suplicó. Prometo que sentaré a Ethan lejos de ti. Te pondré junto a Ben.

—¿Qué? ¡No! —me puse en pie e inicié la recogida de las carpetas que pretendía llevarme a casa. Se lo que te propones y temo decirte que no caeré. Antes me lanzo por la ventana.

Negó con la cabeza.

Luego me siguió con la mirada a lo largo del despacho; mientras me veía recoger todo hasta que volví frente a ella y nuestras miradas se cruzaron.

—Sí —le señalé con el dedo. Sé lo que estás pensando y la respuesta es no. Sabes que odio que me obliguen a relacionarme con quien no quiero y tu pareces no comprenderlo.

—¿Elle, por qué le odias? —me preguntó.

—No le odio —mentí. Es sólo que creo que es extraño, que se viste de pena, que tiene un problema con la bebida y huele a antiséptico.

Abrió la boca.

—Si —afirmé. Sabes que digo la verdad y que tú amigo es vulgar.

—No lo es —rezongó. Le conozco hace mucho tiempo y no es como dices. El problema es que tú...

—Es igual —le corté. Me deprime y no comprendo cómo un hombre con sus honorarios no dedique ni un céntimo a su imagen, ni a buscar ayuda para su problema.

—Elle, Ben no es alcohólico.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué es?

Se quedó en silencio.

—¿Lo ves? —dije. No sabes que decir. La cuestión es que aunque odies que hablen mal de él es inevitable. No da para un mejor trato y temo decirte que cuando le veo sólo puedo pensar en el marinero de *Waterworld*. Es todo greñas y harapos. Luego está ese estúpido mote con el que le ha bautizado Darrell, *El lobo de Chicago*, aludiendo al *Lobo de Wall Street*. ¿En serio? Pero si *ese* no se parecería a Leonardo Di Caprio ni ahogándole en el Titanic.

—Valeee —dijo intentando guardar las formas aunque estaba hecha una furia. Escúchame...

—No —negué. Escúchame tú a mí. No iré a *Joe's*, no me sentaré con tú amigo, no fingiré que me agrada y eso es todo. Eso no significa que le odie

sino que no comparto tú afán de obligarnos a compartir nuestros ratos libres con él. Respeto que tú y Darrell lo hagan, y que le tengan como amigo pero eso no significa que Mel, Ethan y yo debamos hacer lo mismo. Esto no es una dictadura, así que déjanos elegir.

—Pues no deberías hablar en nombre de los chicos —espetó. Al menos no de Ethan. Te sorprendería saber que él y Ben se han hecho muy buenos amigos.

—Mientes —le contradije. Ethan jamás...

Guardé silencio.

De repente recordé que en los últimos meses casi no nos habíamos visto, a pesar que trabajábamos en la misma editorial, y que las pocas veces que habíamos hablado parecía distante y poco interesado en contarme como iban sus cosas. Hacía poco él y su novia lo habían dejado y desde entonces aquello era el tema de nuestras charlas pero ahora ni siquiera las había. Era como si no quisiera contarme nada.

—Son amigos desde que coincidieron en el partido de los Cubs —reveló. Ben le invitó porque supo que Ethan es fan del equipo como él. Les presentó a los jugadores y al presidente del equipo.

Negué.

Ella sonrió.

—Veo que Ethan no te lo ha contado —agregó con sorna. Y es extraño porque en los últimos meses no ha parado de hablar de ello. En especial desde que el presidente de los Cubs le enviara invitaciones para ver todos los partidos de la temporada en el palco de honor. ¿Puedes creértelo?

—Pues tampoco es para tanto —manifesté tirando las carpetas sobre la silla que había a su lado. Ni que fuera la NFL.

—Pues en ese caso Ben también le habría sorprendido —presumió. Conoce a la propietaria de los Bears y al entrenador de los Bulls. Lo digo por si luego mencionas la NBA.

—Eres insoportable —bufé. Mira que alardear de las amistades del otro.

—¡No lo hago! —aseveró. Sólo te pongo al día. Sé que Ben te cae mal pero al menos deberías admitir que el chico está bien relacionado. Además,

deberías alegrarte por Ethan. Después que su novia le dejó, salir con los chicos le ha animado mucho.

—Y me alegra —mentí alejándome hasta la ventana de cristal que daba al pasillo. Sé que está mucho mejor y lo sé porque soy su mejor amiga. ¿Acaso crees que porque Ben le ha presentado al presidente de los Cubs, esto ha cambiado? Que te quede claro que le conozco desde el jardín de infancia y si hay alguien que puede decir que Ethan está bien esa soy yo.

—¿Pero cómo crees que lo ha conseguido? —insinuó.

—No te atrevas —le señalé.

—Ha sido Ben —sostuvo. Y siendo la mejor amiga de Ethan deberías alegrarte. No obstante, no lo haces porque saber que Ben no es la persona que crees, te molesta.

—¿Debo recordarte que asistió a mi fiesta de cumpleaños? —inquirí.

—No —dijo. ¿Pero debo recordarte que asistió porque fue en mi departamento y le invité yo?

—Es igual —le di la espalda. El caso es que fue.

Negó.

—Elle, eres una chica genial —le oí decir después. Pero no entiendo por qué arremetes contra Ben del modo que lo haces. Comprendo que no te resulte agradable pero si tan sólo le conocieras, seguramente dejarías de pensar lo que piensas sobre él. En cuanto a Ethan, no me sorprende que esté pasando de ti. Debe pensar que si te cuenta que Ben le cae bien le reñirás.

—No lo haré —mentí. Es mi mejor amigo y lo que le haga sentir bien me hace sentir bien a mí.

—Entonces ven a *Joe's* y siéntate junto a Ben —me retó. Demuéstrame que dices la verdad.

—No —titubeé. Es decir, ya te dije que tengo mucho trabajo y que me iré a casa.

—Y una mierda —objetó. Le odias.

—¡Le llaman *Merlin-skyyyyyy!* —grité con las manos en alto. Los chicos le dicen el mago de los tragos.

Abrió los ojos.

—¿Bromeas? —inquirió.

—Todos no paran de reírse a sus espaldas y si no quiero relacionarme con él es porque no deseo que empiecen a hacer bromas sobre mí —le aclaré. Sustituyo al jefe de edición, me estoy jugando el cuello y no soy como tú.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó.

—Que no soy popular —sentencié. Chris, gozo de un mínimo de respeto por estar donde estoy pero si no fuera así, y además me relacionara con tú amigo, mi vida sería un calvario.

—¿Intentas decir que toda esta maldita guerra contra Ben es por el qué dirán?

Cerré los ojos.

—Me decepcionas —negó con la cabeza. Creí que no te importaba lo que dijeran los demás.

—¡Y no me importa! —me exalté. Es fácil para ti porque...

—No —me señaló con el dedo. No te atrevas a decir nada más. Si quieres pasarte el resto de nuestra amistad evitándome para no tener que relacionarte con Ben, pues bien, lo respetaré, pero deja de mentir. Al menos Ethan me ha demostrado que no piensa como tú y seguramente Mel no tardará en hacerlo. Por lo que respecta a eso de que Ben es alcohólico, te recuerdo que es irlandés y beber es normal de donde viene. Finalmente está lo de su divorcio. Te conté que fue una experiencia difícil para él porque amaba a su esposa y aquello le hundió.

Le miré.

Inmediatamente después se marchó.

Capítulo 2

Quise morir cuando supe que Mel había aceptado la propuesta de Christie de hablar con Ben; además de invitarle a su fiesta de cumpleaños. Como cada año Christie sería la organizadora y como era de esperarse se encargó de la lista de invitados donde agregó a Ben, en la parte superior, con boli rojo, en mayúsculas y luego la dejó sobre la encimera de su cocina para que todos la viéramos.

Celebrábamos la fiesta de Fin de Año y tal como estaba su departamento, es decir a rebosar, aquello de la lista había sido intencionado. Christie jamás habría dejado información sensible a la vista de nadie, ya que odiaba que conocieran su agenda, pero deseaba lanzar una advertencia. Quería dejar claro que estimaba a Ben y que los comentarios sobre éste le resultaban de mal gusto.

La fiesta empezó a las 9:00 de la noche. Los invitados fueron llegando casi uno tras otro y la anfitriona les fue recibiendo con un beso. Como cada año había organizado una cena con un brindis, para luego dar inicio a la tradicional fiesta entre pitos, serpentinas y gorros.

Sería todo un agasajo. En la fiesta estaban algunos fotógrafos amigos de Christie y ello sería una reseña en alguna revista social. También como cada año la elogiarían, hablarían maravillas del menú, de las bebidas, los invitados importantes y las tan deseadas anécdotas.

De eso iban las fiestas de Christie, de cotillear. Por esa razón cuidaba con esmero de los detalles. Por ejemplo, jamás hablaba del banquete ni de las bebidas pero aquel año olvidó su regla de oro y acabó contándonos a Mel y a mí que servirían *Dom Perignon* para brindar, y *Pavillon rouge du Margaux* para acompañar el menú cinematográfico que había elegido.

¿Menú cinematográfico?, intenté adivinar a qué se refería, pero como era de esperarse no lo conseguí. Recordar un menú de película que a Christie le hubiera resultado interesante era tanto como dar con el número de estrellas dispuestas en el firmamento.

Por otro lado, dudé que se arriesgara con un menú improvisado porque era una fiel de la comida mediterránea, su madre era catalana y ambas conocían a Carme Rusalleda. Con amigos así dudé que se equivocara a la hora de servir una mesa pero irrisoriamente fue lo que sucedió.

Para su fiesta estrella se olvidó de sus raíces y acabó rindiéndose a la gastronomía mexicana. Fue toda una sorpresa porque los invitados esperábamos un *buffet* perfecto y delicado pero la cuestión es que no estuvo ni cerca. Se sirvió mole, chile, tamales pero el plato estrella fueron las Codornices en pétalos de rosa. Como dije, Christie había pensado en un menú cinematográfico y aquel no fue otro que el del film *Como agua para chocolate*.

Todos dudaron respecto a lo que veían en sus platos, salvo Ben que parecía saber perfectamente lo que estaba comiendo. Todo debía parecerle delicioso y lo sé porque en cuanto le sirvieron las codornices, las despedazó. Si, literal, las cortó con drasticidad, empaló la carne en el tenedor, se la llevó a la boca y ya dentro la trituró como un bárbaro.

Era asqueroso pero debo confesar que fue el único que no hizo sentir mal a Christie. Debió ver que su amiga no estaba para críticas y menos tras presenciar la discusión entre ella y Darrell por las bebidas.

Al parecer en el almacén de licores habían cometido un error y en lugar de *Dom Perignon* y *Pavillon rouge du Margaux* lo que le llevaron fueron unas cajas de aguardiente. Me pregunté si en la tienda habrían sospechado lo del menú.

—¡Cómo que Aguardiente! —se exaltó Darrell. ¿Es una broma?

Christie negó.

—Les he llamado para ver si pueden cambiarlas pero me han dicho que no podrán hacer nada hasta pasadas las fiestas —dijo.

—¡Jodeeeeeer! —gritó aquél. ¿Y ahora qué se supone que haremos? No

podemos decir a todos que lo único que hay para beber es Tequila, Ron, Orujo y...

—Y *Cocuy* —siseó Ben mirando con curiosidad el recipiente de barro que contenía la bebida. Espero que no se trate de una bebida de contrabando porque en la fiesta está Ray el jefe de policía, el juez Castro y el sobrino del senador Patrickson.

—¡Mierda, mierda, mierdaaaaa! —se quejó Darrell nuevamente golpeando la encimera. ¿Chris, pero como no te diste cuenta?

Aquella cerró los ojos.

—Tranquilízate —añadió Ben. Llamaré a un cliente que se dedica a importar licores. Le pediré que me envíe unas cajas de champán y asunto resuelto.

Christie corrió a abrazarle.

Realmente se le veía nerviosa.

Supongo que debió imaginar lo peor cuando Ben recordó quiénes estaban en la fiesta pero en especial, en la vergüenza que pasaría si alguien decía algo sobre el licor del botellín de barro. El titular en prensa y televisión le señalaría de contrabandista, y la sociedad empezaría a juzgarle sin darle tiempo a explicarse.

Sonreí al imaginarlo y confieso que hasta vislumbré al mismísimo jefe de policía esposándola. Por primera vez la reconocida abogada Christie Todd no aparecería en la sección de sociales por su posición, sino por delincuente.

Definitivamente el universo debía estarle pasando factura por lo petarda que se había vuelto con el tema de Ben y me parecía bien. Lo estuve celebrando mientras le veía nerviosa, incrédula de que algunos hubieran decidido celebrar con aguardiente y que su departamento empezara a verse como un gallinero.

Quizá por ello las bromas sobre las codornices no tardaron en hacerse oír. Al parecer a todos les habían resultado extrañas pero nadie se atrevió a decirlo mientras la sobriedad les acompañó. El temor a la reacción de Christie era monumental pero ya ebrios y apoyados en común nadie pudo callarse. Algunos dijeron sentir dudas al comerlas porque no sabían si eran palomas, aunque lo que sorprendió a Christie fue cuando oyó decir que se trataban de hurracas.

Si, su cara era todo un poema y aunque en cierto momento sentí tristeza al verla boquear ahogada por la impresión, el caso es que sentí que una dosis de burla no le vendría nada mal para bajarle los sumos. Era una chica excepcional pero pecaba de egocéntrica, en los últimos meses se había vuelto cansina y desde nuestra discusión en la oficina no paraba de molestar recordándome que Ethan, y luego Mel, se habían hecho amigos de Ben.

—No quiero imaginar con qué les has chantajeado, pero me juego una pierna a que ha sido algo ante lo que han tenido que ceder —declaré.

—No es lo que crees —buscó engañarme. Sabes que Mel está enamorada de Ethan y necesita ayuda.

—¿Y cómo iba ayudarla *ese*? —le interrogué.

—Simple —aseguró viendo a Ethan y a Ben. En cuanto Mel le confiese a Ethan lo que siente, éste se lo contará a Ben y ¡zas!, éste le aconsejará en favor de Mel.

—¿Pero te has vuelto loca? —manifesté. Eso no funcionará. Ethan jamás le contará nada a *ese*. Me lo creería si se tratara de Darrell.

—¿Apuestas? —me retó sonriendo al ver que Ben miraba en nuestra dirección.

Ni hablar, pensé.

Le veía muy segura de sí y eso en Christie era señal de que controlaba la situación. Debía pensar que si conseguía que todos dejaran de beber aguardiente su fiesta estaría a salvo, así como su reputación, pero no, ya estaba yo para evitarlo.

Casi al instante me alejé, me uní a los chicos de la editorial, me tomé unos chupitos y luego me lancé a por mi amigo. Mientras caminaba le veía reír con Ben y juro que su felicidad me resultaba ridícula. Hacía que la sangre me bullera a la misma temperatura que la superficie solar y no podía dejar de pensar que necesitaba separar a Ethan de aquel bárbaro.

Desafortunadamente cuando me faltaba poco para cogerle del cuello y llevármelo a arrastras, Louis, uno de los chicos de la editorial, se interpuso en mi camino, me cogió del brazo y dijo que me fuera con él y el resto del equipo.

Acabé en la distancia, rodeada del grupo más ebrio de la fiesta y a los que Christie en especial no quitaba ojo de encima. Lo hacía desde la distancia, en medio de Ethan y Ben, con su característica postura tiránica, vestida de rojo, sujetando a los chicos con sus larguiruchos dedos y advirtiéndome que no siguiera con mi actuación.

¡Que te jodan!, bufé.

No sólo estaba dispuesta a seguir. También conseguiría que le bullera la sangre y acabara incinerada. De ahí que incitara a los chicos a que siguieran bebiendo, que promovieran el caos hasta su punto más álgido y se olvidaran de donde estábamos. Quería que Christie supiera que si ella podía controlar a Ethan y a Mel, yo podía hacer igual con toda la plantilla de la editorial.

Quizá a ella le admiraban, y más de uno habría empeñado el trasero si eso le hubiese garantizado la amistad permanente con la reina de las fiestas, pero también le conocían. Sabían que era presumida, que les invitaba a sus fiestas por política, que les tenía por gente corriente, mal educada y de mal gusto, y que si hubiera dependido de ella más de la mitad ya no trabajaría en la editorial.

Por ello a los chicos les costaba hacer tonterías. Conocían a Christie y temían que ésta arremetiera contra ellos. La cuestión fue que el miedo sólo les duró mientras estuvieron sobrios. Ya ebrios se olvidaron de Christie, de su popularidad, su status social e influencia, y acabaron alimentando un monumental caos.

Juro que no podía parar de reírme e imaginaba la indigestión que debía estar sintiendo al vernos sin control y zarandeando sus adornos. Su departamento estaba repleto de piezas de valor y yo sin titubeos las cogía, jugaba con ellas, animaba a los chicos a pasarlas de mano en mano y hasta las dejaba caer.

Alguna quedó hecha añicos como su caciquismo, pero supongo que al verla tan desdichada me arrepentí, decidí acercarme para pedirle disculpas pero fue imposible. Los chicos de la oficina intentaron convencerme de seguir la fiesta con ellos así que me asusté, salí corriendo y acabé en la terraza.

Mientras pensaba en mi habilidad para correr ebria y con tacones miré al cielo y noté que estaba despejado, y que hacía mucho frío. Tras unos minutos,

expuesta sin abrigo porque lo había dejado en el perchero, empecé a tiritar. Mi rostro, lengua y manos empezaron a inmovilizarse, y todo empezó a ponerse borroso. Cuando intenté volver dentro me percaté que la puerta se había cerrado, que nadie me veía y poco después ¡zas!, vi todo negro.

Cuando abrí los ojos estaba recostada en el diván que había en el salón, veía borroso, una montaña de curiosos me vigilaba, especulaban sobre mi estado y sólo dejaron de hablar cuando una voz pidió que se callaran, que se apartaran para que pudiera respirar y para que pudiera escucharle.

—¿Elle, me oyes? —preguntó la voz.

Era Christie.

—Iré a buscar otra manta y algo caliente—dijo. Sigue en shock.

Mel estaba sentada a mi lado y en cuanto Christie se alejó, me cogió de la mano.

Lo siguiente que recuerdo fue a Ethan aparecer entre los curiosos, con expresión preocupada y formulando la misma pregunta que Christie:

—Elle ¿me oyes?

Sí, pensé. Es sólo que no deseo hablarte. Lo que me ha sucedido ha sido tú culpa.

—Estaba en la terraza y perdió el conocimiento —confesó Mel. Ben le ha encontrado.

Cerré los ojos y deseé que la tierra me tragara. Sí para que mis desgracias fueran todas lo que faltaba era que aquel me echara un cable, pues ya estaba. Ni siquiera podía imaginar lo que Christie se aprovecharía de ello.

¡Que Dios me ampare!, exclamé para mis adentros. Había cavado mi propia tumba.

—Estará bien —dijo por hecho Christie tras volver. En cuanto se tome el café, Darrell y yo le llevaremos a su casa.

Ethan le miró.

—¡Bromeas, verdad? —dijo. Lo que necesita es ir al hospital. Se ha golpeado la cabeza y tiene hipotermia.

—Ni hablar —refunfuñó ella. Está bien y en cuanto se ponga en pie le llevaremos a su casa.

Y allí estaba de nuevo, el caciquismo de Christie emergiendo de las cenizas como el ave fénix. Necesitaba palomitas para presenciar la pelea del siglo. A mi derecha tenía al traicionero y muy, pero muy mal amigo Ethan Hopkins; y a mi izquierda la bruja manipuladora, Christie Todd.

—¡Olvidalo! —le contradijo él. Darrell está ebrio. Ben le ha tenido que llevar a la habitación.

Christie le miró con saña.

—Prometí llevarle yo —gruñó.

—Sobre mi cadáver—le contestó aquél.

—¡Basta! —articulé.

Ambos guardaron silencio.

—Elle, cariño —intervino Mel. ¿Qué ha sucedido?

Negué.

—Iré por su abrigo —dijo Ethan. Luego me la llevaré a casa.

Mel suspiró decepcionada. Se supone que aquella sería su noche pues le confesaría a Ethan lo que sentía pero ahora esa posibilidad se esfumaba en su cara.

—Ha sido tú culpa —le recriminó Christie nada más ver a Ethan alejarse. Debiste hablar con él cuando llegó.

—Estaba nerviosa —titubeó. Me pediste que hablara también con Ben.

—Sí, claro —dijo. Ahora culpame a mí.

—Bastaaa —chillé mientras intentaba incorporarme. Deja de atormentarle. No me iré con Ethan. Quiero que Mel le cuente lo que siente.

—¿Te has vuelto loca? —profirió. Claro que te irás. Has bebido demasiado. Te has dado un golpe en la cabeza y necesitas que te vea un médico.

—No —manifesté. Únicamente quiero irme a casa y le pediré el favor a alguien de la oficina.

—Nadie lo hará —me aseguró. Quienes podían ya se han marchado.

—Entonces pediré un taxi —insistí. Quiero volver a casa pero no aceptaré que Ethan me lleve si con ello fastidio los planes de Mel.

—No es necesario —manifestó. Christie tiene razón. He actuado como una tonta y he perdido la oportunidad de hablar con Ethan.

—Exacto —masculló aquella. Ha tirado a la basura la posibilidad de hablar con él esta noche y ahora él se marchará contigo.

—No lo hará —volví a decirle. Me iré en un taxi. En cuanto Ethan regrese se lo diré. Ya verás cómo le convengo.

Christie negó.

Debo confesar que ni cerca estuve de convencer a aquél.

Capítulo 3

Ethan y yo discutimos como niños antes de llegar a un acuerdo. Se negó a que volviera a casa en un taxi y sólo accedió a que Ben me llevara. Sé que fue idea de Christie y que el títere de mi amigo no se opuso. Meses atrás no lo habría permitido pues, al igual que todos, consideraba a Ben un bebedor compulsivo.

Desde entonces Christie llamaba a Ben héroe. Le aupaba por haber salvado la noche de Mel, por contribuir a que ésta y Ethan empezaran a salir, pero en especial por haberme salvado de morir en la terraza. A todos contaba la anécdota como si fuera algo agradable y decía que de no ser por Ben yo no estaría con vida. ¡Qué exagerada!

Desde luego, el heroísmo de Ben tenía un precio y Christie lo fijó pidiéndome que le invitara a comer pero me negué. Nada más de pensarlo me venían arcadas y me alegré de que aquella noche estuviera aporreada y ebria, y que además acabara durmiéndome. Eso me ayudó a no confraternizar con él, aunque cuando llegamos a casa algo de contacto debimos tener. Lo sé porque por sí sola no habría conseguido dar dos pasos, quitarme los zapatos, meterme en la cama y dejar un par de aspirinas con un vaso con agua en la mesita de noche.

Precisamente durante el cumpleaños de Mel hablábamos sobre ello, aunque me reservé los detalles para no darle de comer a Christie. A decir verdad sólo dije que Ben me había dejado en la puerta de casa y que luego se había marchado. No quería que me presionara más para que le diera las gracias y menos sabiendo que para ella unas simples palabras no serían suficiente.

—Es increíble —me cuestionó. No sé cómo puedes ir por ahí como si nada. Te salvó la vida y hace meses debiste llamarle para darle las gracias, pero en su lugar le has estado ignorando.

—Lo haré —mentí. Le llamaré.

—¿De verdad? —inquirió.

Asentí.

No deseaba oírle fanfarronear una vez más con la maldita historia de la terraza.

Me hartaba sentirla jactándose de Ben y juro que empecé a sospechar de aquello. Todas sus atenciones y aquel deseo porque todos nos relacionáramos con él me hicieron pensar que tal vez le interesaba Ben de otro modo.

De haber sido así se habría sumado a la lista de admiradoras que destilaban baba por él y que no paraban de hablar de un atractivo, a mi juicio, inexistente. Por otro lado, me indignaba verlas actuar como colegialas porque su comportamiento denotaba su estado civil, *buitras al acecho de un trozo de carne*, aunque no serían las únicas.

En la lista de admiradoras de Ben yacía también el nombre de una española llamada Maribel, con quien le vimos un tiempo y hasta creímos que la cosa iba en serio. La chica era bonita y sofisticada, y cuando se agitaba desprendía un delicado aroma a jazmín.

Fue la historia de todas porque creían a Ben disponible pero lo cierto era que de la noche a la mañana salía con una mujer. En los pasillos de la editorial no se oían más que blasfemias contra la guapa europea e incluso se llegó a decir que salía con Ben por interés.

Christie casi se muere cuando oyó aquello y de inmediato salió en auxilio de su amigo. Dijo que Ben no pagaba por compañía y que Maribel no sólo era española sino también modelo. Confesó que Ben se la había presentado ya que ambas compartían orígenes y que ésta no sólo se dedicaba a las pasarelas, sino también era conocidísima y no necesitaba ningún novio rico.

En un primer momento ninguna le creyó pero bastó con que revisaran la página web de Maribel para constatar que en efecto era modelo y que además gozaba de mucha popularidad.

Jamás vi a las chicas de la editorial tan desmoralizadas pero la mayoría respiró de alivio poco después. Maribel desapareció, Ben era nuevamente carne disponible, aunque ya no todas le seguían viendo como un adonis.

Digamos que antes de la española era un espécimen con ojazos, voz seductora y encanto, pero después de su idilio dudaban que tuviera corazón.

—No es que carezca de uno —aseguró Hannah, la jefa del Departamento de ventas de la editorial. Es sólo que es gay.

Christie le miró.

—¿Cómo te atreves? —dijo.

—Venga —insistió aquella. Únicamente he dicho la verdad. Se supone que salía con una chica guapísima y la dejó. Eso en nuestro lenguaje tiene un significado y es que no le interesan las mujeres.

—Ni hablar —intervino Mel sorprendiéndonos a todas. Estuvo casado. Es hetero.

—¡Y que lo digas! —le apoyó Christie.

—¿Elle, tú qué piensas? —me preguntó Hannah.

Metí los hombros.

No me interesaba lo que fuera aquél y no quería adentrarme en polémicas.

—Lo que no comprendo es cómo una chica como aquella pudo salir con él —murmuré. Era tan guapa.

Christie se volvió para verme.

Acto seguido vi una nube negra extenderse sobre mí y casi de inmediato relampaguear.

—Elle, no empieces —me instó.

—No lo hago —mentí. Sólo dije que era una chica guapa.

Aparecieron los vientos.

—Sé que intentas provocarme pero no lo permitiré —dijo.

Le vi.

Me vio.

El diluvio se aproximaba.

—Oh, vamos —intervino Mel poniéndose en medio de ambas. Es mi fiesta de cumpleaños. No se discutan.

—No lo hacemos —espeté. A decir verdad no quiero irme molesta.

—Desde luego que no —gruñó Christie. Bastaría sólo con que te fueras.

Blanqueé los ojos.

La pobre estaba tan molesta que de seguro no habría votado una gota de sangre de haberla cortado a la mitad.

—¿Elle, pero cómo es eso de que te vas? —volvió a intervenir Mel.

—Te dije que lo haría después de la cena —le recordé. Sabes que tengo mucho trabajo y además el lunes vendrá Bárbara desde Nueva York.

—Pero —titubeó.

—Déjala —le pidió Christie. Tiene razón. Lleva tiempo esperando coincidir con Bárbara y supongo que ahora que lo hará estará feliz.

—Lo estoy —afirmé. Y no llegas a imaginar cuanto.

—Bien —me miró con desprecio. Sólo espero que esa felicidad sea perenne. Últimamente estas tan amargada que no hay quien te soporte.

Entorné los ojos.

Ella me mofó.

Me despedí cerca de la media noche. Cogí mi bolsa, entré al ascensor y tras oír el roce del cable sobre la polea acabé en el *hall* del edificio. Antes que me despidiera, Mel había llamado un taxi y justo cuando salí vi que el chófer estaba esperando.

Bajé unos escalones, me detuve para comprobar que llevaba dinero para pagar, y acto seguido continué. Al hacerlo noté que Ben estaba al final de la escalera, fumaba, tenía la vista puesta en el taxi pero se volvió hacia mí en cuanto oyó el taconeo de mis zapatos.

¡Mierda!, pensé. Creía que se había largado.

Le había estado evitando para no darle las gracias pero al final iba a tener que hacerlo.

—¿Es para ti? —inquirió.

Asentí.

—Pues deberías averiguar quién es —manifestó. Es tarde para subir a un taxi y más en una zona como esta.

—Creí que eras abogado, no policía —dije.

—Iré yo si no te importa —advirtió.

Acto seguido le vi atravesar la calle, acercarse al taxista, intercambiar algunas palabras y poco después ver al conductor poner en marcha el motor y

alejarse.

¡Pero, qué coño!, pensé.

—No parecía buena persona —dijo volviendo a la escalera y llevándose otro cigarrillo a la boca. No quiso mostrarme su identificación y aceptó irse en cuanto le pagué.

—¿Es una broma, verdad? —solté.

Negó con la cabeza.

—Ven —advirtió. Te llevaré yo. Sé dónde vives.

—Nooo —me quejé bajando los escalones que faltaban. Puedo irme sola.

—Tendrás que caminar hasta la estación —expuso. Luego caminar unas seis calles y...

—¡Las caminaré! —me eché a andar. Despreocúpate.

Negó con la cabeza.

—Elle, espera —gritó para que me detuviera.

Lo hice.

—Elizabeth —le señalé. Mi nombre es Elizabeth.

Asintió.

—Bien —dijo luego. Elizabeth. Realmente siento lo del taxi. El caso es que ya se ha ido y que puedo llevarte si me lo permites. Vives en el 21175 de Bronzeville. Cerca de *Mindie's cakes*. Tienes un bonsái en el jardín, la encimera de tú cocina es de mármol y tú habitación tiene un...

—¿Un qué? —abrí los ojos.

—Una butaca de terciopelo rosa —apuntó.

—Eres un impertinente —mascullé. ¿Cómo te atreves?

—Ya te dije que te llevé una vez —insistió. Fue por Año Nuevo. Habías bebido. Te desmayaste en la terraza del departamento de Christie y te diste un golpe en la cabeza.

—¡Pues nadie te lo está preguntando! —me di la vuelta y retomé la marcha.

El barrio donde residía Mel era una buena zona pero de noche era como cualquier sitio desprovisto de luz. Con calles oscuras, ladridos de perros alrededor; coches acelerando en la lejanía. Me sentía como en una peli de suspenso.

Apresuré el paso al caminar por un tramo donde la bombilla del poste estaba fundida. Sentía como si me siguieran, como si me vigilaran, como si me vieran pero cuando me volvía no veía a nadie. Sólo había oscuridad y aquellos desagradables ruidos.

Al acabarse el tramo sin luz divisé la esquina donde debía cruzar para seguir hasta la estación pero cuando me disponía a atravesar la calle un coche apareció. Luego el conductor redujo la velocidad y casi al instante me pidió que me detuviera.

—¿Creo que no me recuerdas! —dijo.

Al ver que era Ben me detuve.

—Lamento lo que dije —agregó deteniéndose y bajando del vehículo. He sido un imbécil. Debí suponer que lo de la terraza no era un buen recuerdo.

—Olvidalo —le respondí.

—No —insistió. Realmente fue estúpido. No sé en qué estaba pensando.

Le miré fijamente.

—Escucha —busqué zafarme de él. Sé que ahora intentarás enmendarte buscando que acepte que me lleves a casa pero no es necesario. Verás, jamás subo al coche de un desconocido y menos cuando me sigue cinco calles en medio de la oscuridad.

—¿Desconocido? —inquirió. Pero si nos hemos visto al menos un millón de veces y hasta te he llevado a tú casa.

—¿Y eso qué? —expuse. Aquello fue idea de Christie. Yo jamás habría permitido que me llevaras.

Frunció el ceño.

—Me cuesta creer que digas que no me conoces —dijo.

—Quise decir no lo suficiente —apunté.

—Pero me has visto en las fiestas de Christie —insistió.

—Desde luego —le di la razón. Es imposible ignorar un armario de cuatro puertas que bebe sin control y come como un bárbaro.

Se quedó impávido. Estaba claro que no se esperaba aquello.

—¿No te caigo bien, verdad? —dijo.

Inspiré hondo.

Luego me eché a andar.

—Oyeee —gritó al ver que me alejaba. Es en serio. Permite que te lleve.

Le ignoré.

De inmediato subió al coche, aceleró y luego se detuvo delante de mí consiguiendo que el corazón me palpitara en la garganta.

—¡Pero qué haces! —me alteré. ¿Es que quieres matarme?

—Nooo —respondió bajando del vehículo. Sólo intento convencerte de llevarte.

Negué con incredulidad.

—Mira —dije. Estoy exhausta, quiero volver a casa y me gustaría hacerlo sola pero si de verdad quieres llevarme entonces adelante, pero con dos condiciones. La primera, que me permitas devolverte el dinero que le pague al taxista; y la segunda, que me digas cuántas copas has bebido esta noche.

—Oye —vaciló. Despedí tú taxi. No me debes nada. En cuanto a las copas..., la verdad es que no sé qué responder. No suelo contarlas. No puedo darte una cantidad.

—Perfecto —dije reanudando la marcha. Ha sido un placer.

—Está bien —confesó. Puede que hayan sido cinco.

Me detuve.

Luego me volví y negué con la cabeza.

—No —declaré. No es que no las cuentes. Es que no las recuerdas. Les pasa a los alcohólicos. Beber se convierte en un acto involuntario que no deja huella en su memoria.

—No soy alcohólico —se defendió. Y si me conocieras lo sabrías bien. Beber no te hace un adicto y si te sirve de algo, que sepas que cinco copas no son mi cuota.

Negué nuevamente.

Luego le di la espalda e intenté echarme a andar pero él corrió, me cogió del brazo e hizo que me detuviera. Recuerdo que al tomarme una sensación parecida a un hilo eléctrico recorrió mi cuerpo. Fue la misma impresión que tuve el día que Christie nos presentó. Estaba de espaldas y cuando me volví y

le vi me quedé tan quieta que Christie debió coger mi mano y ponerla en contacto con la de él.

—Lo lamento —se disculpó. Deja que te lleve.

Tragué.

No estaba segura de permitirlo pero miré alrededor y sólo veía un lugar oscuro que me hacía temer, no sé si tanto o más que a Ben.

Capítulo 4

Accedí a que Ben me llevara a casa. Mientras íbamos de camino por la autopista pensé en que le había llamado alcohólico y que quizá por ello estaba muy serio. Quise pedirle disculpas pero apenas las palabras llegaban a mi garganta se desvanecían. Puede que fuera la vergüenza o tal vez miedo a su reacción. ¿Y si me atacaba?

Me plegué todo lo que pude a la puerta. Me centré en mirar por la ventanilla, en intentar olvidar que iba con él y en que seguramente en poco tiempo estaría en casa y aquello quedaría sólo como una anécdota.

Pocas veces habíamos estado tan cerca y me desconcertaba que quizá gracias a aquel instante mi relación cambiaría a la fuerza. Era la segunda vez que me llevaba a casa, que se preocupaba por mí y como probablemente diría Christie, que me salvaba la vida.

—¿Puedo preguntarte algo? —oí decir así que le miré. ¿Por qué te has ido de la fiesta?

—Trabajo —confesé.

—¿A estas horas? —inquirió.

—Sí —respondí. Substituyo al editor de la editorial. Suelo llevarme trabajo a casa.

Hizo una mueca.

—No creía que fueras editora —apuntó. Pensaba que eras abogada. He oído a Christie decir tantas veces que eras buena en lo que hacías que estaba seguro que... Es igual, conozco a Greg Roach. Llevo sus asuntos acá en Chicago y si no me equivoco es accionista de la editorial donde trabajas. Si necesitas algo, sólo dilo. Puedo hablar con él sea lo que sea.

—No necesito nada —le contesté. Aunque agradezco la oferta.

Me miró reflexivo.

No sé qué pretendía al decirme que conocía al señor Roach pero no me pareció acertado. Si pretendía hacerme caer en la misma trampa que a Ethan, a quien sin duda le sorprendieron sus amistades, o a Mel a quien quizá le habría dicho que conocía a Keanu Reeves, su actor favorito, estaba muy equivocado.

Volví a mirar por la ventanilla. Ben fumaba con la vista puesta en la carretera, aunque de vez en cuando me observaba pero sin decir nada. Fue al darse cuenta de mi admiración por el lago que repentinamente se desvió de nuestra dirección, dejó atrás la autopista y acabó deteniéndose frente al muelle.

Le miré a la espera que me dijera qué pretendía.

—¿Por qué te has detenido? —acabé preguntándole.

—Baja —me pidió. Necesitas respirar un poco.

Me quedé muda.

¿Pero qué intentaba?

Al instante le vi sacar un cigarrillo, encenderlo, inhalar el humo y expulsarlo muy relajado. Verle me hizo enfadar y sentí la necesidad de decirle que quería ir a casa pero nuevamente las palabras se quedaron en mi garganta.

Era primavera y hacía viento pero aún así bajé del coche y me alejé. Ben me había hablado como si supiera todo de mí y estuviera seguro de lo que necesitaba. ¿Pero quién se había creído?

Al cabo de unos minutos continuaba fuera del coche, miraba hacia el lago, me abrazaba a mi misma para protegerme del frío y mi cabello flotaba como un montón de plumas atolondradas.

Me volví a la espera de que el psicólogo se dignara a hacerme volver y de una puñetera vez me llevara a casa. No obstante, al ver que no hacía nada me acerqué y le pedí un cigarrillo.

—Creí que no fumabas —dijo entregándome el pitillo.

—No lo hago —advertí.

—Estás temblando —agregó. ¿Por qué no subes al coche?

Negué con la cabeza.

—Iré hasta la plataforma —dije.

—De eso nada —expuso. Hace viento y es peligroso.

—Siempre voy —insistí.

—Pero hoy no lo harás —sentenció. La plataforma no deja de moverse. Podrías caer y hacerte daño.

Le miré.

Inmediatamente después me alejé pero en cuanto estaba a punto de llegar a la plataforma sentí que me cogía del brazo.

—Te he dicho que es peligroso —le sentí decir. ¿Es que no me has escuchado?

—¿Qué haces? —le empujé.

—No es seguro —insistió cogiéndome de nuevo.

—No vuelvas a ponerme las manos encima —le advertí. No me gusta que me toquen.

—Lo siento —dijo levantando las manos. No quería. Sólo volvamos al coche.

Negué con la cabeza.

—No vuelvas a tocarme —le repetí.

Me miró.

Luego asintió.

Poco después estábamos en el coche. Nos dirigíamos a la autopista, estaba molesta y aunque tenía el cigarrillo en las manos no podía llevármelo a la boca porque temblaba.

—Vivo a unos cuantos kilómetros de aquí —confesó tras verme intranquila. Tengo un salón muy grande con una preciosa vista del lago. ¿Quieres venir y verlo desde allí?

Le miré.

¿En serio me estaba invitando a su casa?

Pensé decirle que no pero repentinamente asentí así que acabamos dirigiéndonos a su domicilio.

Al entrar me impresionó la imponente chimenea que se erguía hasta el techo, la pared de piedra que le cobijaba, el piso de roble que le hacía la corte, la escalera a un lado que le otorgaba un aire distinguido, y que junto a las

lámparas antiguas y el sofá de piel con remaches magnificaban todo el espacio.

Era precioso y sin duda un guiño al buen gusto pero que me hizo dudar si realmente era la casa de Ben. Era incompatible con su imagen pero luego recordé que Christie había mencionado muchas veces su dirección así que no cabía duda que era su residencia.

—¿Increíble, verdad? —dijo sirviendo un par de copas y acercándose a la ventana para entregarme una.

Asentí con moderación.

—Llevo tiempo viviendo aquí y no me acostumbro —suspiró. Es la única casa de la zona que la tiene.

—¿Qué es? —pregunté refiriéndome a la bebida.

—Un licor a base de flores y frutas —confesó. Es una receta de mi madre. Pruébala.

Dudé.

No obstante, acabé dándole un sorbo.

En efecto, era una bebida con matices frutales y aromatizada con flores que, nada más ponerse en contacto con mi paladar, hizo que me estremeciera.

—Es lo único decente que tengo —se disculpó. Lamento no poder ofrecerte un martini.

—No importa —dije. No siempre bebo martini.

Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios.

Debió suponer que le estaba mintiendo pero no me lo dijo. Supongo que al coincidir algunas veces llegó a darse cuenta de cuales eran mis gustos así como yo conocía los suyos.

—Tengo curiosidad —titubeé. Creía que...

—Es un estereotipo —me cortó. Los hombres como yo no transmitimos un buen concepto. La mayoría de las personas desconfían, nos ven como extraños y en ocasiones hasta peligrosos. También creen que vivimos en departamentos sucios y que somos alcohólicos pero vuelvo a repetir, es sólo un estereotipo.

—Lo siento —me disculpé. No pretendía.

—No lo has hecho —afirmó. Jamás me han importado los clichés. Son ideas

absurdas aunque si la gente se aferra a ellos pueden hacer mucho daño.

Tragué.

Me sentía avergonzada.

—Pero dime una cosa —agregó. ¿Qué te ha parecido?

—¿El qué? —titubeé dándole un pequeño sorbo a la bebida.

—La casa —aclaró. A muchas personas les parece fría y anticuada.

—Es preciosa —dije mirando alrededor. Tienes un salón majestuoso y las vistas son de ensueño.

—¿Intentas ser amable? —preguntó cogiendo la botella y sirviéndome un poco más del licor.

Negué con la cabeza.

—Pues me alegra —sonrió. Me habría sentido mal si después de decirte que la vista era espléndida la casa te hubiera resultado espantosa.

Volví a agitar la cabeza con avidez.

—Es preciosa —murmuré. Mucho.

—¿Y qué hay del trago? —dijo.

Metí los hombros.

—Ya te dije que es delicioso —respondí absorbiéndolo todo.

—Me complace saberlo —extendió la sonrisa y llenó mi copa nuevamente. No obstante, quiero que bebas despacio. Sé que puede resultar una dulce infusión pero lo cierto es que es un destilado.

—Creía que era una receta de tú madre —solté lamiéndome los labios.

—Lo es —sonrió de nuevo. Por eso debes ir con cautela.

Sonreí.

No sé qué me sucedía pero empezaba a sentirme bien.

Al día siguiente cuando desperté me di cuenta que había dormido en aquella casa. Estaba en una habitación amplia, sentía un agradable olor a tierra mojada y el chillar de unas aves a lo lejos.

Miré al techo, la pared, la ventana y noté que estaba ligeramente abierta, así que intenté ponerme en pie para cerrarla pero al hacerlo un fuerte dolor se apoderó de mi cabeza, obligándome a recostarme nuevamente.

Tras unos segundos respirando pausadamente sentí ganas de vomitar, de

manera que me levanté de súbito y corrí en busca del lavabo. En cuanto entré me arrodillé en el suelo, permanecí reclinada con la cabeza dentro del wáter, esperando que mi estómago se diera por vencido y que me diera una tregua para ponerme en pie.

Lo conseguí tras unos minutos y me quedé sorprendida al ver la elegancia de aquel recinto. Techos altos, suelos y paredes de mármol, bañera de hidromasaje, plato de ducha con una alcachofa gigante, toallas blancas y esponjosas, aceites y velas aromáticas. Definitivamente todo un sueño.

Lo pensé mientras recorría cada rincón de aquel sitio y mi mirada se detenía justo frente al espejo. Éste cubría de extremo a extremo la pared detrás del lavamanos y me reflejaba a mí. Tenía el cabello hecho un ovillo y el rostro fatigoso pero lo que realmente me sorprendió fue que estaba completamente desnuda. Sí, tal como mi madre me trajo al mundo.

Al cabo de nada abandoné la habitación. Lo hice descalza a la espera de que Ben no me escuchara pero para mi desgracia fui yo quien le oyó a él. Estaba en la cocina, hablaba por teléfono y se reía pero al volverse y verme tras él se quedó en silencio para acto seguido decir a su interlocutor que le llamaría después.

Al momento de colgar no me dijo nada pero eso no me sorprendió porque sé que por las mañanas no soy mí mejor yo. Mi rostro suele estar muy hinchado, mi nariz ancha y mi cabello, tal como había visto en el espejo del baño, era un montón de hebras que no obedecían a ninguna física.

El aspecto de Ben, en cambio, sí que era de admirar. Se veía tan fresco, estaba descalzo, llevaba un pantalón de pijama gris y su cabello estaba mojado. Parecía recién salido de la ducha. Se veía increíble y sus hombros y firme pectoral dejaban en evidencia que no estaba obeso como yo creía. Por el contrario, estaba fuerte, tenía el abdomen firme y los brazos enormes.

Confieso que me sentí avergonzada al verme descubierta mirándole pero fue inevitable. Siempre creí que su cuerpo era un desastre pero aquella mañana descubrí que estaba equivocada. Ben no sólo tenía en propiedad una suntuosa vivienda en una zona exclusiva sino también un cuerpazo de jugador de rugby.

Le miré a los ojos, éstos parecían más azules y profundos, y el motivo era

porque no llevaba barba. Me sentía tan confundida ante aquel hombre y el recuerdo del Ben que conocía que apenas podía pensar.

—Siento haberte despertado —dijo consiguiendo que reaccionara. Estaba hablando con Raquel, mi secretaria. Es cubana y su acento es tan gracioso que no puedo evitar reír cuando me explica algo.

—No tienes qué disculparte —tartamudeé. Me despertaron las aves. La ventana estaba abierta.

—Lo lamento —se disculpó de nuevo. Debió abrirse con el viento. Iré a cerrarla y podrás volver a la cama. Pensaba llevarte un café y prepararte un desayuno irlandés.

Le miré confundida.

¿Acaso bromeaba?

Nos habíamos acostado. Lo único que quería era salir de allí.

—Ben, eres muy amable —dije. Pero debo irme.

—Vale —murmuró. Sólo deja que me cambie y te llevo.

—No —sostuve. Puedo irme sola.

—Ni hablar —me cogió de la mano. Te llevaré yo.

—No —me aparté. Y créeme que lo siento. Lo que pasó. Esto. Todo.

Me miró decepcionado.

—Iré a cambiarme —declaró. Dame un minuto.

No pude. En cuanto le vi alejarse yo también me marché.

Capítulo 5

No volví a ver a Ben después de lo que sucedió. No deseaba hacerlo y lo conseguí dejando de asistir a las reuniones con los chicos. Sabía que de no hacerlo coincidiríamos y que tarde o temprano lo que había sucedido acabaría descubriéndose.

Me teñía el miedo al imaginar la lluvia de preguntas que todos dejarían caer sobre mí. ¿Qué iba decir si no recordaba lo que había pasado? ¿Cómo explicar que tras mucho tiempo renuente a relacionarme con Ben, de la noche a la mañana había accedido a subir a su coche, ir a su casa y tener sexo?

Luego estaba lo de mi embarazo. Si, unas semanas después lo descubrí durante una visita médica de rutina. Me desquicié cuando el médico me preguntó si estaba tomando algún complemento de hierro para el bebé.

—¿El bebé? —inquirí con los ojos como lunas llenas.

—Si —respondió el hombre tan serio como de costumbre. Estás embarazada y tú última analítica detectó bajos niveles de hierro en tú organismo. Necesitas tomar un suplemento porque de lo contrario el bebé se verá afectado.

En ese momento el mundo se me vino encima.

Veía mi vida como en una película, en cámara lenta y sin cortes comerciales, pero lo peor no fue eso. Lo peor vino cuando mi cuerpo empezó a cambiar, cuando mis pechos dejaron de verse normales y superaron la talla de mis sujetadores.

A la par con mis enormes tetas estaba mi vientre. De ser plano y bastante firme pasó a verse como una pelota de basketball partida a la mitad; la cual tras varias semanas de gestación, ya no podía ocultar.

Debí tirar de armario, de máquina de coser y de tutoriales de YouTube para ensanchar todas las prendas que pudiera. Podía haberme ido de tiendas y

haber comprado ropa premamá pero aquello habría sido muy estúpido, considerando que quería ocultar mi estado; no darlo a conocer.

A pesar de que conseguí disimular la parte visible de cualquier embarazo, no tuve tanta suerte con los malestares y los vómitos. Eran tan seguidos que solía pasarme más tiempo en los lavabos que en mi oficina, y eso que muchas veces solía utilizar bolsas de papel, de esas que dan en los aviones, para no abandonar mi guarida.

Era un riesgo. Sabía que andar de un lado para otro habría sido una invitación a adivinar mi estado. Iba con zapatillas, ropa enorme, sin maquillaje y me veía soñolienta. Nadie lo habría dudado. La mayoría de los empleados tenían hijos y habrían olido la presencia de una embarazada como los buitres la carroña.

No obstante, quienes más me preocupaban eran Ethan y Christie. Nuestras oficinas estaban puerta con puerta, Ethan entraba con frecuencia a la mía porque trabajábamos en equipo y Christie lo hacía cuando necesitaba contarme sus problemas con Darrell, o cuando intentaba convencerme de ir a cenar con ella y los chicos.

Siempre me negué. No hubo una sola vez que dudara de decir que no y eso creo que fue lo que le hizo hartarse. Lo confirmé cuando se presentó en casa un domingo por la mañana junto a Mel, vestida con un tejano super ajustado, y una camisa negra que hacía juego con sus Jimmy Choo.

Entró en casa como un huracán, bañada en perfume de azahar y quejándose de que no le había cogido el móvil minutos antes. Luego tomó asiento en el salón, me echó un vistazo de arriba abajo y dijo que debía tomarme un multivitamínico, y de paso tirar a la basura el pijama de Mickey Mouse que llevaba puesto.

Bajé la cabeza, sabía que me veía de pena, pero estar en pijama era lo que mejor me hacía sentir. No tenía que ocultarme de nadie, podía pasar el día vestida de aquel modo y el bebé debía agradecerlo porque los fines de semana las náuseas y los vómitos apenas existían.

Mel fue quien no dijo nada sobre mi aspecto. Debió pensar que Christie ya había dicho suficiente y que herir mis sentimientos no tenía ningún sentido. No

obstante, su expresión al verme fue de completa sorpresa y debió imaginar que tenía alguna enfermedad incurable porque, cuando finalmente se decidió a decir algo, me preguntó si había ido con el médico.

Asentí.

—Pues creo que deberías volver —me recomendó. Estás muy pálida. Podrías tener anemia.

—No tengo anemia —le contesté. El doctor ha dicho que estoy bien. Es sólo cansancio.

—En ese caso deberías tomarte un descanso —interrumpió Christie.

—No puedo —manifesté. Hay mucho trabajo en la editorial y sabes mejor que nadie que Gibson me está presionando.

—Ni me lo recuerdes —advirtió. Ese hijo de puta nos está presionando a todos. Esta semana me hizo revisar todos los contratos. Estoy exhausta. Yo sí que no veo el momento de irme de vacaciones.

—Pero tú no te ves como Elle —titubeó Mel clavándome los ojos. Espero que sea cierto eso de que fue con el médico.

—Lo hice —volví a decirle. Y ya no te preocupes más.

—Vaya mentira —susurró Christie.

—¿Qué has dicho? —le pregunté ocultándome tras la encimera.

—Vaya mentira —repitió. Las chicas de la oficina dijeron que te oyeron vomitar en los lavabos. Que lo has hecho varias veces esta semana y también las anteriores.

Mel me miró fijamente.

—Elle quiero que sepas que si es anorexia no la necesitas —agregó Christie. Estas bien, tú peso es perfecto y si es por el trabajo, créeme, no lo merece.

—¿Elle es eso verdad? —preguntó Mel.

Negué.

Christie también lo hizo pero con indignación.

—Elle, sabemos que quieres ese puesto de editora y que harás lo que sea por ello pero he de decirte que si pone en riesgo tú salud, no vale la pena —sentenció. Además ya ves la poca importancia que Gibson le está dando a lo que haces. Hasta la fecha no ha vuelto a hablar con la directiva.

—Está atado de pies y manos —dije. Me ha dicho que...

—¡Y una mierda! —exclamó volviéndose hacia la tele y cruzándose de brazos. Puede presionar a quien quiera. Es el director de la editorial, conoce a los socios mayoritarios y sabe que eres la mejor editora que han tenido. Si quieres saber lo que pienso, lo que creo es que se aprovecha de ti porque sabe que te gusta tú trabajo. La cuestión es si crees que tú salud merece desplomarse por ese egocéntrico.

Me encogí de hombros.

—Christie tiene razón —confesó Mel. Sólo mírate. Te ves jipata y si Gibson no hace nada para que te den ese puesto, debería dejarte ir. Bárbara te quiere en Nueva York.

—Lo sé —expuse. Pero en Nueva York el trabajo será mucho peor. Debo acostumbrarme a trabajar con estrés porque de lo contrario jamás conseguiré dirigir una editorial.

—Elle, serás editora y también acabarás dirigiendo una editorial —confesó Christie. Lo que necesitas es no estresarte con eso. Para ser honesta lo que deberías hacer es tomarte un descanso, irte de compras y venirte con nosotras a la peluquería para hacerte algo en el cabello.

—No puedo irme de descanso —manifesté cogiéndome la trenza que tenía hecha. Ya les dije que tengo un montón de trabajo.

Me miró.

—Al menos tú tienes una excusa para evitarnos —dijo. Me apena no poder decir lo mismo de otros.

—¿A quién te refieres? —titubeé.

—A Ben —contestó. Nos está evitando. Hace un tiempo no contesta nuestras llamadas y cuando lo hace se vuelve un mar de excusas que sólo él se cree.

Tragué.

—Es un ingrato —dijo Mel. No entiendo cómo puede hacer lo que hace después que Darrell y tú le han defendido tanto.

—No —gruñó. Y eso no es todo. Hace una semana Darrell le llamó para invitarle a cenar pero Ben le dijo que estaba muy ocupado y prácticamente le tiró el teléfono.

—Sí —le dio la razón. Yo estaba allí. Darrell se quedó con la boca abierta. Luego intentó excusarle diciendo que tal vez era cierto que tenía trabajo, pero sabía que no era verdad.

—¡Exacto! —manifestó. Ben es su propio jefe y puede delegar responsabilidades en sus empleados tal como ha hecho siempre. Lo que creo es que le ha sucedido algo y no quiere contárnoslo.

—¿Algo como qué? —preguntó intrigada.

Christie negó.

Mel me miró.

—Elle tú le viste por última vez —confesó consiguiendo que Christie me atravesara con la mirada. ¿Te contó algo?

—¿Qué? —inquirió. ¿De qué están hablando?

—De la noche de mi fiesta de cumpleaños —dijo. Ben trajo a Elle a casa. Creí que lo sabías.

Se quedó boquiabierta.

—Pues no —negó.

—No le di importancia —balbuceé. Como dijo Mel, él sólo me trajo a casa.

—¿Pero por qué no me lo habías dicho? —insistió. Creía que estaba enfadado por alguna de las dos. Siempre están diciendo cosas sobre él y pensé que tal vez...

—Elle le encontró fuera de mi edificio —confesó Mel. Luego él le dijo que no era buena idea que volviera a casa en taxi y fue entonces cuando se ofreció a traerle.

Christie se quedó pensativa.

—Sin duda fue un gesto muy amable de su parte —agregó Mel mirándole. Pero lo mejor de esta historia es que Elle ha demostrado que no le odia como creíamos.

—Pues me cuesta creerlo —contestó levantándose del sofá. Elle no cambia de opinión con facilidad, así que espero que el comportamiento de Ben no se deba a uno de sus comentarios.

—¡Venga ya! —protestó. ¿Y por qué tendría que ser su culpa?

—Porque siempre está hablando de él en plan: es desagradable, ordinario,

alcohólico —soltó. Me cuesta creer que Ben no le haya oído hasta ahora.

—Eso no es verdad —insistió. Puede que tengas razón al decir que Elle no quería entablar una amistad con él, pero todo ha sido tú culpa. No parabas de insistir para que lo hiciera.

—¿Pero de qué estás hablando? —inquirió caminando hasta donde me encontraba para coger una botella de vino y servirse una copa. Yo sólo deseaba que ambas fueran amables con él. Saben de sobra que Darrell y yo le estimamos, y creíamos que ustedes podrían hacerlo mismo.

—Pues, Elle y yo ya lo hemos hecho —le respondió. Así que, ahora permítenos decidir el siguiente paso.

—Bien —soltó. Únicamente espero que me cuenten lo que decidieron porque esto de enterarme de última no me gusta.

—Pues, para que veas que no te ocultamos nada te confesaré que tenías razón en cuanto a eso de que Ben era genial —reveló. Hablé con él antes de que nos evitara y debo decir que es un caballero. Juro que de no estar con Ethan me interesaría por él. ¿Satisfecha?

Christie me miró.

Luego soltó una carcajada.

—¿Elle, le has escuchado? —inquirió. Ahora sólo falta que tú me digas que serías capaz de darle un hijo. ¡Moriré si lo haces!

—Pues hazlo —bajé la cabeza. Porque es lo que sucederá.

Todo se quedó en silencio.

—¿Es una broma, verdad? —me miró de inmediato.

—No —confesé. Estoy de catorce semanas. Lo he estado ocultando porque no sabía cómo contárselos. Llevo tiempo descosiendo y cociendo toda mi ropa para no comprar ropa premamá ni levantar sospechas. No obstante, sabía que tarde o temprano alguien en el trabajo notaría que voy con frecuencia a los lavabos y que vomitaba, y es justo lo que ha sucedido.

Tragó con dificultad.

Mel me miró con estupor.

—Mel, dime que Elle no ha dicho lo que creo haber oído —suplicó.

Mel agitó la cabeza.

—No puedo —le contestó. Lo ha hecho.

—¡Oh, por Dios! —susurró dejando la copa sobre la mesa que había delante del sofá. ¡Que alguien me diga que esto es una broma!

—No lo es —advertí acercándome y levantando la camiseta para que vieran mi vientre. Estoy embarazada y Ben es el padre del bebé.

Christie se llevó las manos a la boca.

Mel cerró los ojos.

—¿Pero cómo? —preguntó. ¿Y por qué lo has estado ocultando?

—Me sentía avergonzada —suspiré.

—¿Pero qué ocurrió? —titubeó Mel.

Me alejé hasta la ventana.

—Todo sucedió la noche de tu fiesta de cumpleaños —suspiré. Ben me convenció de traerme a casa pero de camino nos detuvimos en el muelle y luego fuimos a su casa. Hablamos, él me sirvió unas copas y lo siguiente que recuerdo es despertarme en una habitación muy grande y completamente desnuda.

—¿Pero por qué te lo has callado? —insistió Christie.

—No lo sé —dije. Temía lo que pensarían todos y estaba asustada.

—¿Pero si eres nuestra amiga! —se acercó. ¿Cómo crees que te juzgaríamos?

—Quizá porque siempre me mostré adversa a Ben —le recordé. No me agradaba. Me resultaba vulgar y ahora la única vulgar soy yo.

—No digas eso —manifestó abrazándome. Seguramente hay una explicación para todo esto. No tienes por qué sentirte avergonzada. Estamos hablando de un bebé.

—¿Elle, es por eso que ambos nos han estado evitando? —preguntó Mel.

—No sabe que estoy embarazada —confesé. Desde aquella noche no le he vuelto a ver.

—¿Qué? —inquirió Christie sorprendida. ¿Pero cómo le has ocultado algo tan serio?

—No puedo decírselo —dije. No me acuerdo de lo que pasó y no quiero que se acerque a mí ni a mi bebé. Renunciaré a mi trabajo y me iré a Portland. Allá

no sabrá nada de nosotros.

—¿Qué? ¡No! —se opuso. No puedes irte y menos ocultarle a Ben que será padre. Al igual que tú él tiene derechos y te guste o no debes decirle la verdad.

—Espera un momento —intervino Mel mirándome. ¿Qué has querido decir con eso de que no recuerdas lo que sucedió?

—Aquella noche no había bebido en tú fiesta pero en casa de Ben éste me sirvió unas copas con un licor dulce y después de beberlo no recuerdo nada —expliqué.

—¿Insinúas que Ben puso algo en esa bebida? —preguntó Christie nerviosa.

—No lo sé —me cubrí los ojos.

—¡Oh, por Dios! —exclamó Mel dando vueltas sin detenerse. Y pensar que he dicho que me agradaba. ¿En que estaba pensando?

—Mel, no —le prohibió Christie. No es el momento para exaltaciones. Elle necesita estar tranquila para pensar. Y tú Elle —agregó. Sé que crees que no recuerdas nada pero debes hacer un esfuerzo. Piensa. Estuvieron en su casa, bebiste, hablaron, ¿y luego?

Volví a negar.

—Elle sólo necesitas recordar si intentó forzarte —instó. Soy abogada y sabes que antes de trabajar para la editorial lo hice para un despacho especializado en violencia de género. De modo que, si recuerdas algo inusual de aquella noche debes decirlo pues de ese modo sabremos si estamos frente a un caso de violación.

Negué de nuevo.

—Vale —respiró profundo, cogió mi mano y me llevó al sofá. Demos por sentado que no recuerdas nada. Pero si es así es peor de lo que parece. La mayoría de los agresores utilizan la fuerza para someter a sus víctimas, pero existen los que les gusta anular la voluntad de éstas porque eso les produce placer. Por esa razón necesito que me digas si al menos recuerdas algo que te resultara sospechoso. Por ejemplo, si el día después sentías dolor en alguna parte de tú cuerpo o si aparecieron hematomas.

Volví a negar.

—Bien —suspiró. Descartaremos la violencia y el uso de drogas. ¿Pero entonces, cómo consiguió dejarte inconsciente?

—Es abogado —se quejó Mel. Sabía que Elle le denunciaría. Debió utilizar alguna droga de esas que son indetectables. He oído sobre ello en la televisión y al parecer pueden conseguirse con facilidad.

—Mel, ya te he dicho que no es el momento —le recordó.

—¡Pero se aprovechó de Elle! —insistió. Le engañó, le llevó a su casa, anuló su voluntad y no conforme con eso le ha embarazado. Eso quiere decir que no tomó la precaución de utilizar un maldito preservativo. ¿Tan sólo piensa, y si en lugar de embarazarle le hubiera contagiado alguna enfermedad?

—¡Ya lo séee! —balbuceó

—Ha sido tú culpa —le acusó. Deseabas que le diéramos una oportunidad y ahí está el resultado.

—¡No es verdad! —refutó. Sé que les acorralé para que fueran amables con él, pero cómo iba saber que Ben haría una cosa como esta.

—No lo séee —le remedó. La cuestión es que mientras interrogas a Elle parece que intentas disculpar a Ben y creo que está muy claro quién es la víctima aquí.

—¿Pero de qué estás hablando? —le cuestionó. Desde luego que sé que Elle es la perjudicada, pero Ben es mi mejor amigo. ¿Cómo esperas que reaccione ante una acusación de violación en su contra?

—Alineándote con Elle —le indicó. Ese sádico le embaucó, prometió traerle a su casa y aprovechándose de su buena fe, acabó embriagándola para perpetrar su impúdico acto.

—¡Bastaaaaa! —clamé.

Ambas guardaron silencio.

—No quiero oír hablar más sobre ese tema —dije. Me duele.

—¡Oh, Elle!—corrió Mel a abrazarme. Lo lamento. No quería hacerte sentir mal y menos ponerte nerviosa.

—Si —confesó Christie acariciándome el cabello. Yo también lo siento. Es que me cuesta creer que Ben...

Mel le miró con los ojos entornados.

—Yaaa —supliqué.

—Y pensar que empezaba a gustarme —susurró. Me alegra que le hayamos descubierto. Tú siempre dijiste que había algo extraño en él y ha tenido que suceder esto para creerte.

—Olvídalo —insistí. No quiero volver a escuchar el nombre de Ben. Sólo quiero olvidar lo que pasó.

—¿Qué? ¡No! —se opuso. Le denunciaremos.

—No —me limpié la nariz. No quiero hablar de ello delante de otras personas. Me moriría de la vergüenza.

—Pero callarte sería encubrirle —apuntó. Podría volver a hacerlo.

—No me importa —dije. No quiero que salga de aquí. Ya es bastante bochornoso con que lo sepan ustedes. Quiero que sea un secreto.

—Elle, eso es imposible —advirtió Christie. Estamos hablando de esconder un bebé. No se puede, a menos que...

Mel me miró absorta.

—No —confesé. Es mi bebé, le quiero y pienso tenerle.

Capítulo 6

Mi madre fingió alegría al verme. Quería saber quién había puesto fin a mi vida de solterona y si tenía planes de boda. Quiso morir cuando le dije que no habría boda, que estaba embarazada de un desconocido y que además no le había vuelto a ver.

Se enfadó como sólo ella sabía hacerlo y juro que temí que me cruzara la cara de una bofetada, pero por suerte, al final sólo se decantó por fingir un desvanecimiento que obligó a Miriam, su asistente, a llevarla a su habitación.

Papá en cambio sí se mostró feliz. Me sujetaba de la mano, sonreía, me guió hacia el jardín y acabamos sentados en los columpios que colgó cuando mi hermana Clare y yo éramos unas niñas.

Había ido a visitarles porque Clare me había llamado para contarme que papá había estado en el hospital. Era la tercera vez en un mes y la decimo novena en un año. Tenía un melanoma múltiple y el tratamiento que estaba recibiendo ya no estaba surtiendo ningún efecto.

—Me alegra saber que no me iré de este mundo sin que una de mis hijas me haya hecho abuelo —confesó emocionado. Lamento que tú madre se lo haya tomado tan mal.

Suspiré.

—Creo que esta vez le he lastimado de verdad —dije.

—No —advirtió acariciándome la mejilla. No lo has hecho. Es verdad que no le ha sentado bien pero no debes darle importancia. Sean cuales sean las circunstancias que te han llevado a donde estas, ya no importan. Pudiste deshacerte del bebé pero en su lugar has decidido conservarlo. Eso es lo que cuenta.

—No pude —manifesté. Me costaba pensar en algo así. En cuanto me hice el primer ultrasonido y escuché su corazón no pude pensar en nada que no fuera

dejarle seguir dentro de mí.

—Eso te honra —dijo. Y quiero que sepas que estoy orgulloso de ti.

Le abracé.

—¿Sabías que siempre me preocupó que no fueran seguros? —inquirió poco después mirando los columpios. Me llevó tiempo colgarlos porque jamás había puesto unos y tú madre no paraba de decirme que pagara para que alguien los colgara, pero me negué. ¿Y sabes por qué lo hice?

Negué.

—Porque jamás me habría perdonado que tú o Clare se hubieran hecho daño —declaró. Quería estar seguro de que podían subirse a ellos. Intento decir que no deberías preocuparte por lo que sucedió sino por todo lo que haces para proteger a tú bebé.

—¿Y qué sucederá con mamá? —dije.

Agitó la cabeza.

—Aprenderá a aceptarlo —expuso. Es cierto que ahora atraviesa un mal momento por lo de mi enfermedad pero conseguirá superarlo. Quizá lo de tu embarazo le afectará un tiempo porque siempre imaginó una vida perfecta para ti y para Clare pero, ¿quién puede asegurar que esa vida no es esta?

—No volverá a hablarme —dije. Lo sé.

—¡Desde luego que lo hará! —objetó. Es tú madre. Es su deber perdonarte.

Suspiré.

Poco después estaba de regreso a Chicago. Había retomado mi rutina en el trabajo pero debí romperla cuando Clare me llamó y me dijo que papá había muerto. Le habían llevado al hospital el mismo día que partí y al día siguiente sus signos vitales habían cesado.

Mamá, por su parte, debió ser reclusa en un centro de rehabilitación pues había intentado hacerse daño. Siempre fue depresiva y lo de papá acabó afectándole de tal manera que en cuanto se vio sola en casa no se lo pensó. Se metió en la bañera, se atiborró de pastillas y bebió whisky hasta que perdió el sentido.

Mi bebé nació poco después. Las chicas estuvieron conmigo en el parto y luego en casa, la cual se negaron a abandonar. Clare les había pedido que se

quedaran hasta que ella pudiera ir y fue exactamente lo que hicieron.

Nathaly, como le puse a mi niña, les traía de cabeza y juro que por un momento llegué a pensar que pasar tanto tiempo en casa las estaba enloqueciendo. La pequeña era preciosa, tenía el cabello castaño y abundante, las mejillas rosa como una muñequita de porcelana y los ojos tan azules que los chicos no paraban de comparar con los de Ben.

Me agobiaba cada vez que escuchaba su nombre. No quería que mis amigos lo mencionaran siquiera pero sabía que les costaba; en especial a Christie. Para ella Nathaly era la hija de su mejor amigo y tener que ocultarle la verdad, a pesar de la rabia que decía sentir por lo que me había hecho, le molestaba.

Darrell y Ethan, en cambio, se estaban comportando mejor. Ethan fue mi aliado incondicional desde el principio pero yo sabía que junto con Darrell continuaba viéndose con Ben, así que debía estar pasándosela mal al no poder reclamarle nada.

Se lo pedí casi de rodillas. Le supliqué que no fuera a hablarle sobre mi embarazo y después que Nathaly nació, nada sobre ésta. Fue difícil para él pero al ver que Ben tampoco se atrevía a preguntarle por mí, guardarme el secreto le resultó fácil.

Clare se apareció en casa tres semanas después del parto. Me habló del estado de mamá, de que debía pasar un tiempo en una clínica de rehabilitación; de que mejoraría pero yo sabía que sólo intentaba que no me pusiera mal.

No deseaba preocuparme y se esforzó como sólo ella sabía hacerlo. Era médico, trabajaba en el hospital de Portland y sabía cómo hacer que sus pacientes, y luego yo, no nos preocupáramos más de lo normal.

Por desgracia aquello duró poco. Días después de estar en casa, Nathaly empezó a comer escasamente, dormir pocas horas y llorar sin parar.

—Es normal —dijo. Es un bebé y suelen llorar por todo. Lo que necesitamos es averiguar la causa.

—Tampoco come ni duerme —le recordé. ¿Y si tiene algo malo?

—No —intentó calmarme. No tiene nada malo. Llamaré a la doctora Palermo. Es la jefa del área de pediatría del hospital de Portland y sabrá qué

hacer.

—¿Y si volvemos a mirar en los libros? —inquirí mirando la montaña de textos sobre primerizas que había comprado para ilustrarme.

—Elle, eso es sólo papel mal utilizado —dijo. Nath podría tener frío, hambre, calor, dolor y sólo tiene el llanto para expresarlo. Lo que necesitamos es averiguar cuál de esos estados es el suyo.

—¿Y si compramos un manual? —sondeé.

Blanqueó los ojos.

—Elle, ser padres no se aprende leyendo un libro sino sobre la marcha —dijo. Nadie puede decirte cómo se hace. No hay fórmulas. Aunque...

Guardó silencio.

—¿Aunque qué? —sostuve.

—Tal vez puede que se rijan por un proceso —murmuró cogiendo uno de los textos.

—¿De qué estás hablando? —pregunté.

—Que Nath está intentando decirnos algo y quizá tenga que ver con un proceso —soltó.

Le miré.

—Verás —dijo. Los bebés se desarrollan en una atmósfera perfecta; la cual es cálida pero sobre todo húmeda. Nath la echa de menos.

—No comprendo —confesé.

—¡Se trata de tú vientre! —sostuvo. El líquido amniótico.

Me quedé impávida.

—¡Elle, Nath quiere un baño! —develó.

—¿Pero de que estás hablando? —inquirí siguiéndola al ver que se llevaba a la pequeña directo al baño.

—Elle, los bebés se desarrollan en medio de una atmósfera líquida, luego cuando nacen les bañan y por esa razón Nath no ha parado de llorar —explicó. No le hemos bañado.

—Pero —titubeé.

—No digas nada —me cortó. Tú sólo ve a prepararle un biberón. Además, también es hora de que le empecemos a sacar. Lleva tres semanas en casa y

eso no es bueno. Mañana podríamos darle su primer paseo, dar un par de vueltas por el vecindario e incluso irnos de tiendas.

Abrí los ojos.

Veinticuatro horas más tarde estábamos en el centro comercial. Era sábado, recorríamos los pasillos del departamento para bebés y nuestro carrito estaba a punto de explotar. Clare empujaba la carriola de Nathaly pero también dirigía toda la operación y juro que aquello me tenía con los pelos de punta. Ser líder siempre había sido lo suyo pero ser la cabeza de unas compras, definitivamente eso sí que le excitaba.

Me aturdía verla porque hacía más compleja la vida de los bebés. Se había antojado de comprar todo por partida triple, de llevar cosas que ni siquiera estaban reseñadas en los libros y hasta de cambiar los chupetes porque decía que no eran ecológicos.

¿Ecológicos?, pensé. ¿Pero acaso eso existía?

Había perdido el control pero intentaba convencerme de la utilidad que tenía cada artilugio pues el autor tal daba fe de ello. Me sorprendí porque hasta hacía poco no paraba de decir cosas negativas sobre los textos para primerizas. No obstante, en menos de lo que podía chasquear los dedos, aquella había cambiado de opinión y no paraba de dar crédito al *papel mal utilizado*.

—¿Estás segura? —inquirí nada más verla meter un calentador de agua al carrito. Pero si tengo uno.

Me miró

—¿No estarás hablando de la pieza de museo que te regaló la prima de Mel? —dijo.

—Desde luego que sí —respondí cogiendo la caja con el cacharro y volviéndola a poner en su sitio.

—¿Elle te has preguntado si eso resistirá otro bebé? —sondeó. La prima de Mel tiene cuatro hijos y para todos se utilizó el mismo calentador. ¿Crees que seguirá funcionando hasta que Nath deje el biberón?

Suspiré.

La respuesta era no pero antes de confesarlo prefería que me cortaran los

dedos.

—Creo que deberíamos abrir todos los obsequios que los chicos de la oficina me han dado —dije. Puede que haya un calentador, chupetes ecológicos y la mitad de las cosas que llevamos aquí.

—Ya lo he hecho y la respuesta es no —declaró. Ordené toda la ropa por tallas, guardé los juguetes en el armario de la cochera y llené el de la habitación de invitados con mantitas. Una cincuentena al menos. Creo que a los chicos de la editorial se les fue la mano. Nath tendrá mantas hasta cuando vaya a la universidad.

Le miré. Quería reírme pero no lo hice porque sabía que hacerlo le daría alas.

—Vamos —murmuré. No te burles. Los chicos han sido muy generosos. Todos se han preocupado por mí desde que supieron que estaba embarazada.

—¡Y no lo dudo! —manifestó. Pero está claro que ninguno se sentó a pensar en lo que realmente te sería útil. Apuesto que la mayoría no tiene hijos y los que sí ya olvidaron lo fundamental que es un calentador de agua o un extractor de leche.

—¿No estarás pensando comprar otro? —vacilé.

Miró dentro del carrito.

—Clare eres incorregible —agregué. No sé qué haré con todas estas cosas. No puedo siquiera pensar donde las guardaré.

—Despreocúpate —dijo. No las guardarás. Las utilizarás todas. Simplificarán tu vida.

Suspiré.

—Bien —advirtió pasándome su tarjeta de crédito. Creo que ya lo tenemos todo. Aprovecharé para ir a los servicios a cambiar a Nath y tú ve a pagar.

—No necesitas pagar tú —declaré. Puedo hacerlo yo perfectamente.

—Ni hablar —insistió. No tuve tiempo de comprarle nada a mi princesa y por esa razón quiero agasajarla con todos estos artilugios.

Me eché a reír.

Segundos después le vi desaparecer al final del pasillo y yo en dirección contraria hacia las cajas. Cuando llegué vi que todas estaban atiborradas, al

menos con una veintena de personas cada una, y todas llevaban un carrito igual de exagerado que el mío.

Definitivamente no me pondría en ninguna. Me sentía cansada así que cogí el móvil, llamé a Clare para ponerla al tanto de la situación pero no contestó. Debía estar abrumada con un pañal o quizá, parada en una cola igual de kilométrica que las que había para pagar.

Pensé ir a buscarla y decirle que quizá lo mejor era volver en otro momento pero cuando me dirigía a los lavabos de repente ¡zas!, golpetazo y empotrada contra un muro humano.

—¿Elizabeth? —oí decir mientras me sujetaban para que no cayera.

Había reconocido la voz y no me atrevía a mirar porque sabía que se trataba de Ben.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Asentí.

—Lo lamento —dijo. Venía distraído.

—No —titubeé. Ha sido mi culpa. Corría por el pasillo.

—No —me contradijo. Debí suponer que alguien podía sorprenderme del modo que lo has hecho. Hay mucha gente en este lugar. Pero dime, ¿te has hecho daño?

Negué.

—Realmente lo lamento —insistió sujetándome.

—Olvídalo —manifesté.

—Es curioso —dijo. Justo cuando venía pensaba en ti. Ha pasado tiempo desde la última vez que nos vimos.

—Si —le di la razón.

—¿Quieres sentarte? —preguntó.

—No —respondí. Debo irme.

—Desde luego —asintió. No obstante, ¿crees que un día de estos podemos quedar para hablar?

—No puedo —volví a oponerme. Tengo mucho trabajo.

Asintió con la cabeza.

En ese momento cuando creí que le diría adiós y conseguiría irme, oí gritar a

Clare y juro que rogué que no viniera en mi dirección, pero si, no sólo lo hacía sino que también la tenía encima.

—¿Elle, dime que has visto la cola para pagar? —preguntó.

Asentí.

—Pues ya podemos ir a comer y volver luego —hizo una mueca.

Ben le miró y sonrió.

—Clare él es Ben —dije. Es un amigo de Christie.

—Hola —le saludó ella con amabilidad. Soy la hermana de Elle y esta pequeña su bebé.

Ben me miró.

Clare cerró los ojos.

—¡Oh, mierda! —susurró. Dime que no es él.

Suspiré.

—Clare ve a pagar —le pedí a la espera que comprendiera que lo que quería era que se fuera al coche. Te alcanzaré en un minuto.

—Elle lo lamento —se disculpó. No quería...

—Ve al coche —insistí.

Asintió.

Confieso que a Clare nunca se le dio bien obedecerme a pesar que soy su hermana mayor pero recuerdo que aquel día lo hizo y rapidito.

—Ben debo marcharme —dije mirándole a los ojos.

—Al menos ten el valor de decírmelo ahora —declaró. Sé que soy el padre.

—No —manifesté. Es mi bebé y no tiene nada que ver contigo.

—No te atrevas a mentirme —me cogió del brazo. Sé que es mía.

—Estará mejor sin ti —expuse.

—No vuelvas a decir algo parecido —me apretó con fuerza.

Tragué.

Se veía tan molesto que creí que me rompería el brazo.

Capítulo 7

Ben es de un pueblo llamado Ballyhack. Al sur de Irlanda. Precioso aseguraba Christie. Ella y Darrell lo habían visitado una vez y ésta no se cansaba de decir lo maravilloso que era aquel lugar. Deseaba no oírle.

Quería sentirme distante de Ben todo lo física y metafísicamente posible pero Christie no me lo permitía. Me hablaba continuamente de sus cosas, de su familia, sus aventuras pero en especial de Ann, su ex. Ella también era de Ballyhack y Christie decía que Ben le había amado con locura hasta que aquella le rompió el corazón.

Jamás escuché a Ben mencionar a Ann, y debo confesar que aunque lo hubiera hecho no me habría importado. Habían estado juntos por años y Ben era libre. No me importaban los detalles de su vida personal porque nuestra relación era estrictamente por causa de Nathaly y odiaba que Christie no lo comprendiera.

Solía provocarme y sé que deseaba que le hablara sobre mis sentimientos pero lo cierto era que no había nada de qué hablar. Ben y yo sólo teníamos una hija, él no me importaba, no me gustaba, no era mi tipo y si eso era poco, todavía me resultaba desagradable.

Su presencia en casa me causaba nerviosismo. No me resultaba grato verle a diario y juro que si hubiera podido se lo habría dicho. No obstante, no lo hice porque había conseguido que no hablara de la custodia de Nathaly, que aceptara sólo un papel representativo en la vida de la pequeña y que se olvidara de exigirme algún derecho sobre ella.

—Es una locura que vivan de ese modo —aseguró mi amiga. Tú y Ben no deberían estar tan distanciados. Eso es contraproducente para Nath.

—No cederé más —le advertí. Hasta ahora he sido muy indulgente con él y todo eso ha sido porque tú y Darrell no dejan de atormentarme con el tema de

la custodia.

—No queremos mortificarte —afirmó. Sólo deseamos evitar un conflicto entre tú y Ben. Él es abogado y tiene los recursos para pelearte a la niña. ¿Es lo que quieres?

—No se atreverá —dije. Sabe que...

—Pues yo que tú no apostarías —alegó. Ben es un tipo increíble y sabes que le estimo como a nadie, pero te aconsejó que no le pongas en una encrucijada. Nathaly es su hija y hará lo que sea por ella.

Tragué.

Cada vez que Christie me hablaba así no podía evitar sentirme vulnerable.

Sentía que Ben era como una bomba de tiempo. Desconocía cuando iba a estallar y ello me tenía en una constante zozobra. Quizá por esa razón Christie tampoco dejaba de instarme a que me acercara más a él, a que le permitiera más que unas simples visitas a Nathaly, e incluso que me mostrara más interesada por sus asuntos.

Ni hablar, pensé. No iba a hurgar en su vida pues eso habría sido tanto como invitarle a que hurgara en la mía. No obstante, acabé convenciéndome de averiguar qué planes tenía respecto al tema de la custodia. Deseaba saber qué pensaba, qué quería hacer, cuándo, y si yo podía hacer algo para evitarlo.

—Tú sólo permítele que se acerque —advirtió. Ben está coladito por ti. No hará nada.

—¿Pero es que te has vuelto loca? —dije. Deja de decir tonterías.

—Sabes que digo la verdad —insistió. Ben te echa sus miraditas.

Negué con la cabeza.

—Chris, si sigues diciendo esas cosas acabaré pidiéndote que te vayas —le amenacé.

—Vale —sonrió. Pero al menos admite que te da morbo pensar que Ben, que por cierto guarda un estrecho parecido con aquel chico de la peli *Domino*, te desviste con la mirada.

—¿Te refieres a Edgar Ramírez? —sondeé.

—Físicamente Ben se le parece —me guiñó el ojo.

Negué nuevamente.

—Definitivamente has perdido el juicio —sostuve. Mira que comparar a Ben con aquel buenorro. Me queda claro que jamás te has detenido a mirarle.

—Elle, te recuerdo que Ben no siempre se ha visto como le ves —aseveró. Sé que crees que es un desastre pero te equivocas. Es un irlandés guapísimo y créeme cuando te digo que tras esa barba hay un machote que provoca comérselo como a las mandarinas, gajo a gajito.

Negué otra vez.

—Para tú información le he visto sin barba —confesé. Y créeme cuando te digo que no hay nada de atractivo en él. Se ve distinto, sí, pero ni de cerca es una mandarina y mucho menos se parece a Edgar Ramírez.

Sonrió.

—¡Pues mira por donde! —dijo. Hasta ahora me entero que le habías visto sin barba. Tendrás que decirme cuándo ocurrió.

—Es igual —advertí. El caso es que con ella o sin ella sigue siendo un tipo ordinario.

—¡Oh, vamos! —sonrió nuevamente. No puedes negar que es un irlandés atractivo.

—Pues sí —le contradije. Es un caucásico normal. De hecho tirando a común y corriente.

—Te gusta —empezó a molestarme. Intentas hacerme creer que te resulta vulgar pero la verdad es que te atrae.

—¿Qué? —gruñí. Es un ordinario y además es alcohólico.

Ella negó.

Hubo un tiempo que aquella acusación solía molestarle pero poco a poco dejó de hacerlo. Aseguraba que sólo lo decía para provocarle pero que sabía que no lo decía de verdad. ¡Qué enterada! Le quería estrangular.

Al día siguiente Ben fue a casa. Llamó la noche anterior diciendo que quería contarme algo y recuerdo que en cuanto lo vi las ridículas palabras de Christie se apoderaron de mi cabeza.

¡Pero mira que insinuar que me puede gustar *ese!*, medité nada más verle coger a Nathaly, besarla y hacerle mimitos. ¡Pero si es un meloso y yo detesto a la gente así!

Nathaly en cambio sí parecía disfrutar de aquella sobredosis de ñoñería y lo sé porque apenas éste le cogía no paraba de sonreír.

Me daba tanta rabia verla así que en ocasiones deseaba que un día empezara a llorar, como cuando le llevé a casa y no sabía que le gustaban los baños, y entonces yo me valdría de ello para quitársela y decirle que no le gustaba su ñoñería.

No obstante, la muy traidora jamás me hizo ese favor. Por el contrario, se acurrucaba en el pecho de aquel, extendía sus manitas hasta su rostro, jugaba con su barba y él no perdía tiempo para llenarla de mimos. Más, muchísimos más.

—Se lo he contado a mis padres —dijo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Lo de Nathaly —confesó. Sé que debí decírtelo antes de hacerlo pero...

—Olvídalo —le corté. Sé que deseabas hacerlo. Sólo espero que tus padres no vean a mi pequeña como la hija que nadie planificó. No te lo perdonaría.

—¿Qué? ¡No! —se me acercó. Nadie hará eso. Elizabeth mis padres ya están locos por ella. Quieren conocerla. Mi madre me pidió que le enviara todas las fotografías que tuviera. En cuanto a nosotros, no les dije nada. Es verdad que no pude hacer lo mismo con Maureen, mi hermana, pero puedo explicártelo. Ella es mi mejor amiga y jamás hemos tenido secretos. No obstante, puedes estar segura que jamás dirá o hará nada que te ofenda. Te respeta.

Negué.

—Se que lo dices para que no me sienta mal —dije. Así que no te molestes.

—No —manifestó. Créeme, mi hermana jamás haría o diría nada que te perjudique. Es una mujer sensata y te admira.

—Ya olvídalo —sostuve. Debí imaginar que tarde o temprano esto sucedería y que tratarías de defenderte.

Me miró.

—¿Pero de que estás hablando? —inquirió. Elle no tengo nada de qué defenderme. No me arrepiento de lo que ocurrió.

—¡Vete! —le pedí. No me encuentro bien.

—No lo haré —dijo. No hasta tanto no hablemos.

—¡Suéltame! —le pedí. No quiero verte. ¡Márchate!

—No —volvió a decir. No puedes actuar de este modo sólo porque he dicho que mi familia adora a nuestra hija. Sé que odias que sea el padre de Nathaly y no poder cambiarlo te hace infeliz pero es lo que soy. El padre de tú hija. Nuestra hija.

—¡Cállate! —le abofetee.

Se quedó perplejo.

—Bien —manifestó. Me marcharé. Sólo espero que...

—Ben, lo siento —intenté disculparme pero él sólo caminó hacia la puerta.

—Escúchame bien —dijo volviéndose y atravesándome con sus dos océanos. No eres la única que ha sufrido. Huiste de mi casa, me ocultaste que estabas embarazada y manipulaste a nuestros amigos para que no me lo dijeran. No eres la única que tiene razones para estar molesta.

Tragué.

Capítulo 8

Dos semanas después los chicos fueron a cenar a casa. Mel, Christie y yo preparábamos todo mientras hablábamos en voz baja sobre lo que había sucedido. Necesitaba contarles lo que Ben me había dicho pero les hice prometer que no se lo dirían a los chicos.

Como era de esperar Christie estaba molesta. Me recordó que me había advertido de que algo así sucedería y aunque no quería oírle debía darle la razón. Por otro lado, la ausencia de Ben me hacía pensar que no se quedaría de brazos cruzados.

—No puedes impedir que le vea —me susurró. Es su padre.

—¿Y eso qué? —inquirió Mel. ¿Es que no has escuchado lo que le ha dicho? Le ha reprochado que no le haya contado que estaba embarazada y además le acusó de manipuladora.

—Está molesto y Elle es quien le ha provocado —me acusó.

—Pues se lo merece —insistió. Que haya aceptado las condiciones que Elle le impuso y que le ayude con la pequeña no quiere decir que puede hablarle de ese modo.

—¿Pero qué sucede con ustedes? —nos sorprendió Darrell. No es noche de chicas. Paren de cotillear.

—Lo lamento —dije cogiendo la ensaladera. Hablábamos de trabajo.

Christie negó.

Estaba tan enfadada pero aún así sabía que no sería capaz de decir nada delante de los chicos.

—¿Y qué les ha parecido la noticia? —inquirió Darrell ya en la mesa. A que es una pasada que los padres de Ben estén felices por la pequeña.

—Y que lo digas —confesó Ethan descorchando una botella de vino. Es su única nieta. Se mueren por conocerla.

—Y pensar que la madre de Elle se lo tomó tan mal —dijo.

—Fue diferente —intervino Mel. La madre de Elle atravesaba por un mal momento. El señor Greenstein estaba enfermo y poco después falleció.

—Lo sé —afirmó. Pero igual no tenía ningún sentido que tratara a Elle como lo hizo. A decir verdad, cualquier madre se habría alineado con su hija.

—Vale —intervino Christie al verme. ¿Por qué no dejamos de hablar del pasado?

—Venga —se quejó Darrell. Únicamente pretendía hacer una radiografía de ambas situaciones. ¿Qué hay de malo en ello?

—Que no es el momento —declaró aquella. Además, sabes que a Elle le duele.

—Vale —espetó él sirviéndose una copa. Si no podemos hablar de eso entonces al menos permítanme preguntar por Ben. Creí que vendría. ¿Qué ha sucedido?

—Tenía trabajo —mentí.

—¿Hoy sábado? —frunció el ceño.

—Fue lo que dijo —agregué.

—Lo mismo dijiste la semana pasada —recordó.

—Darrell, ya déjalo —intervino Christie nuevamente. ¿Por qué Elle iba a mentir?

—No lo sé —insistió. ¿Tal vez porque entre ella y Ben las cosas no van bien? Hace días le encontré en aquel bar irlandés donde solemos ir los fines de semana. Por lo general me llama o llama a Ethan para coincidir pero esta vez le he sorprendido solo.

—No es nada —le resté importancia. Discutimos pero ya lo hemos arreglado.

—¿Discutiste? —preguntó. ¿Pero por qué?

Negué con la cabeza.

—Tonterías —acabé diciendo. El caso es que lleva días sin venir a casa y no me importa. Nathaly y yo no le necesitamos.

Abrió los ojos.

—¿De qué estás hablando? —se exaltó.

—Ya me has escuchado —insistí. .

—Elle, tienen una hija —me recordó. Provocarle no te acarreará nada bueno. Christie y yo te lo hemos dicho.

—Darrell creo que Elle sólo intenta hacer que las cosas funcionen —argumentó Mel. No comprendo por qué te enfadas.

—Mel tiene razón —dijo Christie. Elle sólo busca hacer que las cosas vayan bien y tú estás siendo muy desconsiderado atacándole.

—Vale —intervino Ethan. Olvidémonos de Ben. Hemos venido a cenar y a pasar un buen rato.

—Y una mierda —espetó Darrell lanzando la servilleta. Ben es mi mejor amigo y no me pienso callar.

—Nadie te ha pedido que lo hagas —aseguró aquel. Únicamente dije que lo dejemos. Elle ha dejado claro que ella y Ben se han discutido pero que lo han resuelto. Por tanto, ya no tiene importancia.

—Claro que la tiene —le contradijo. A pesar de lo que sucedió debemos reconocer que Ben es una gran persona y que haya cometido un error no nos da derecho a señalarle. Además, aquella noche no estuvo sólo. Elle estuvo junto a él así que deberíamos pedirle que asuma su parte de la culpa.

Negué.

¿En verdad Darrell me estaba acusando de lo que había sucedido?

Capítulo 9

Necesitaba hablar con Ben. Nuestra situación era difícil. Darrell me acusaba de haber dado pie a lo sucedido y no conforme con ello me llamaba egoísta por no querer compartir la custodia con aquel. De no conocerle habría jurado que Ben le había enviado pero no. Él no era de ese tipo de persona y Darrell tampoco, aunque estaba molesto y estaba claro que se había alineado con su amigo.

Le defendía y ello me hacía recordar el tiempo cuando él y Christie le protegían de todos y Ben era intocable. Por suerte, Christie estaba de mi parte. Había durado unos días mosqueada por lo que le había dicho a Ben, pero luego debió pasársele porque empezó a darme la razón en casi todo.

Por entonces Nathaly tenía un año e ignoraba la disputa que había por su persona y eso me alegraba pero al mismo tiempo me afligía. No sabía si le estábamos haciendo algún daño indirectamente y ella, al no saber hablar, no podía decírnoslo.

Por otro lado, me sentía pérdida y dolida porque empezaba a verle excesivamente apegada a Ben. Solía llorar cuando le veía marcharse, cuando no iba por casa por cuestiones de trabajo o cuando estaba enferma y sólo parecía necesitarle a él.

En ese momento era cuando debía despojarme de mi orgullo, coger el teléfono y pedirle que fuera a casa. Llegué a pensar en cuánto me estaba perjudicando aquella situación así que decidí hablarle de un tema que sabía que era sensible, pero que tarde o temprano debía poner sobre la mesa, ya que yo no siempre podía estar en casa y menos desde que mis obligaciones en la editorial se habían incrementado.

—Creí que lo habíamos dejado claro —me cortó en seco nada más mencionar la palabra guardería. Sabes que no lo permitiré.

—Le vendrá bien relacionarse con otros niños —dije.

—Elizabeth ya te he dicho que no —repitió. Allí no le cuidaran a ella sola. Habrá muchos niños y eso es un riesgo.

—Pero algún día tendrá que acudir a un lugar así —volví a insistirle. Es absurdo que intentes protegerle cuando lo cierto es que no podrás hacerlo siempre.

—Te dije que cuidaría de ella —me recordó. Y sabes que puedo hacerlo porque soy mi jefe y puedo permitirme no ir a la oficina.

Tragué.

Juro que no podía evitar odiarle cada vez que me recordaba su ventajosa e idílica vida como jefe. Yo apenas había conseguido el nombramiento como editora después de dos años y estaba feliz, pero el miedo me engullía cada vez que recordaba que Nathaly sufría de una maldita *Bendependencia*.

Al pasar tantas horas fuera de casa me había hecho invisible y Ben pasó a ocuparlo todo. De hecho él ya no sólo era su padre, también era su mejor amigo y la única persona con quien Nathaly tenía contacto.

Me quebranté. Sentía que perdía a mi hija y deseaba cambiarlo pero sabía que hacerlo me perjudicaría porque entonces debía depender de la ayuda de Ben, y eso sí que no lo permitiría. Ya tenía bastante con tener que verle a diario en mi casa y robarme el cariño de mi pequeña, como para que encima le permitiera hacerse con mi vida.

—Únicamente quiere ayudarte —intentó convencerme Christie. No deberías verlo tan negativamente. Ben tiene los recursos y te ha dicho un millón de veces que dejes el trabajo si quieres dedicarte exclusivamente a Nathaly.

—Ni hablar —me opuse. Sé lo que pretende.

—Quiere ayudarte —insistió. Y cualquiera en tú lugar aceptaría.

—Ya me pasa una manutención —le recordé. No permitiré que pague mis facturas.

—Al menos el tema de la custodia no lo ha vuelto a tocar —apuntó. Eso es bueno.

—Ello no quiere decir que no lo tenga presente —le aclaré. Por esa razón intento no darle razones para provocarle pero me cuesta. Nathaly no quiere

nada conmigo y luego está todo eso que dice Darrell.

—¡Olvídate de Darrell! —manifestó. Es amigo de Ben y está de su lado. No obstante, sabe que éste jamás hará nada que te perjudique. Ante todo eres la madre de su hija. Y si, puede que se haya enfadado cuando supo que le ocultaste lo de tu embarazo pero al permitirle estar cerca de Nath acabará olvidándolo.

Eso espero, pensé.

Ben era impulsivo y juro que me habría muerto si todo aquel tiempo sólo hubiera estado fraguando un plan para quitarme a mi hija. Necesitaba averiguarlo.

Christie me había dicho unas mil veces cómo hacerlo pero no estaba segura de si era una buena idea abordar a Ben yo misma. Prefería que lo hiciera otra persona y pensé en Clare. Pasaría a visitarme unos días antes de irse a Sídney a hacer una especialización y aquella era mi oportunidad.

En cuanto nos vimos le pedí que me ayudara. Le dije que hablara con Ben y que averiguara todo cuanto pudiera sobre sus intenciones. Sabía que Ben jamás sospecharía porque le consideraba una chica correcta y menos se prestaría para ninguna tramoya.

—¡Pero es que te has vuelto loca! —gritó sin siquiera dejarme acabar de hablar. No me prestaré a una cosa como esa.

—¡Venga! —le supliqué. No me abandones. Eres la única que puede ayudarme. Ben no desconfiaría de ti.

—Desde luego que no —manifestó. Y no lo hará porque no le preguntaré nada. Antes prefiero contarle lo que estás planeando.

Me eché a llorar.

—¡Acabará arrebatándome a Nathaly! —sollocé. ¡Ya lo verás!

Me miró.

Clare era una chica con el carácter firme pero no soportaba verme llorar.

—Venga —buscó calmarme. Sabes que él jamás hará una cosa así. Está claro que sólo desea estar cerca de Nath. Le ama. Piensa que de haber querido llevársela ya lo habría hecho.

Negué.

—Si —insistió. Y a estas alturas deberías tenerlo claro. Elle, Ben no te lastimaría. Lo he visto en sus ojos. Además, si tan sólo lo intentara se las vería conmigo.

Sonreí.

Su bravuconería siempre conseguía que lo hiciera.

—Si estas tan segura que no lo hará entonces, ¿por qué no me ayudas? —le pregunté. No tendrás que hablarle de nada personal, sólo de Nathaly. Te prometo que luego me olvidaré de todo.

Suspiró.

Luego acabó accediendo y yo gritando de la emoción.

A la mañana siguiente cuando estaba en la oficina agonizaba por no saber nada. El reloj marcaba las 10:50 y sentía como si todo aquel tiempo hubiera sido una maldita eternidad. Ben debía haber pasado por casa sobre las 9:00 de la mañana y de eso ya habían pasado casi dos horas por lo que no dejaba de pensar en que Clare debía haberle empezado a interrogar, aunque no estaba segura.

Temía que se hubiera arrepentido, que hubiera preferido pasar del plan, que me dejara en la estacada y que acabara actuando delante de Ben como si nada. Los nervios me estaban matando. Recorrían mi medula, sus concatenaciones y acababan en mi cerebro dándome latigazos de aviso.

Imaginaba todas las situaciones, las más inimaginables, las imposibles, pero al final acabé pensando que sólo llegaría a casa y Clare me pediría que cogiera a Nathaly y huyera porque Ben me la arrebataría.

—Hola —dije nada más entrar en el salón y verlas jugar. ¿Qué tal la han pasado?

Asintió.

—Creí que no les encontraría en casa —agregué al ver su impasividad.

—¿Y dónde si no? —inquirió torciendo el cabello a la muñeca que tenía en las manos.

—Vale —advertí. Ignoro lo que te pasa así que tendrás que contármelo.

—¿Elle, sabías que sufres de ansiedad generalizada? —me diagnosticó.

Abrí los ojos.

—Sí —aseguró. Vives temerosa y preocupada por todo pero en especial porque crees que Ben es tú enemigo e intenta arrebatarte a Nath.

—Únicamente deseo saber qué has averiguado —dije.

—Elle, me siento mal —se quejó. No debimos hacer lo que hicimos y creo que deberías contárselo a Ben. No se enfadará. Créeme.

—¿Qué? Ni hablar —me opuse. No le diré nada.

—Elle, cometes un grave error —aseguró.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté. .

—Porque piensas que Ben es malo y no es así —reveló. Se ha pasado el día procurando que Nathaly y yo estuviéramos bien y también...

—¿Y también qué? —inquirí.

—Y también ha hablado maravillas de ti —confesó. He estado en su casa, en el parque, nos ha llevado a comer y en ningún momento ha dejado de tenerte presente.

—¿Pero te ha dicho algo sobre la custodia? —volví a interrogarle.

Negó con la cabeza.

—Y eso sólo puede significar una cosa —dijo. Que no hará nada porque te quiere.

Me quedé en silencio.

—Vale —bufé. Si eso es todo lo que tienes que decir, puedes dar por entregado el mensaje.

Negó nuevamente.

La pobre odiaba que ironizara y sabía que en 3, 2, 1 me lo dejaría claro.

—¡Eres una inmadura! —resopló. Te he dicho que Ben te quiere y tú sólo te pones en plan borde.

—¿Pero fue que te volviste loca? —le acusé.

—Nooo —se quejó. Eres tú quien me pone de los nervios. Te estoy diciendo que ese hombre a quien me enviaste a investigar está enamorado de ti y tú pasas de ello como si nada.

Tragué.

—Te ha hecho pensar eso para que no desconfíes de él —aseguré. Es un...

—¡Elizabeth Greenstein! —me miró muy seria. Será mejor que no te atrevas

a decir nada de lo que te puedas arrepentir. ¿De verdad me has enviado a hablar con Ben para luego dudar de todo lo que te digo?

—¡Es un embaucador! —grité. Finge ser un buen tipo pero le conozco y puedo asegurarte que no es así. ¿Acaso olvidas lo que me hizo?

—No —manifestó. La cuestión es que...

—No —le corté. La cuestión es que es un farsante y que te pongas de su lado sólo hace que le odie más. Ha hecho que todos estén en mi contra y ahora ha conseguido que tú también lo estés. Es un infeliz. ¡Le odio!

—¡Elle, basta! —me pidió.

—¡No, no lo haré! —negué.

Capítulo 10

Ver a Ben en casa después de la discusión con Clare me resultaba incómodo. No conseguía mirarle a la cara y cuando lo hacía inmediatamente me apartaba. A decir verdad no paraba de escuchar la voz de Clare diciendo que aquel me quería. Era como una maldita letanía y sólo esperaba que Ben no sospechara nada pues me habría muerto de la vergüenza.

Luego estaba el hecho de que me horrorizaba que pensara que Clare era una farsante y que hubiera sido capaz de fingir que era su amiga para sacarle información. Ella se había marchado a Australia y lo había hecho molesta por mi comportamiento, pero era mi hermana y no iba a permitir que Ben arremetiera contra ella.

No obstante, ella sí parecía estarlo haciendo contra mí. Publicaba cosas en sus redes sociales, redes que por cierto jamás le gustaron, pero que desde que llegó a Sídney parecían haberle encantado, pues debió descubrir que eran el medio perfecto para enviarme mensajes subliminales sobre mi comportamiento.

¡Traidora!, murmuré nada más descubrir que había subido una fotografía de ella junto a Ben y Nathaly.

Debían haberla hecho el día que salieron. Me reventaba porque ella era mi hermana y no comprendía cómo podía alinearse con aquel.

Por suerte los días siguieron transcurriendo y poco a poco todo parecía empezar a relajarse. Los cyber ataques de Clare cesaron, la presencia de Ben ya no me hacía sentir desconcertada, y los chicos y yo retomábamos nuestras viejas costumbres.

Nuestros encuentros volvían a ser seguidos. El tiempo que no les acompañaba era por Nathaly y aunque organizaban cosas para que pudiera llevarla conmigo, la cuestión era que prefería no hacerlo siempre. Era

pequeña y el único niño en nuestros encuentros, y para ser honesta deseaba compartir más tiempo con ella.

Fue esa la razón por la que solicité a mi jefe una reducción de mis horas de trabajo. Si, era la editora pero necesitaba recuperar algo del tiempo que me había estado perdiendo a mi pequeña, así que no dude en delegar obligaciones en mis ayudantes y pedirle a Ben algo de espacio.

—No —dijo nada más imaginar que le estaba pidiendo que se alejara. No lo haré.

—Únicamente te estoy pidiendo un poco de espacio —le dejé claro. No te he pedido que te vayas. Sé que no sería bueno para Nathaly.

Suspiró.

—Vale —accedió tras unos minutos cavilando. Pero que te quede claro que esto no es en modo alguno un adiós. Nathaly también es mi hija.

Sonreí.

Estaba tan emocionada al oírle decir que sí que me le eché encima para abrazarle y aquello le cogió por sorpresa.

—Tengo planes —titubeó. Quiero llevarla a Disneyland y este sábado iremos al zoo, y luego a comer. De hecho me preguntaba si... He oído que hay un lugar nuevo cerca del muelle y que la comida es deliciosa. Me preguntaba si tal vez...

Tragué.

¿Me estaba invitando?

—No puedo —mentí. El viernes tengo una reunión.

—Supongo que sí —sostuvo. No obstante, yo me refería al sábado.

¡Uiiiiss, qué tonta!, pensé. ¿Dije viernes?

—He quedado con Christie —me apuré a decir. Iremos de compras.

Me miró.

—¿Y qué hay del domingo? —dijo. Es imposible que tengas nada. Te gusta estar en casa y evitas salir si eso te obliga a hacerlo sin Nathaly.

El corazón empezó a latirme con fuerza.

—El domingo estaría bien —respondió mi boca de manera automática.

—Estupendo —murmuró. Entonces llamaré para cambiar la reserva. Pasaré

a recogerlas sobre las 10:00. ¿Te parece bien?

Asentí.

El sábado en el centro comercial fui cautelosa. Me sentía feliz y no quería ponerme en evidencia pero aún así le confesé a Christie que tendría una cita, y que era con Ben.

—Es por Nathaly —le engañé. Creo que es hora que hagamos las paces.

—Y que lo digas —me dio la razón. Aunque estaría mejor que fuera por ti. Llevas tanto tiempo molesta con él que ya no sé si tiene sentido.

—Clare piensa igual —confesé. Y de hecho si estoy haciendo todo esto es por ella. La última vez que estuvo aquí me hizo sentir mal.

—Lo comprendo —advirtió. No obstante, no deberías sentirte culpable por todo. Has atravesado una época difícil y debiste tomar decisiones. De modo que si has sido dura con Ben es porque no tuviste más opciones. Por otro lado, creo que el tiempo lo cura todo y sé que tú y él acabarán llevándose de mil amores.

—¿De verdad lo crees? —dije.

—Elle, el amor está en el aire —se echó a reír. ¿Recuerdas cómo empezó lo de Ethan y Mel? A Ben y a ti podría pasarles igual.

—Venga —fingí molestarme. Te he dicho un millón de veces que Ben y yo no...

—¿Por qué no? —expuso. ¿A qué le temes?

—A que todo esto no sea más que un plan para hacerse con la custodia —confesé. Sé que me odia porque le oculté que estaba embarazada y aunque ahora estemos dando pasos en firme para llevarnos bien, nuestra situación sigue siendo tensa. Además, no podría tener nada con él después de lo que sucedió. Sería masoquista, aunque debo confesar que en ocasiones me siento...

—¿Atraída? —sondeó.

Metí los hombros.

Ella sonrió.

—Elle sea lo que sea que te ocurra deberías verlo como algo positivo —expuso. Piensa que si las cosas entre ustedes están bien, Nathaly también lo

estará. Es la ley de causa y efecto.

—¿Y si no funciona? —manifesté.

—¿Por qué no iba a funcionar? —tanteó. Tienen una hija. Y los chicos y yo creemos que ambos están conectados.

—¿Conectados? —dije.

—Sí —reveló. ¿Jamás te has parado a pensar en lo que sucedió? Elle siempre insinúa que te engañó para llevarte a su casa y te dio de beber algo que te dejó inconsciente. No obstante, cuando descubriste que esperabas un hijo suyo no hiciste nada, salvo dejarle crecer dentro de ti. ¿No crees que eso signifique algo?

—No te atrevas —dije. ¿Cómo puedes insinuar que algo bueno yace en toda esta historia? Seguramente a él no debió importarle nada de lo que sucedió. Jamás se ha atrevido a hablarme de ello y eso me hace pensar que sólo soy una más de las que han pasado por su cama.

—Pues puedo asegurarte que no es así —me contradijo. Ben no es un mujeriego y en el fondo sabes que aquella noche no estaba ebrio.

—A eso precisamente me refiero —advertí. Sé que estaba consciente. Debí planificarlo.

—Elle, no vuelvas a decir eso —instó. Si existe algo de lo que puedas culparle quizá sea de haberlo disfrutado.

Me ruboricé.

—Sí —manifestó. En todo este tiempo ha tenido la oportunidad de salir con otras chicas pero no lo ha hecho, y ello a pesar que sabe que le desprecias.

—Se lo merece —murmuré. Es un...

—No —dijo. Tú le interesas. Te lo he dicho.

—No sé cómo puedes decir eso —negué con amargura. ¿Acaso olvidas lo que pasó?

—No —contestó. Pero no puedes pasarte la vida pensando en la parte negativa. Fue sexo. Pudo haberte sucedido con cualquier otro.

—Quizá por esa razón me sienta tan culpable —dije. Darrell estaba en lo cierto cuando decía que debía calcular mi cuota de responsabilidad. Aquella noche accedí a irme con Ben.

—Venga —me animó. Olvida lo que dijo Darrell. Piensa que aquella noche no estuviste con un desconocido y que en lugar de sexo tú y Ben hicieron el amor. Elle, Ben es un hombre educado. Me cuesta creer que sólo se centrara en penetrarte.

—¡Chris! —me exalté.

Ella sonrió.

—¿Sabes lo que creo? —se acercó como si fuera a confesarme un secreto. Que le gustabas y aquella noche cuando te vio salir del edificio vio su oportunidad y no la desaprovechó.

Negué.

Para ser honesta lo que pensaba era que a Ben le iba la somnofilia.

Capítulo 11

Aquel día volví a casa tarde. Las compras fueron enormes, estaba exhausta pero al estar en casa me sentí bien. No obstante, no dejaba de pensar en todas las cosas que Christie me había dicho, así que concluí que salir con Ben quizá no era tan buena idea.

Decidí llamarle, darle una excusa, explicarle que me había surgido algo de último momento pero la indecisión acabó engulléndome y desistí. En el fondo quería verle. Los nervios me estaban consumiendo, tiempo atrás apenas podía pensar en él sin sentir rabia pero ahora todo parecía haber cambiado.

De la noche a la mañana sentía que me atraía y el sólo hecho de no verle me hacía sentir triste y vacía. Cuando lo descubrí quería esconderme, abandonar la ciudad, evaporarme del universo pero al mismo tiempo confesárselo y quizá por ello deseaba que llegara el domingo.

Me serví una copa mientras pensaba en ello. Nathaly dormía, quería llamar a Mel para hablar ya que ésta era más oído que palabras, pero al final acabé pensando que meterme en la bañera sería mejor terapia.

Lo preparé todo. Cerré las puertas, volví a cerciorarme de que Nathaly dormía y entonces me fui a la bañera. Cuando me quité el albornoz sentí que un ruido irrumpió en la casa. Me asusté, salí despavorida y antes de asomarme a la ventana de la cocina corrí a ver a Nathaly, la cual sorprendentemente continuaba dormida.

Me alegré. La pobre había quedado cansada de tantas tiendas que si se hubiera despertado era casi seguro pasarme toda la noche oyéndola llorar.

En cuanto pude fui a la cocina. Ignoraba cuál de mis vecinos había sido capaz de poner en marcha una maquina pero me llevé una sorpresa al ver que no se trataba de nadie del vecindario, sino de Ben.

Había ido a casa en una maldita Harley, juraría que vestido exactamente igual que Chayanne en el videoclip *Torero* y con el cabello alborotado.

Tragué.

No obstante, luego juré que se enteraría.

—¿Es una broma? —le pregunté nada más verle frente a mi puerta. ¿Acaso pretendes que Nathaly te vea en esa cosa?

—Mi coche se ha averiado —tartamudeó. He quedado con los chicos y en el taller no me han podido dejar uno de sustitución. La Harley era todo lo que tenía.

Negué.

—Te llamé —agregó. Quería saber si querías que pasara a recogerlas en el centro comercial pero no hubo forma de que cogieras el teléfono. Por eso he venido.

—¿Y en qué pensabas recogernos? —inquirí. ¿En ese trasto?

—No —dijo. Pensaba alquilar un coche de habernos puesto de acuerdo.

Me quedé en silencio. Realmente se veía atractivo.

—No contesté porque olvidé el móvil en casa —confesé. Y en cuanto al fijo, lo desconecté apenas regresé. Quería meterme a la bañera y que Nathaly no se despertara si alguien llamaba pero está claro que no te detuviste a pensarlo. De haberlo hecho no te habrías aparecido aquí en esa cosa.

—Elle, yo —balbució. Realmente lo siento. Sólo quería cerciorarme de que todo estuviera bien.

—Lo está —confesé.

—Bien —murmuró echándole una mirada a mis pechos. En ese caso será mejor que me marche.

Asentí cubriéndome con el albornoz.

Inmediatamente después se dio la vuelta. Bajó las escaleras y mientras caminaba no pude evitar fijarme en su trasero. Definitivamente el tejano que llevaba puesto le quedaba de infarto, se le ceñía perfectamente y hacía que sus glúteos parecieran dos manzanitas pidiendo a gritos que les mordieran.

Sin duda, que Ben siempre llevara la camisa por fuera impedía que su tentador trasero quedara a la vista. No obstante, aquel día su atuendo le hacía

justicia y yo no podía evitar extasiarme en éste mientras le veía alejarse, subir a la moto, ponerse el casco, las gafas que hasta entonces no le había visto, y de nuevo alertar al vecindario de su presencia.

Mi vecino, el señor Ritman, que fue testigo de la escena sonrió y le saludó levantando la mano. Sabía por su mujer, una sexagenaria tan amable como él, que su marido era admirador de las motos, así que no me sorprendió que la presencia de Ben, y en especial el ruido de aquel endemoniado cacharro, no le produjera ninguna incomodidad. Todo lo contrario, debía haberle excitado, aunque no sé si tanto como Ben a mí.

Me adentré en la casa nada más pensar que partiría pero repentinamente sentí que el motor de la motocicleta dejaba de rugir. Me asomé a la ventana, pues pensé que tal vez le había sucedido algo y al ver noté que regresaba a la casa, y en cuanto abrí la puerta se me echó encima y llevó su boca tan cerca de la mía que mi respiración se fundió con la de él.

—¡Ben! —balbuceé. ¿Qué haces?

—Sé que lo que haré conseguirá que me odies más de lo que me odias —murmuró, y que me pedirás que no vuelva nunca más por aquí, y créeme estoy dispuesto a pagar el precio, pero no me iré de esta casa sin probar tus labios de nuevo.

Me quedé inmóvil.

En ese momento sus labios se posaron sobre los míos, empezaron a succionarlos y en cuanto abrí la boca su lengua se coló al interior en busca de la mía.

Creí que se detendría al ver que no reaccionaba, que aunque mi boca estaba abierta ni mis labios ni mi lengua le correspondían, pero no. En su lugar siguió tentándome hasta que, tras mirarme y suspirar, musitó:

—Tengo todo el tiempo del mundo Elizabeth. Todo.

Tragué.

Inmediatamente después volvió a succionar mis labios con ímpetu consiguiendo que mi útero se contrajera. Fue la sensación más deliciosa que no había sentido jamás. Estaba nerviosa pero al mismo tiempo deseosa porque no se detuviera sino que pasara a otro nivel.

—¡Ben, por favor! —balbuceé.

—Sé que no quieres que me detenga —confesó abriendo el albornoz y dejando al descubierto uno de mis pechos. He soñado con ellos y no llegas a imaginar cuanto he deseado volver a tenerlos en mi boca.

—No —insistí con dificultad al sentir que lo acariciaba. Realmente quiero que pares.

—Lo haré cuando el sabor de tú cuerpo se quede en mis labios —musitó apoderándose nuevamente de mi boca, arrinconándome contra la encimera y sorprendiéndome al introducir dos de sus dedos en mi vagina.

—¡Ben! —me ruboricé.

—Venga —acarició mi clítoris. Déjame entrar. Sólo una vez.

Me quedé en silencio.

Quería decirle que sí, que estaba deseosa de que lo hiciera, de que me atravesara como una flecha y reposara dentro de mí después de muchas embestidas pero en ese momento el llanto de Nathaly invadió la casa e hizo que ambos nos quedáramos inmóviles, y yo con el corazón a punto de explotar.

Cerré los ojos al verle alejarse de mí, arreglarse y meterse en la habitación de Nathaly a atenderle. Justo en ese instante yo aproveché para alejarme de la encimera, cubrirme con el albornoz y esperar hasta que volviera fuera, y pudiéramos hablar pero nada de eso ocurrió. En efecto, Ben salió de la habitación pero no me dijo nada ni me miró, y en cuestión de segundos abandonó la casa.

Me pasé toda la noche llorando. Pensaba en qué había fallado y la única conclusión a la que llegué fue a lo estúpida que había sido al permitirle acercarse del modo que lo hizo. De hecho, lo constaté al siguiente día cuando volvió y su frialdad ya no era la de un iceberg sino la de todo un maldito círculo polar.

Cogió a Nathaly, empezó a hacerle mimos y luego se la llevó al coche donde me esperaron. Fue en el restaurant donde finalmente me dirigió la palabra. Había pasado cerca de una hora y él había empezado a beber descontroladamente.

—Tenemos que hablar —dijo finalmente mientras llenaba su copa.

Le miré.

¿En serio quería hablar en ese estado?

—Quiero la custodia de Nathaly —reveló. He hablado con un amigo que es juez, dice que si no te opones será sencillo.

Sentí como si el aire me faltara. Deseaba gritar, golpearle y hasta mandarle a la mierda, pero las fuerzas parecían haberme abandonado.

—¿Elizabeth, me has escuchado? —volvió a decir al ver que no le respondía. Te he dicho que quiero ser legalmente el padre de Nathaly.

—Creí que te lo había dejado claro —respondí con un hilo de voz. Nathaly es mi hija.

—¡Y la mía! —me recordó. Y si eres inteligente sabrás que hacer de esto un problema no te beneficiará en absoluto.

Negué.

Sentí un escalofrío recorrerme la columna. Ben me estaba amenazando.

—¿Se trataba de esto, verdad? —inquirí. Todo ha sido una farsa. Desde siempre has querido quitarme a Nathaly y ya no has soportado más y lo has confesado.

—No —me contradijo. Únicamente te estoy pidiendo que me permitas ser su padre. Como tú eres su madre. Con los mismos derechos.

—¡Olvidalo! —golpeé la mesa. Creía que con lo de ayer querías arreglar las cosas entre nosotros pero veo que sólo querías entretenerme.

Sonrió y agitó la cabeza, lo cual hizo que me pusiera de pie y le diera un bofetón.

—Eres increíble —se cubrió la mejilla. ¿De verdad piensas que creí lo de ayer? Sé que intentas que no te pelee la custodia de Nathaly y estas tan dispuesta a evitarlo que serías capaz de acostarte conmigo sólo por eso.

Le lancé otra bofetada.

—¡Me quedaré con Nathaly! —advirtió. ¡Juro que lo haré!

—¡Antes tendrás que matarme! —dije.

—No juegues conmigo Elizabeth —se levantó y me sujetó. No toleraré ser un desconocido para mi propia hija.

—¡Yo soy su madre! —le recordé. ¡No te necesita!

—¡Y yo su padre! —me apretó con fuerza.

En ese instante me agité, conseguí zafarme, coger a Nathaly y salir corriendo de aquel lugar.

Una hora después estaba refugiada en casa. Llamé a las chicas, lloraba sin parar y lanzaba todo contra la pared donde imaginaba ver a Ben.

—¡Le odiooo! —grité nada más Christie me abrazó. ¡Quiere llevársela! ¡Me lo ha dicho!

—No —intentó convencerme. Debiste malinterpretarle. Él no sería capaz de hacer una cosa así. Hemos hablado muchas veces y su respuesta siempre ha sido la misma. No peleará por la custodia.

—¡Lo ha dichooooo! —grité nuevamente. Dijo que no le bastaba con saber que era su hija y que había hablado con un juez amigo suyo.

—Elle, cariño —intervino Mel. Debió decirlo por lo del tema legal. Si Nathaly no está registrada como su hija, Ben no podría protegerle.

—¡Nooooo! —enloquecí alejándome y rebuscando entre los cajones del mueble del televisor, donde recordaba haber guardado la tarjeta de un abogado amigo de Clare. ¡Dijo que la apartaría de mi lado! ¡Necesito un abogado!

—¡Elle, no! —me sujetó Christie. Sé cómo te sientes pero ahora mismo no estás en condiciones de hablar con ningún abogado.

Dejé escapar un nuevo grito.

Minutos después Ben se presentó en casa. Christie le recibió en el porche y apenas le vio le soltó una bofetada.

—¿Cómo has podido amenazarle? —le oímos gritar.

—Puedo explicártelo —le respondió él. Estaba muy enfadado pero no quería decirle nada de eso.

—No —le contradijo. ¿Acaso sabes cuantas veces te he defendido? He estado a punto de romper mi amistad con Elle por ti y ahora descubro que estuve a punto de cometer una estupidez, y que tú no eres más que un pedazo de mierda.

—¡Chris, por favor! —le suplicó. Sé que tienes razón pero déjame entrar y lo arreglaré. Ya te dije que estaba enfadado. Lo de ayer me sobrepasó.

Christie entornó los ojos. Ignoraba lo que había sucedido en la cocina. Yo no me atreví a contárselo ni a ella ni a Mel, pues me sentía avergonzada.

—¡Sabes que le amo! —agregó mirándole a los ojos. Jamás le haría daño.

—Le has roto el corazón —le señaló. Y pensar que creí que sería Elle quien acabaría lastimándote a ti. ¿Cómo no lo vi venir?

—¡Chris, por favor! —le suplicó una vez más.

Minutos más tarde Christie volvió dentro. Se acercó al sofá, se sentó a mi lado y cogiéndome de la mano dijo que Ben no se marcharía hasta tanto no le permitiera entrar y hablar.

—Le hemos oído —intervino Mel. Lo que no comprendo es cómo puede presentarse aquí después de lo que ha hecho y que tú accedas a interceder por él.

—Mel, no es el momento —dijo.

Mel negó y se apartó de donde estábamos.

—Elle, sé que no quieres verle —agregó Christie. Pero él quiere hablar y eso significa que está arrepentido. Necesito que me digas si puedo dejarle entrar o si deseas que le pida que se marche. Haré lo que tú quieras.

Sollocé.

No sabía qué hacer.

Por un lado deseaba que se marchara pero tenía miedo de que al hacerlo su ira se incrementara y la próxima vez que le viera fuera ante un juez.

Por ello accedí a que entrara en casa pero en cuanto le vi no pude evitarlo y me le eché encima. Le golpeé tantas veces que sólo paré cuando las fuerzas me abandonaron y entonces él me sujetó y refugió en su pecho.

—Lo sé —susurró con la voz rota. He sido un imbécil.

—¡Haré lo que quieras! —sollocé. Lo que quieras. Pero no me la quites.

Negó.

—No lo haré, cariño —me cogió de las mejillas obligándome a verle. Eres su madre y nunca te la quitaré.

Capítulo 12

Me rehusé a conformarme con aquella promesa. No dejaba de pensar que Ben había sido capaz de amenazarme y que yo no tenía garantía de que no lo cumpliera. Por esa razón solicité vacaciones por adelantado, mi jefe accedió, hice mis maletas en cuanto tuve la aprobación por escrito y me fui a Sídney donde Clare me esperaba.

Le encontré radiante, bronceada; sonriente y no tardé en conocer la causa de tan inesperado cambio. Su nombre era Ahmed. Se dedicaba a la pediatría y desde que ambos habían llegado a Sídney entre los dos hubo química; seguida de un idilio que Clare se empeñaba en esconder.

Ahmed era alto, moreno, con una melena preciosa color ébano y una sonrisa que habría hecho pecar hasta una monja. Quise morir cuando Clare me lo presentó porque al extender mi mano él la tomó, me plantó un beso y susurró algo en libanés que Clare tradujo de inmediato.

—Ha dicho que le recuerdas a la diosa *Uzza* —dijo.

—*La más querida* —acotó él. Su significado alude a *Poderosa* pero yo te lo he dicho refiriéndome a lo primero.

Sonreí.

El amiguito de mi hermana era todo un galán y además me acababa de comparar con una diosa. ¡Pero en qué parte del mundo estaban escondidos esos hombres!

—Me indigna que le estés ocultando cuando lo que deberías hacer es presumir de él como si fuera un diamante —susurré mientras caminábamos rumbo al coche

Soltó una risita.

Luego se quedó mirando a Ahmed quien le guiñó un ojo tras sorprenderla.

—No estamos saliendo —dijo volviéndose hacia mí. Por eso no te lo había contado. Acaba de divorciarse, tiene un hijo, trabaja en Chicago y ha venido a Sídney por la misma razón que yo. Trabajo.

—¿Y? —inquirí. ¿Acaso la gente que trabaja tiene vetado el amor?

—Que no hay nada —buscó ocultar su sonrisa.

—Chicago, ¿eh? —manifesté con picardía. Viviríamos cerca.

Negó.

Sonreí al ver como se resistía a admitir lo obvio. Estaba enamorada de Ahmed pero no lo confesaría ni aunque de ello dependiera su vida.

Siempre se negó a hablar de sus sentimientos y en especial a mostrarlos, pero esta vez ya no era necesario que se esforzara. Podía fingir, negar o desmentir todo lo que quisiera pero el amor había tocado a su puerta y lo había hecho de la mano de Ahmed. De un educado y guapo libanés.

—¿Por qué estás tan segura que no pasará nada? —le pregunté al oírle decir que tras volver a Portland todo quedaría en una aventura. No sabía que ahora visitabas videntes.

—Sabes que ahora mismo no tengo nada que ofrecer —se echó a reír. Tengo un trabajo agotador y luego está lo de mamá. Hoy precisamente hablé con su doctor y dice que tal vez pueda llevármela a casa en unas semanas.

—¿De verdad? —me emocioné. ¡Clare eso es genial!

Asintió.

—Por esa razón no quiero estropearlo —dijo. Han pasado algunos meses desde que está en rehabilitación y que regrese a casa no sólo me satisface sino que me hace suponer que ha mejorado.

—Pero Ahmed es médico —le recordé. Lo comprendería.

—Elle, he dicho que no quiero ofrecerle una situación así —insistió. Sería injusto. Además, no comprendo por qué estamos hablando de mí cuando de quien deberíamos hacerlo es de ti y de lo que ha sucedido en tú cocina.

Suspiré.

Le evadí pero sabía que Clare no se quedaría así. Tarde o temprano me abordaría y yo no conseguiría evitarle nuevamente. Por suerte aquella charla no tuvo lugar durante los primeros días en Sídney. Clare sabía que no me

encontraba bien, de modo que intentó que me olvidara de Ben y de la discusión por la custodia.

Por las mañanas casi no coincidíamos porque Ahmed y ella se iban a las clases de la especialización, así que Nathaly y yo visitábamos las playas, jugábamos en la arena, nos bañábamos y asoleábamos, y luego aprovechábamos para probar la gastronomía de la zona.

Por las tardes la cosa era distinta. Algunas veces visitábamos *Paddy's Market* en Chinatown y el barrio *The Rocks* donde aprovechábamos para hacer compras, y por las noches nos dirigíamos a *Darling Harbour*. Aquel era un bonito puerto donde había bares, restaurantes y música en vivo, y donde me agradaba acabar el día junto a Clare y Ahmed.

Desgraciadamente en la medida que fue pasando el tiempo, la idea de volver a Chicago empezó a mortificarme. No deseaba hacerlo. Me gustaba aquella distancia donde sólo éramos Nathaly y yo, y donde los miedos por perderla no existían.

Al volver fue como una lluvia de decepción. Para empezar porque Ben fue a recogerme al aeropuerto en lugar de Mel y luego porque me enteré que Christie había estado en el hospital tras sufrir un desmayo en el trabajo.

—Está embarazada —confesó mientras me llevaba a casa. Mel le ha acompañado todos estos días. Por eso no ha podido venir.

—¿Pero por qué nadie me llamó? —inquirí furiosa.

Inspiró.

—Christie nos pidió que no lo hiciéramos —dijo. Y yo estuve de acuerdo porque sabía que necesitabas estar sola.

Le miré.

Juro que me emocioné al saber que Christie esperaba un bebé, pero que no me llamara en cuanto lo supo me entristeció, aunque no le culpé. Recordé de inmediato que yo también había ocultado a todos lo de Nathaly así que me preguntaba si era justo recriminarla por algo.

Al margen de los hechos, me centré en pensar en sus cambios de humor. Era evidente que algo le estaba sucediendo antes de irme a Sídney pero no llegué a sospechar nada. Estaba tan preocupada por lo que había sucedido con Ben que

mi mente no estaba por nada más. Ni siquiera cuando éste empezó a enviarme flores a la oficina y notas en las que no paraba de disculparse.

Mi regreso a Chicago coincidió también con mi cumpleaños. Christie había organizado una cena en mi restaurant favorito y había invitado a todos nuestros amigos, incluyendo a Ben. La idea no me causó ninguna gracia pero creí que sería una buena ocasión para hablar con él sobre la custodia.

Si, ese tema que tanto temor me causaba y del que no deseaba decir ni una sola palabra, pero que estando en Sídney Clare acabó convenciéndome de que lo hiciera. Decía que Ben me había amenazado una vez y que nadie podía asegurarme que no volvería a hacerlo.

Me arreglé para la cena. Estaba programada para las 9:00 de la noche y tras terminar iríamos a *Whitehorse*. Era uno de los pubs más exclusivos de la ciudad, y a todos nos encantaba la idea de asistir ya que nunca antes lo habíamos hecho.

Me animé ante la idea de una noche de las de aquellas que solía disfrutar antes de Nathaly, pero me descompuse cuando recordé que no me había tomado la molestia de comprarme nada bonito para aquel día, así que me tocó conformarme con un vestido olvidado en mi armario del que sólo tenía un recuerdo. Mi graduación en la universidad.

Dudé que me quedara porque antes de Nathaly mi peso había sido de manera inalterable 56 kilos, pero luego eso cambio y la báscula no dejaba de puntear 61. No estaba orgullosa de mi cambio corporal pero si de todos los esfuerzos, por demás está decir en vano, para volver a mi peso.

Dietas, gimnasio, pilates, yoga. Nada me funcionó. Y juro que al verme en el espejo aquel precioso vestido me lo recordaba. Me sentía como Jennifer López en *Monster-in-law*, justo cuando intentaba meterse en aquel mini vestido que su suegra le había comprado.

En otras latitudes lo exagerado de mi busto y trasero era definido como *despampanante*, pero yo me sentía obesa y a punto de destrozar un vestido que en su momento había costado mil dólares.

No obstante, era lo único que tenía a la mano tras cargarme mi armario durante mi embarazo, así que regodearme en si se me veía bien o no era perder

el tiempo. Estaba abultada de extremidades y cualquier cosa que me pusiera me lo recordaba.

—Ni hablar —refunfuñó Ethan al oírme decir que estaba gorda. Deberías estar feliz de que Nathaly haya obrado un milagro en ti. Antes eras toda de mimbre y ese vestido que llevas puesto jamás te quedó mejor.

—Se que lo dices para hacerme sentir bien —le contradije.

—Te juro que no —insistió.

Sonreí.

—Por cierto —agregó. Christie me ha dicho que este año Gibson te ha honrado con un reloj de Cartier. ¡Vaya regalazo!

Asentí.

—Y que lo digas —dije mostrándoselo. Cada año se supera. Me muero por saber con qué me saldrá el siguiente.

Ambos nos carcajamos.

—Le interesas —expuso Christie. Es demasiado obvio. Mira que salirte con un Cartier. Nos ha humillado a todos. Ni las esmeraldas que Darrell y yo te regalamos podrían competir con eso.

—Aun falta el obsequio de Ben —susurró Darrell mirando el reloj con desprecio. Él también ha estado en una joyería, Tiffany's para ser exacto, y puedo asegurar que no comprando una baratija.

Me mostré impasible.

Sabía que Darrell diría algo sobre el reloj y saldría en defensa de Ben pero no me importaba. Yo estaba muy complacida con mi regalo.

Poco después estábamos esperando a que sirvieran la cena. Empezamos degustando unas bebidas, yo con mi martini, reía, conversaba con los chicos, pero a ratos el nombre de Ben aparecía y me hacía guardar silencio.

Esperaba verle llegar y en ocasiones miraba hacia la puerta del restaurant pero nada. Ni rastro. Era como si se estuviese haciendo esperar.

Tras una buena media hora se presentó. Darrell gritó su nombre, le hizo señas para que viera donde estábamos, se puso de pie al igual que Ethan y ambos fueron a su encuentro como dos críos al ver a su padre. Brillaba,

llevaba un traje azul marino, camisa de la misma tonalidad, corbata igual de oscura y sus zapatos eran todo un espejuelo.

Sonrió al saludar a los chicos. Ignoró por segundos a todos los que estábamos en la mesa pero después me lanzó una mirada consiguiendo que me pusiera muy nerviosa. Era una inspección en toda regla y más que molestarme, me resultó inoportuna. Todos estaban allí y el vestido que llevaba puesto no me favorecía.

—Se ve increíble —murmuró Mel consiguiendo mi atención. El traje le sienta de maravilla.

Pensaba igual pero no se lo dije. No iba a soltar ningún halago por él. Antes me cosía los labios.

No obstante, debía reconocer que verle de traje por primera vez me estremeció. Jamás lo había hecho y hasta ese instante le di la razón a Christie cuando decía que la verdadera imagen de Ben nada tenía que ver con la desastrosa que todos conocíamos, sino con aquella con la que se presentó en el restaurant y que invitaba a no dejar de verle.

Busqué no hacerlo. Me centré en seguir charlando con los chicos a mí alrededor, en fingir que todo cuanto decían me causaba gracia pero poco después no pude soportar más y me dejé tentar por las ganas de mirarle, y entonces fue cuando noté que venía en mi dirección.

Lo hacía con dificultad. Los chicos de la oficina se lo impedían al saludarle y Ben se veía obligado a detenerse, estrecharles la mano y preguntarles cómo iba todo. Le sentí muy cerca porque su fragancia de Hugo Boss impregnaba todo el recinto.

Sabía que era su esencia porque yo misma se la había obsequiado en nombre de Nathaly, aunque de eso ya habían transcurrido unos meses, y no fue hasta aquella noche que decidió ponérsela.

Poco después le di un largo sorbo a mi martini, volví a fingir no estar por él pero al tenerle casi encima no pude seguir evitándolo y el descaro me venció. Me regocijaba verle tan atractivo e imponente, y confieso que no pude evitar recordar lo que había sucedido en mi cocina, y en cómo me besaba mientras sus dedos jugueteaban dentro de mí.

La temperatura corporal empezó a subirme. Sentía un fuerte calambre en medio de las piernas y el deseo de que Ben volviera a tocarme como aquella vez pero poco después reaccioné. Lo hice al sentir que se acercaba, luego se detenía de súbito y tras él unas estilizadas piernas conectadas a unas caderas a las que se ceñía un precioso vestido rosa.

—¿Quién es? —susurró Mel mirando a Christie.

Ésta negó.

Empecé a bullir.

Al igual que Mel quería saber quién era la que acompañaba a Ben pero no me atreví a preguntar.

Por el contrario me puse en pie, procuré conversación con Louis y Hannah, y entonces vi cuando Christie se le acercó para pedirle una explicación. Oí perfectamente cuando le dijo que la susodicha era una colega y que habían estado trabajando en su oficina hasta esa hora.

¡Hipócrita!, pensé. ¡Con esas pintas trabajas!

Sentía ganas de estrangularle pero me contuve al oír a Louis bromear sobre nuestro jefe. De no haberlo hecho, creo que todos se hubieran dado cuenta de lo celosa que estaba por culpa de aquella mujer, de sus piernas, caderas y vestido perfecto que me hacía pensar en el mío.

Busqué calmarme. Me centré en Louis que no paraba de bromear y en Hannah que no hacía más que seguirle la corriente. No obstante, cuando pensé que nada podía perturbarme más la esencia de Hugo Boss me envolvió y cuando quise reaccionar sentí a Ben detrás de mí.

—¡Feliz cumpleaños! —me susurró al oído nada más ver marchar a los chicos.

Me volví.

Le lancé una mirada fría.

¿En serio creyó que deseándome feliz cumpleaños me olvidaría de aquella mujer?

—Estás preciosa —dijo acercando sus labios a mi mejilla. Creo que nunca un vestido le hizo tanta justicia a un cuerpo como ese se lo hace al tuyo.

Le miré con hastío.

—Ten —dijo sacándose una cajita de terciopelo del bolsillo de la chaqueta.
Es de parte de Nathaly y de mí.

Se trataba de un relicario en forma de corazón y en cuyo interior estaba inscrito mi nombre seguido de la frase: *Mi todo*.

Tragué al leerlo.

Capítulo 13

La mujer que acompañaba a Ben se llamaba Cindy Hensen. Era la abogada de una multinacional y había ido a Chicago para acordar la fusión de la empresa para la que trabajaba con otra a la que Ben le había dado el visto bueno como asesor.

No me hizo gracia verle con aquella mujer y quería que ésta desapareciera pero Christie me suplicó que no me enfureciera, sino que guardara la compostura. A fin de cuentas era mi fiesta y debía dar lo mejor de mí aunque me costara.

—Lo ha hecho por cortesía —dijo en los lavabos tras verme huir después de ver cómo aquella huesuda manoseaba a Ben.

—Pero debió llamar a Elle y preguntarle si no le importaba —intervino Mel. No puede presentarse en su fiesta con *Barbie malibú* y esperar que no le importe.

Guardé silencio.

No podía estar más de acuerdo con Mel pero no dije nada.

—Oh, vamos —insistió. Pero si ya les dije que es la abogada de la empresa que asesora. No hay nada de qué preocuparse. Además, no es su estilo.

Le miré con duda.

—Es la verdad—aseguró. Es sólo una colega.

Ni hablar, pensé. Algo me decía que eran más.

La muy oxigenada se había pasado toda la noche coqueteando con los chicos pero sobretodo con Ben. A él en especial le miraba, le sonreía, le rozaba a propósito y éste se dejaba complacido. ¡Me chocaba!

Poco después nos fuimos al pub. Lo había estado deseando toda la noche a ver si de una buena vez *Barbie malibú*, como le decía Mel, desaparecía pero

nada. Darrell le había convencido de que nos acompañara y ésta, mostrando toda la dentadura, no se negó.

¡Vaya cumpleaños!, suspiré. ¡Y pensar que cuando salí de casa creí que mi problema sería mi vestido!

Teníamos una mesa y barra libre, y todo gracias a que Darrell era el abogado del señor Whitehorse, un septuagenario con el semblante serio y estilo señorial que los chicos no dudaron en bautizar como El padrino, ya que hablaba como Marlon Brandon en aquel film.

—Me cuesta creer que hayas aceptado ser su abogado —le cuestionó Mel. Tiene mala fama y cuando el río suena...

Todos sonrieron.

—Es un cliente selecto —intervino Ben. Asesoré a su hermano el año pasado y luego a uno de sus hijos. De hecho la empresa para la que trabaja Cindy es socia de la Corporación Whitehorse. Es gente con mucho poder.

—Veo que todos los abogados de esta mesa están al servicio del señor Whitehorse —se aclaró la garganta Ethan. No me sorprende que tengamos tragos gratis.

—¡Oh, vamos! —manifestó Darrell. Es uno de mis mejores clientes. Dejen de hablar ya. Me moriré de la vergüenza si les escucha.

Cerré los ojos.

Era mi cumpleaños, estábamos en un pub exclusivísimo, la música era fantástica, los tragos deliciosos pero de lo único que se hablaba era del señor Whitehorse y de su más que enjuiciable reputación. ¡Me sentía olvidada!

Se suponía que debía ser una noche agradable pero se había convertido en un juicio contra un megarrico que ni siquiera conocía. Definitivamente no estaba en racha. Primero había sido el vestido, luego la inesperada aparición de Cindy y poco después la maldita reputación de aquel anciano. ¿Qué seguiría después?

Me levanté de la mesa completamente hastiada y Ethan debió notar mi malestar porque no dudó en seguirme.

—¡Eh! —dijo abrazándome. Si es por Nathaly, ya puedes olvidar que está mal. La madre de Christie es la mujer más cuidadosa que conocemos. Lo

sabes.

—Pero igual me cuesta creer que le haya dejado sola —mentí para que siguiera pensando que era por Nathaly. Es la primera vez que duerme fuera de casa. Debe estar llorando.

—Ni hablar —me alentó. Debe estar durmiendo. Es tarde.

Suspiré.

Me miró fijamente.

—¿Y bien? —inquirió acariciándome la mejilla. ¿Acabarás diciéndome lo que estás pensando o te lo tengo que sacar con cosquillas?

Negué.

—Venga —me animó. Ni siquiera es su tipo. A él le van tus curvas y ese exuberante busto que no ha dejado de mirar desde que llegó.

Me ruboricé.

Se echó a reír.

—¿Cómo pudo traerla a mi fiesta de cumpleaños? —me quejé. ¿Acaso pensó en cómo me sentiría?

Negó.

—Pero lamento decir que ha sido tú culpa —confesó. Le has acorralado. Desde que regresaste de Sídney no le has permitido que se acerque a ti y en cierto modo está obedeciendo a lo que indirectamente le has pedido. Distancia.

—¡Uy si! —manifesté. ¡Qué disciplinado! ¿Y por eso tenía que salir corriendo a liarse con esa flacucha?

—Vamos —se carcajeó. No le interesa. Puedo garantizártelo. Sólo trabajan.

—Sí, claro —ironicé. Y vete a saber que más hacen.

—¿Celosa? —me preguntó.

—No —mentí.

—Mentirosa —me acusó haciéndome cosquillas. Sé que lo estás. Puedo verlo en tus ojos.

Me eché a reír.

—Ven —agregó cogiéndome de la mano. Vamos a la barra a por unos chupitos. Quiero que me lo cuentes todo.

—Se que salen —dije mientras caminábamos. Y que al menos tú y Darrell están al tanto.

Negó.

—Elle, eres mi mejor amiga —recordó mientras le indicaba al camarero que nos sirviera los chupitos. Sabes que jamás te ocultaría algo así.

—Sí, claro —le miré. Y Ben tú mejor amigo y supongo que eso te tiene en una encrucijada.

—Ni hablar —aseguró obligándome a beber al mismo tiempo que él. Es cierto que nos hemos hecho grandes amigos pero eso no quiere decir que le permitiré que se burle de ti, y menos ahora que se que te interesa y que verle con Cindy te está destrozando.

Suspiré.

En efecto era lo que estaba sucediendo.

La noche se tornaba movidita. Ethan y yo estábamos en la barra, Mel y Chris hablaban alejadas de todos, y Ben, Darrell y Cindy continuaban en la mesa. Como era de esperarse, aquella no paraba de mostrarse sugerente ante Ben y cada vez que éste decía algo ella no podía evitar reírse a carcajadas. ¡Se le veía hasta el último molar!

Eran más de las 12:00 de la noche y el lugar estaba a rebosar. Ethan y yo continuábamos en la barra y éste me había retado a tomar seis chupitos seguidos y el resultado fue mejor. Bebí diez, le gané veinte dólares y en cuanto escuché *Livin' la vida loca* enloquecí y le arrastré al centro de la pista.

Aquello desde luego no dejó indiferente a nadie y menos a Ben. El pobre apenas podía quitarme los ojos de encima, o mejor dicho de mis tetas las cuales no paraban de moverse provocativamente

—¡Guaooo!—se carcajeó Darrell aprovechando la ausencia de Cindy la cual había ido al lavabo. Dime que estás viendo lo mismo que yo.

Ben inspiró y se bebió todo lo que tenía en la copa. Debió subir al cielo e inmediatamente descender a los infiernos cuando me vio, y no porque estuviera celoso de que Darrell me estuviera mirando, sino de que todos en aquel lugar lo hicieran también.

Al volver a la barra. Christie y Mel no paraban de hacerme señas para que

viera en dirección a nuestra mesa y en concreto a Ben. Su cara era todo un poema y aunque Cindy intentaba hacerle reír, el caso es que no lo conseguía. Ben estaba tan serio que en lugar de estar en un pub parecía que estaba en un funeral.

No pude evitar llenarme de gloria. Ethan había conseguido que me olvidara de Ben y de la tonta de Cindy, y había conseguido que ahora el que se estuviera subiendo por las paredes fuera él.

—Creí que habías olvidado aquella canción —se carcajeó.

Negué muerta de la risa.

En ese momento escuchamos que alguien gritaba nuestros nombres y cuando nos volvimos un chico super atractivo se abrió paso entre la multitud y se plantó delante de nosotros dejándonos atónitos.

—¿Jake? —inquirimos los dos al mismo tiempo.

El muchacho asintió.

—Pero mira nada más —nos plantó sendos besos. Ni en un millón de años habría pensado encontrármelos esta noche. ¿Pero donde se habían metido?

—Acá, en Chicago —contestó Ethan. ¿Olvidas que Elle y yo vinimos a la universidad?

—No —respondió. Lo habría olvidado si te hubieras venido solo. La cuestión es que tuviste que arrastrarle contigo y que de no ser porque hace un minuto vi en dirección a la pista no le habría vuelto a encontrar.

Los tres nos carcajamos.

—Pero díganme —sostuvo. ¿Viven aquí?

—Si —respondí. Trabajamos en una editorial. Ethan es traductor y yo editora.

El muchacho se sorprendió. Realmente hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—Pero cuéntanos —dije. ¿Tú qué tal?

—Vivo en Portland —confesó. Trabajo con mi hermano William. Montamos una empresa de ventas por internet y ahora somos socios.

—Vaya —dijo Ethan sorprendido. Tú y el amargado de Will socios. ¿Y cómo se obró el milagro?

—Fue papá —reveló. Puso el capital y su condición fue que William me aceptara como accionista.

Ethan asintió.

Jake me miró sonriente.

—Elizabeth, debo confesar que en cuanto te vi en la pista no dudé que fueras tú —apuntó. Te ves estupenda y además nadie mueve las caderas como tú.

Me ruboricé.

¡Jake me estaba piropeando!

—Pero díganme —continuó. ¿Están solos?

Negamos.

—Elle está de cumpleaños —reveló Ethan. ¿Lo olvidaste?

El muchacho cerró los ojos.

—Puede —confesó. Ha pasado tanto tiempo que...

—Es igual —le disculpé. Tienes razón al decir que ha pasado mucho tiempo. En cuanto a si estamos solos, la respuesta es no. Vinimos con unos amigos. Están por allá.

Los tres miramos en dirección a la mesa donde señalaba.

—¿Por qué no vienes con nosotros y te presentamos? —propuso Ethan. Seguro que los chicos se alegrarán de conocer a nuestro mejor amigo.

Jake accedió.

Al cabo de un minuto nos plantábamos delante de todos en la mesa. No parábamos de reírnos y yo en especial estaba pletórica al ver como Ben miraba fijamente la mano de Jake sujetando la mía.

—Chicos quiero presentarles a Jake Altmann —se apresuró a decir Ethan. Él, Elle y yo fuimos juntos a la escuela. Jake también es de Portland.

Christie y Mel me miraron.

—¿Jake? —inquirió la segunda. ¿El de la casa del lago?

Ben no pudo evitar mirarle.

Jake asintió.

—Pero ya no tenemos la propiedad —reconoció. Mi madre la odiaba y acabó convenciendo a mi padre para que la vendiera.

—¿De verdad? —se lamentó Ethan. Pero si era una pasada. Recuerdo que

pasé los mejores inviernos de mi vida allí y Elle aprendió a patinar en el lago.

—¿Así que tú eres el famoso Jake? —intervino Darrell acomodándose en su asiento. He oído de ti.

—Debiste —sonrió aquel. Elizabeth, Ethan y yo estábamos muy unidos.

—¿Elizabeth? —inquirió. ¿A quién te refieres?

Jake le miró con curiosidad.

—A Elle —apuntó Ethan que no se percató a primera de las intenciones de Darrell.

—Elle te conozco hace años y hasta ahora sé que tú nombre es Elizabeth —mintió. Creía que te llamabas Elle, a secas.

—Pues lamento que a estas alturas no sepas que el nombre real de Elle es Elizabeth Mary Greenstein —ironizó. Sus verdaderos amigos lo sabemos.

Darrell le miró con encono.

—Oh, vamos —intervino Ethan nuevamente al sentir la tensión. Todos sabemos cuál es el verdadero nombre de Elle. Si Jake le llama por su nombre de pila es porque fueron novios. Lo fueron hasta que Elle se vino a Chicago y de hecho, de no haber sido así, ahora mismo estaríamos frente a la señora Altmann.

Ben clavó sus ojos en mí.

Capítulo 14

Ben estuvo saliendo con Cindy. Me dolió y pasé un tiempo molesta con Darrell y Christie por haberme ocultado que aquellos dos habían empezado a verse casi desde mi partida a Sídney. Como era de esperar todos me señalaron como la responsable pero Christie en especial decía que le había empujado a buscarse a alguien y que no tenía nada que reprocharle.

—Le pediste que se alejara —dijo. ¿Qué esperabas que hiciera?

Negué decepcionada.

A decir verdad, lo que esperaba era que no saliera con nadie. Digamos que quería hacerme de rogar, que Ben se mostrara más interesado y hasta que hiciera tonterías que me molestaran de cara al público pero que en privado me hicieran reír porque me demostrarían que me amaba.

No obstante, acabé con las tablas en la cabeza. Ben se había alejado y ahora me tocaba verle como haría las tonterías por otra. ¡Le odiaba! No podía soportar verle feliz con aquella mojigata y me retorcía de sólo pensar que le besaba y le hacía el amor.

Juro que si me aparté fue porque jamás me vi como la suplicona. Me encendía verle con aquella mujer y por esa razón dejé de reunirme nuevamente con mis amigos. En el tiempo que pasé evitándoles aproveché para hacer lo que quería con Nathaly, aunque confieso que echaba en falta a su padre.

Ya no me llamaba con la misma frecuencia que tiempo atrás pero seguía muy pendiente de la pequeña. Ella continuaba siendo el centro de su vida y eso me alegraba, pues me hacía pensar que si bien Cindy estaba con él, era conmigo con quien tenía una hija.

Jake por su parte se había convertido en mi mejor apoyo. Desde que nos encontramos no paró de darme ánimos ni de decirme que debía hablar con Ben pero me opuse. ¿Qué iba a decirle? ¿Que estaba celosa? ¡Ni hablar!

Por otro lado, pasar tiempo con mi ex novio y viejo amigo me permitió saber más sobre su vida. Me contó que tras mi partida de Portland había salido con otras chicas pero que tras unos cuantos romances descubrió el amor en un chico llamado Luccas, el cual había conocido en una fiesta a la que había asistido en Chicago.

Por él era por quien iba a allá. Los chicos lo desconocían e incluso Jake me había pedido que no se lo contara a Ethan porque no sabía cómo se iba a tomar que era gay. No siempre había sido así pero temía que Ethan pensara lo contrario, porque habían sido grandes amigos y Jake sabía de los conflictos emocionales que una confesión como aquella solía desencadenar entre chicos.

Fue gracias a aquel secreto que acabamos aliándonos y utilizando su presencia para darle celos a Ben. Jake dijo que no fallaría porque Ben no estaba enamorado de Cindy pero a mí me costaba creerle. No obstante, accedí y a principio todo parecía ir bien pero con el paso del tiempo apenas Ben parecía darle importancia, y al final quien acababa consumida era yo al verle con la raquíta.

Como era normal Christie me acusó de provocar toda aquella situación y no paró de decirme lo ridícula que me veía al salir con un ex. Jake no le caía mal pero tampoco era santo de su devoción así que no se hartó de decirlo, sobre todo cuando supo que me iría a Portland con él.

—Definitivamente no sé qué buscas con esto —señaló. No te ha bastado con arrojarle a los brazos de *esa* que ahora también has decidido irte a Portland con Jake.

Bufé.

Estaba harta de aquello y no sabía si soportaría un enjuiciamiento más.

—Clare y yo venderemos la casa de nuestros padres —le confesé. Es por esa razón que iré a Portland. Clare se vendrá a vivir con Ahmed y no podemos dejar a mamá donde está. Le traeremos a una residencia.

Me miró.

Debió sentir tanta vergüenza al oírme después de haberme estado señalando que nada más sentirme guardar silencio se disculpó.

—Lo lamento —dijo. Había olvidado que me contaste que Clare se mudaría

aquí. Si necesitas que vaya contigo a Portland lo haré.

—No es necesario —dije. Ahmed vendrá y Jake también.

Me miró con recelo.

—Sé lo que vas a decir —advertí. Así que te suplico que te lo pienses bien. Tú, Darrell y hasta el mismo Ben no dejan de ver a Jake como si fuera un invasor.

—Y lo es —aseguró. Desde que apareció no ha hecho más que acapararte.

—No es verdad —manifesté. Ahora paso más tiempo con Nathaly y Jake sólo se ha sumado a nosotras.

—Porque seguramente espera algo —murmuró. Elle, esto sólo consigue que Cindy gane terreno. ¿Es que no lo ves?

—Chris, no quiero hablar sobre eso —le supliqué. Si Cindy gana o no terreno eso es cosa de Ben. Espero que sean felices.

—Eres una mentirosa —me acusó. Sabes que no deseas que lo sean. Odias verles juntos pero como estás con Jake no tienes nada que reprocharle.

—Chris, Jake y yo no estamos juntos —dije. Nosotros sólo hemos retomado una vieja amistad. ¿Por qué te cuesta entenderlo?

—¡Porque es estúpido! —señaló. Sabes que él espera más de ti.

Resoplé.

—Chris, Jake es gay —acabé diciendo. No viene a Chicago por mí sino porque sale con un chico.

Me miró.

Su cara se quedó blanca como la naftalina.

—¿Bromeas, verdad? —tartamudeó.

Negué con la cabeza.

—El chico se llama Luccas —dije. Y Jake me ha dicho que lo más seguro es que se vayan a vivir juntos.

—¿Y porque no me lo habías contado? —me reprendió.

Inspiré.

—Jake me suplicó que no lo hiciera —revelé. Teme a la reacción de Ethan.

—¡Válgame Dios! —prorrumpió. Ni siquiera puedo imaginarme el panorama.

—Si —asentí. Y en cuanto a ustedes, la razón por la que no les había contado nada era porque Jake me estaba ayudando a dar celos a Ben y no queríamos que a ninguno se le escapara que a él no le van las chicas, pero eso no ha servido de nada. A Jake no le van las chicas y a Ben no le voy yo.

—Oh, Elle —se compadeció. Eso no es verdad. Claro que le vas. Es sólo que ahora esa desnutrida le ha acaparado y él lo ha aceptado para provocarte.

Negué.

—Si —agregó. Él no le quiere a ella sino a ti. Es sólo que está molesto por todo lo que ha sucedido y porque ahora cree que sales con Jake.

—Le he perdido —confesé. Me pasé todo este tiempo convenciéndome de que le odiaba pero lo cierto era que me gustaba y ahora que no está aquí le echó de menos. ¡Qué estúpida he sido!

—No —me contradijo. No lo has sido. Es sólo que estabas confundida. Le quieres y ahora que has tenido el valor de reconocerlo no deberías darte por vencida.

—Era extraordinario —dije con un hilo de voz. Y ahora que le he perdido no puedo dejar de pensar en todas las veces que me lo advertiste.

—Puedes recuperarle —sostuvo. Ve a buscarle y confíésale lo que sientes.

—¿Qué? ¡Ni hablar! —le contesté. No me rebajaré a decirle que soy la culpable de todo y que además le echo de menos. Se reirá en mi cara. Además, no soy yo quien tiene un lio.

—Pero has sido tú quien le empujó a ello —volvió a culparme. En todo este tiempo no salió con ninguna chica a la espera que le dieras una oportunidad pero mientras más esperanza puso en ello más difícil se lo pusiste.

—Pues viéndolo bien me alegra que sea así —mentí. Sólo espero que tú y los chicos dejen de acusarme de haberle arrojado a los brazos de *esa*. Si Ben está con ella es porque quiere. Por otra parte, me gustaría que dejaras de hacerme sentir bien y al mismo tiempo mal porque no te comprendo. Sé que estimas a Ben pero estaría bien que dejaras de alinearte con él ahora que es él quien lo ha estropeado.

—En verdad lo siento —dijo. Sé que tienes razón. Sigo defendiéndole cuando es él quien está teniendo un idilio. No obstante, creo que entre ustedes

aún hay esperanza.

—¡No le suplicaré! —repetí. No estoy tan desesperada.

—No tienes que hacerlo —aseguró. Bastaría con que...

—¿Con que qué? —le miré con suspicacia.

—Elle, quizá conozca la forma de hacer que Ben regrese contigo, deje a Cindy y tú no tengas siquiera que pedírselo —manifestó.

Tragué.

¿Acaso había escuchado bien?

—Olvídalo —me opuse. Te conozco y sé perfectamente que cada vez que propones algo acaba siendo una insensatez. No me apuntaré.

—Elle, no fallará —prometió.

—¡Ni hablar! —insistí. Prefiero seguirle viendo con Cindy.

Negó.

—Sabes que no es lo que quieres —dijo.

Me quedé en silencio.

Deseaba saber lo que estaba pensando pero Christie siempre había sido como una maldita caja de seguridad. Infranqueable.

—¿En qué exactamente estas pensando? —me atreví a preguntar.

—Promete que no se lo contarás a nadie —exigió. Ni siquiera a Clare.

¿En serio?, pensé. ¿Ni siquiera a Clare?

Definitivamente no debía ser nada bueno.

—Vale —prometí de manera automática. Ni a Clare.

En ese instante le vi coger su móvil, marcar el número de Mel y poco después ésta se apareció en casa, con una carpeta de plástico y a la cual se aferraba con recelo.

—Aquí está —dijo entregándole la carpeta a Christie. Tardé porque cuando me pediste que la ocultara dijiste que lo hiciera en un lugar seguro, así que lo hice en la boardilla de mi ático.

—¡Genial! —manifestó Christie sonriendo y extrayendo de inmediato todo lo que había dentro. Elle aquí está el motivo por el cual regresará Ben. Los días de Cindy están contados. ¡Ya puedes descorchar una botella de champán!

Le miré sin comprender.

—Chris, sé que lo que voy a decir va resultar necio pero de qué forma unos folletos podrían ayudar a Elle —sondeó Mel.

—¿Recuerdan que les dije que no quería tener un bebé? —preguntó.

Ambas afirmamos.

—Pues les mentí —confesó. Llevaba tiempo deseando tener uno pero temía a la reacción de Darrell. Él estaba atravesando su mejor momento como abogado y yo estaba deseando tener una familia. Todo un dilema. El caso es que antes de embarazarme le pregunté qué le parecía la idea y su respuesta fue muy clara, que de momento los hijos no estaban en sus planes así que le puse a prueba y ¡zas!, en poco tiempo seremos padres.

—No comprendo —dijo Mel. ¿Qué intentas decir?

—Que le presioné un poquitín —sonrió. Le hice creer que estaba interesada en la fecundación asistida y le dejé ver todos estos folletos. El pobre no tardó en cambiar de opinión apenas le dije que si él no estaba listo lo mejor era separarnos.

—¿Le amenazaste con dejarle? —abrió la boca.

—Y también que me sometería a una inseminación artificial —se puso en pie. La idea de que otro se haría con lo suyo le sobrepasó y en menos de lo que pueden imaginar cambió de opinión. Chicas, los hombres son animales territoriales y odian compartir lo que creen suyo. Lo que intento decir es que si estoy embarazada es porque a mi animal no le hizo gracia pensar que incubaría el ADN de otro.

Mel y yo nos quedamos petrificadas.

—¿Chris, intentas decirme que le haga creer a Ben que quiero tener un hijo, y que él sea quien obre el milagro? —titubeé.

—Alejarle de Cindy no será tan fácil —aseguró. Necesitarás algo verdaderamente grande y esto no fallará. Te ama y no se quedará de brazos cruzados cuando sepa que pretendes tener el bebé de otro.

Negué absorta.

—Elle, eres su hembra —insistió. ¿Por qué crees que ha permanecido aquí todo este tiempo? Intenta protegerte de los de su especie. Cuando se entere que estás interesada en otro bebé y estas explorando opciones, enloquecerá. Se

mostrará preocupado, intentará convencerte de que no lo hagas y cuando se vea perdido te lo pedirá de rodillas. Querrá que le concedas ese privilegio y aceptará cualquier condición. Justo en ese momento podrías aprovechar para pedirle que no te presione más con lo de la custodia. Lo de Cindy se dará por sí sólo. No querrá seguir con ella si sabe que estarás con él, y que además le darás otro hijo.

Tragué.

Aquello era perverso.

Capítulo 15

Llevaba algunas semanas enfadada con las chicas. Con Christie por proponerme algo tan descabellado como hacerle creer a Ben que quería otro hijo, y con Mel por insinuar que al menos debía pensármelo. No obstante, debimos vernos. Max, el bebé de Christie, había nacido así que los chicos y yo quedamos de vernos después del trabajo para brindar por ello.

Mel y yo conocíamos el secreto de Christie pero ver a Darrell henchido de felicidad nos hizo pensar que, quizá, aquella no había estado tan desacertada al hacerle creer que deseaba tanto ser madre y que habría sido capaz de someterse a la reproducción asistida.

Me fui al bar con Ethan y Jake; a la espera de que Darrell y Mel se encontraran con nosotros, y mientras les esperábamos no dejaba de pensar en la felicidad que había surgido tras una mentira.

—Aun no me puedo creer que Christie y Darrell sean padres —confesó Ethan nada más sentarnos. Son tan modernos que tener un bebé es como la antítesis de todo lo que son.

—Pues yo me alegro por ellos —dijo Jake. Tener familia les unirá más.

—Bueno eso sí —añadió aquel. Además lo han decidido en el mejor momento. Darrell está en racha, su firma ha crecido, sus ingresos se han multiplicado y eso le dará a Christie el margen para cuidar del bebé y dejar el trabajo durante un tiempo si lo desea.

—Lo dudo —manifesté. Christie no dejará de trabajar. Es todo lo que le queda de su antigua vida. Antes le verás comiendo chocolate. Y sabes que no le gusta para nada.

Ambos se carcajearon.

Estábamos contentos, hablábamos de la nueva faceta de los chicos, yo le contaba a Jake sobre mi experiencia cuando Nathaly lloraba tras llevarla a

casa y nuestras risas invadían el rincón donde estábamos

En el bar también estaba Luccas. Se había presentado poco después que le llamáramos pero se había alejado a la barra porque había visto a su jefe. Era un chico guapo. Tenía clase, vestía bien, hablaba con sutileza y Jake le admiraba. Estaba claro que el amor entre aquellos era verdadero, aunque Jake era más abierto a la hora de demostrarlo.

Ethan por su parte tardó en habituarse a ver a nuestro amigo con un chico. Al principio decía sentirse incomodo pero después acabó convenciéndose de que no tenía ningún sentido sentirse mal. Jake era un chico maravilloso y había conseguido el amor en otro chico. ¿Qué había de malo en ello?

Era increíble. Christie y Darrell ahora eran una familia, Mel e Ethan iban viento en popa, Jake tenía a Luccas y Ben a Cindy. Sentía morirme. Del grupo era la única que estaba sola. La que no tenía nadie con quien compartir nada, la que no recibía besos, no tenía sexo y ni siquiera podía decir que jugaba con ningún aparatito porque carecía del mismo.

—Iré a buscar un par de copas —dijo Ethan haciendo que volviera de mi letargo. No te muevas.

Asentí.

No obstante, en cuanto se levantó, ambos nos volvimos hacia la puerta del local y ¡toma ya!, Ben y Cindy que aparecían envueltos en una maldita aura de felicidad.

—Vaya —expuso Ethan nada más tenerles de frente. No esperábamos verles. Creíamos que estaban en Miami.

Cindy negó.

—Nos iremos mañana —sostuvo mostrando todo el componente dentario. Ben tenía trabajo. Acabamos de dejar su oficina.

Bufé.

Me escocía oirla.

Solía presumir de lo unidos que ella y Ben estaban y juro que cada vez que la escuchaba quería estrangularle. Por otro lado, me reventaba verle con Ben porque siempre estaba deslumbrante y aquel día en concreto no era la

excepción. Llevaba puesto un vestidito mauve muy ceñido, un bolso costosísimo del mismo color y los zapatos de aguja y suela roja.

Jamás lo diría en voz alta pero en verdad la muy esquelética parecía *Barbie malibú*. Era rubia, delgadísima, tenía los ojos azules como el cielo, sonreía de forma perenne como la muñeca y además estaba operadísima de los senos. ¡Le odiaba!

Imaginaba que se acostaba con Ben, que éste tocaba aquellas dos pelotas de goma, que jugaba con ellas y hasta que pudieran gustarle. Recordaba que aquel día en mi cocina había dicho que le gustaban las mías pero cómo creerle si ahora parecía complacido con unas de silicón.

A todo aquello debía sumarle que Cindy parecía estar super segura de sí y que tal vez no veía ninguna adversaria en mí. Cómo, si mi aspecto era deplorable y aquella noche en especial iba de tejano, americana, bailarinas y mi cartera era un megabolso.

Definitivamente no era competencia para ella pero qué hacer si mi vida había cambiado justo en el instante que supe que estaba embarazada. Luego cuando nació mi pequeña pasé de ser una chica moderna e independiente a una chica dependiente de un maxibolso lleno de pañales, toallitas húmedas, crema para la pañalitis y jarabe para la tos.

Vamos que ni labiales ni polvos sueltos ni máscara para pestañas. En mi bolso nunca más hubo espacio para ello y si lo hubo, entonces yo carecía de tiempo. Lo sabía al ver a Cindy quien de seguro debía levantarse tres horas antes de ir a cualquier lugar. Su impecabilidad no podía ser obra de unos minutos y menos ese maquillaje, el cual hiciera lo que hiciera jamás desaparecía ni dejaba rastro.

Estaba segura de lo último porque cada vez que nos veíamos y quería quedar bien frente a Ben, se me acercaba y me estampaba un beso que yo odiaba que me diera. Al parecer no le bastaba con presumir de tipazo ni de mi hombre, sino que también tenía que presumir de lápiz labial intransferible, mientras yo no tenía tiempo para ponerme un maldito gloss.

—Hola —oí decir y en cuanto me volví vi a Ben delante de mí.

Volvía a ir de traje, su cabello y barba se veían perfectos, la esencia de

Hugo Boss impregnaba todo alrededor y temo decir que despertaban en mí el deseo de echármele encima para besarle.

—Creí que estarías en casa —agregó al ver que no decía nada.

¿En serio?, pensé. ¿De verdad creyó que estaría en casa mientras él y la esquelética se iban de fiesta y luego a follar?

—Decidimos venir en último momento —dijo Ethan. Elle no quería porque estaba cansada pero Jake le ha convencido.

Ben asintió.

Luego miró en todas las direcciones a ver si conseguía ver a mi falso pretendiente pero no tuvo tanta suerte.

—Pensaba que había regresado a Portland —espetó.

—Lo hizo —confesó Ethan. Pero ha vuelto hoy. Llamó cuando estábamos en el hospital. Vino con nosotros a brindar por el bebé de Christie.

Ben me miró.

—A todas estas, por qué tú y Cindy no se quedan y nos acompañan —propuso. Darrell y Mel llegarán enseguida.

—No —se opuso Cindy. No queremos interrumpir. Ben y yo estuvimos en el hospital hoy en la mañana y ya felicitamos a los chicos.

Le miré y luego a Ethan.

¿En serio les había pedido que se quedaran?

—Pues ya que estamos aquí no veo por qué no —aseguró Ben. Darrell vendrá y he recordado que debo decirle algo.

Ella sonrió.

A simple vista se notaba que la idea de quedarse no le agradaba pero qué otra cosa podía hacer. Era lo que Ben quería y ella no parecía ser de las que contradecía.

En ese momento vi a Jake venir en nuestra dirección pero Luccas no le acompañaba. Me alegró porque de acercarse juntos mi teatro se vendría abajo. Ben sabría que era gay y aquello de que me cortejaba no era más que una invención mía. ¡Vaya nohecita la que me esperaba!

—Debo irme —dijo inclinándose frente a mi mientras Ben no le quitaba los ojos de encima. A Luccas le ha surgido una emergencia.

Asentí y luego me despedí con un beso.

Esperaba que a Ben aquello le doliera como a mí me dolía verle con Cindy pero no sé si llegué a conseguirlo. A su lado tenía a una mujer perfecta y yo sólo era la estúpida que le había perdido.

—Te llamaré mañana —añadió Jake sonriendo. Luego volveré a Portland pero antes pasaré a verte.

Sonreí.

Fingí estar feliz pero lo cierto era que estaba conteniendo las ganas de echarme a llorar.

—Bien —manifestó Ethan tras despedirse de Jake y ver a Ben y a Cindy tomar asiento. Iré por unas copas.

—Te acompaño —se ofreció Ben.

Ethan asintió.

Poco después les vi alejarse hasta que me sentí forzada a mirar a Cindy. No hablamos y me alegré pero en cuanto los chicos volvieron las cosas cambiaron. Ethan me había llevado un whisky y al verme a la cara supe que lo había hecho a conciencia.

Quería que me calmara, que no fuera a perder la compostura y en especial que no me rebajara.

—¿Cosito, recuerdas que por un whisky me invitaste a salir? —dijo de repente la muy idiota. Estábamos cenando la noche antes de cerrar aquel acuerdo y tú te sorprendiste porque me tomé tú whisky de un sorbo.

Ben asintió sin quitarme los ojos de encima.

—Vaya —fingió Ethan sorpresa. Ni siquiera puedo imaginar que te guste el whisky.

—No me gusta —extendió la sonrisa. Fue un error. Estaba nerviosa, creía que era un vaso con agua y de repente ¡zas!, me tomé él trago de Ben y éste no se lo creía.

Ethan asintió sonriendo.

Yo en cambio quería morirme. Ahora resultaba que la muy tarada también era abstemia. ¡Aquello era una pesadilla!

—Debo ir al lavabo —dije al sospechar que no aguantaría más y que a Ben

parecía no importarle.

Segundos más tardes me encontraba en medio del servicio, mirándome al espejo, a punto de echarme a llorar y culpándome sin parar por estar en aquella situación. Por suerte no derrame ninguna lágrima. En el interior había una chica y salió justo cuando Cindy apareció por la puerta.

Me miraba con desprecio y puede que hasta deseara echárseme encima como una gata salvaje pero mantenía el tipo y se comportaba como esas personas que finge hasta más no poder que les caes bien.

—¿Qué tal está Nathaly? —se atrevió a preguntar mientras se retocaba la nariz.

—Bien —respondí.

—¿Le has dejado con tu madre? —dijo.

Le miré.

Esperaba que aquello no fuera una provocación de su parte porque no estaba segura de permitirselo.

—Con Clare —apunté.

—¡Oh, sí! —sonrió. Tú hermana. No sé cómo es que he pensado en tú madre. Debí olvidar que Ben me contó que está en un psiquiátrico.

Tragué.

Creí que me le echaría encima pero repentinamente sentí que las fuerzas me abandonaban.

—Oh, Elle —agregó. Lamento lo que he dicho. No debí. Ben me pidió que fuera prudente y no lo he sido. Debo suponer que hablar de tú madre es un tabú. A mí me pasa lo mismo con mi peso.

Respiré hondo.

Lo hice tanto como pude pues no iba permitir que aquella saliera de allí sin que antes le dijera unas cuantas cosas.

—Pues siento lo de tú peso —le miré de arriba a abajo. Y quiero que sepas que la salud de mi madre no es ningún tabú. Ella está enferma, necesita ayuda y para nada me da vergüenza decirlo. A decir verdad, hablar de los problemas es el primer paso para aceptarlos y luego buscarles una solución.

Abrió la boca fingiendo sorpresa.

—Lo, lo lamento —titubeó al sospechar que ya sabía que aquella delgadez no era natural sino inducida. Te pido que no le digas a Ben nada sobre lo que te he dicho. Me lo contó hace algún tiempo y me alegró porque desde que empezamos a salir dijimos que basaríamos nuestra relación en la confianza. No queríamos secretos y quizá por esa razón me contó lo de tú madre, y lo tuyo.

—¿Lo mío? —sondeé.

—Si —respondió. Ben me contó que entre ustedes jamás hubo nada y que Nathaly fue el producto de una noche de tragos. Elle realmente te admiro. Mira que asumir con tanta entereza un embarazo en esas condiciones. No sé si yo podría.

Negué.

Inmediatamente después dejé el lavabo, corrí a la mesa, tomé mi cartera y abandoné aquel lugar.

Capítulo 16

Cuando regresé a casa llamé a Christie. La pobre estaba en el hospital pero sabía que no debía estar dormida porque con un bebé, dormir se convierte en un lujo. En cuanto le conté lo que había sucedido me dijo que sabía que Cindy era una mujer de armas tomar pero que aunque había advertido a Darrell de ello éste no le creyó. Le respondió que tenía celos por empatía y que además era muy egoísta de su parte, y más aún, de la mía.

—Piensa que sólo estoy molesta con Ben porque eres mi amiga pero no es así —me aseguró. Estoy que hiervo porque esa mujer es de cuidado y nadie me cree.

—Se lo ha contado todo —sollocé. Todo.

—¡Oh, cariño! —se compadeció. Sé cómo te sientes. La cuestión es que no debes venirte abajo. Es lo que ella quiere. Te odia porque sabe que Ben te ama y por ello te ha dicho todo eso. Elle, por eso debes pensar en hacer algo y demostrarle que puedes acabar con ella en un plis plas.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Elle, es la guerra —dijo. Y *esa* tú enemigo. Esta noche te lo ha dejado claro y ahora no debes quedarte allí a ver como acaba con tú vida. Necesitas actuar, hacerte con la revancha y dejarle claro que se ha metido con la mujer equivocada. De lo contrario, tendrás que soportar sus ataques para siempre y créeme que para siempre es mucho tiempo.

Tragué.

Las palabras de Christie sonaban ciertas pero yo no estaba segura o más bien no sabía, qué hacer.

Tras colgar me quedé pensando en el sofá. Estaba destrozada y no paraba de pensar cómo Ben había sido capaz de contarle a aquella lo que había sucedido entre nosotros. Ni siquiera yo lo sabía y eso era lo que más me dolía. Sentía

como si mi vida fuera del dominio público y mi más temido secreto la causa que hacía reír a Cindy.

Me tapé la cara con uno de los cojines del sofá. Había empezado a llover, intentaba no pensar en nada de aquello pero no podía. Lo único que conseguía que no le diera tantas vueltas a aquel asunto era Nathaly. La había dejado con Clare, al día siguiente debía ir a recogerla así que decidí irme a la cama.

Me senté en el sofá e intenté ponerme en pie pero tropecé con uno de los cajones de la mesa que tenía delante; el cual estaba abierto. Me incliné para cerrarlo pero tras empujar no conseguí siquiera moverlo. Entonces lo cogí con ambas manos y cuando lo saqué, noté que dentro estaban los folletos con los que Christie había intentado convencerme del plan más descabellado del que había tenido conocimiento.

Sabía que no era casualidad. Christie era demasiado lista así que debió hacerlo con alevosía. Esperaba que los encontrara y que pensara las cosas estando a sola pero se equivocaba. Sola o acompañada seguía pensando lo mismo que al principio y no cambiaría de opinión. ¡Era estúpido!

Acabé echándolos en el bote de la basura. Apagué las luces y después me fui a dormir. A la mañana siguiente la voz de Nathaly me despertó. Me llamaba con insistencia e hizo que me levantara a toda prisa. Aún llovía y Clare debía habérmela llevado antes de irse a trabajar.

Me sorprendí al abrir la puerta y encontrarme con Ben. Estaba completamente mojado, parecía que había caminado bajo la lluvia pero cuidando de que Nathaly no se mojara.

—Anoche llamé a Clare y le dije que pasaría a recogerla hoy en la mañana —dijo depositándomela en los brazos. Supuse que no te encontrarías bien.

No deseaba verle; ni mucho menos dirigirle la palabra pero que hubiera pasado a recoger a Nathaly con la que estaba cayendo me obligó a darle las gracias y pedirle que entrara para que se secara.

—Iré a buscar unas toallas —dije cogiendo también la mochila que traía en las manos. En la cocina hay diarios viejos. Cógelos y ponlos en el suelo. Volveré en un minuto.

Asintió.

Poco después yo estaba en la habitación. Cambiaba de ropa a Nathaly y cuando volví a la cocina me acerqué para darle las toallas pero le sorprendí mirando los folletos que la noche anterior había lanzado a la basura.

—¿Qué haces? —pregunté dejando las toallas sobre la encimera y a Nathaly en el suelo. Creí haberte dicho que tomaras unos diarios, no que hurgaras en mi basura.

—¿Elizabeth, qué significa esto? —preguntó.

—Es personal —contesté molesta. No tienes derecho a venir a mi casa ni a pedirme explicaciones.

—Sólo responde —insistió. ¿Qué son?

—¡Unos folletos! —dije. ¿Es que no lo ves?

Inspiró hondo.

—¿Por qué no me lo habías contado? —dijo.

—No tengo por qué decirte nada —me exalté. Devuélvemelos.

—No —se negó. Antes explícame qué estas pensando hacer.

—¡Que te jodan! —grité.

Negó con la cabeza.

—Elizabeth, quieras o no yo estoy en tu vida —dijo tirando los folletos sobre la encimera. Y si quieres discutir por esto pues adelante, discutamos, pero no esperes que permita que hagas una tontería.

—¡No te atrevas a decirme qué puedo o no hacer! —le empujé. ¡Es mi vida!

—Pero una decisión como esta no sólo te involucra a ti —afirmó. ¿Qué hay de Nathaly?

—¡No te atrevas a mencionarle! —le señalé. Esto es una decisión personal y no tengo por qué hablarte de ello, y menos desde que sé que todo se lo cuentas a Cindy.

—¿De qué estás hablando? —inquirió.

—¡Le dijiste que mi madre estaba en un psiquiátrico y también lo que ocurrió entre nosotros! —revelé.

—Oh, por Dios —cerró los ojos. Debí suponerlo. Fue por esa razón que anoche te fuiste del bar del modo que lo hiciste.

—¿Cómo pudiste? —le recriminé. Ni siquiera yo lo sé.

—Cielo puedo explicártelo —intentó cogerme. No es lo que crees.
Me alejé hasta el otro extremo de la encimera.

—Llevo todo este tiempo pensando en lo que ocurrió y ni siquiera me atrevo a hablar de ello porque lo desconozco y me da vergüenza, pero veo que para ti ha sido muy fácil contárselo a esa mujer —sollocé.

—Cielo, no —manifestó. Es cierto que le conté cómo habíamos llegado hasta aquí pero nunca le dije lo que pasó. Elizabeth, eso sólo nos pertenece a nosotros.

—¡Cómo pudiste! —grité. ¿Por qué tuviste que decírselo?

—Cariño, no intentaba lastimarte —me dio su palabra. Te habías marchado a Sídney, me encontraba mal, y entre ella y yo no había absolutamente nada.

—¡Vete! —le pedí. No quiero volver a verte por aquí.

—Elizabeth, mi amor —me sujetó. No me iré. Hablemos. Sé que estás molesta y quieres castigarme por lo imbécil que he sido pero no hagas nada de esto. Te conozco y sé que no es lo que quieres.

—¡Veteee! —le golpeé.

—No —me abrazó. No lo haré y tampoco permitiré que hagas una locura. ¿De verdad quieres tener el hijo de alguien que no siente nada por ti? Porque si es eso lo que quieres puedo dártelo. Puedo mostrarme frío y fingir no sentir nada cuando te haga el amor, pero eso no significa que sea lo que sienta.

—Vete —le supliqué. Déjame tranquila.

—No —se aferró con fuerza. Sólo dime qué quieres que haga y lo haré.

—No te acerques a mí —dije. Ni tampoco me pidas que no haga lo que pienso hacer porque pierdes el tiempo.

—Entonces no podrás hacerlo —me obligó a verle a los ojos. Soy el padre de Nathaly y no dejaré que hagas nada que le perjudique.

—¡No digas que haces esto por Nathaly! —le cuestioné. Lo haces por ti porque te molesta que intente continuar con mi vida. Tú estás con Cindy y seguramente tienes planes con ella. ¿Por qué no me dejas en paz?

—Porque te amo —acercó su frente a la mía. ¿Es que no lo ves?

Negué e intenté alejarme.

—Es la verdad —me sujetó. Te amo y no llegas a imaginar cuanto deseo

estar contigo.

—Creía que te interesaba Cindy —dije. Ella es perfecta y no necesita embriagarse para acostarse contigo.

—No vuelvas a repetir eso —me cubrió la boca. No permitiré que hables así. Lo que sucedió entre nosotros no pasó porque estuvieras ebria, sólo sucedió y yo lo deseaba. Lo hice desde la primera vez que te vi. Si, sabía que me odiabas y que solías discutir con Christie porque ella quería que fuéramos amigos y tú no querías, y por esa razón nunca me acerqué ni me atreví a confesarte nada. No obstante, aquella noche en casa algo cambió. La chica que me odiaba había desaparecido y en su lugar había una que me sonreía y parecía feliz, y no pude ignorarlo. Te hice mía.

—Nooooo —grité. ¿Por qué no me pediste que me fuera?

—No podía —dijo. Deseaba hacerte mi mujer.

—¡Te odiooo! —le golpee con insistencia. Y jamás te perdonaré lo que me hiciste. Sé que lo planeaste. Querías castigarme porque sabías que te odiaba.

—No —me cogió de las mejillas. Jamás te haría daño. Aquella noche sólo deseaba hacerte el amor. Tanto como ahora.

—Nooooo —busqué apartarme. Aquella noche conseguiste lo que querías pero nunca volverás a tocarme. Te odio y odio aquella noche, y todo lo que representa.

—No —me sujetó. No vuelvas a repetir eso. Cielo, Nathaly es fruto de aquella noche. Es lo mejor que nos ha pasado. Y si, sé que estás molesta, y lo comprendo, pero no digas que odias lo que sucedió porque yo te amé.

—¡Quiero que te vayas! —le grité. Tú presencia me hace daño.

—Me iré sólo si prometes que no recurrirás a lo que te ofrecen esos folletos —dijo. Déjame ser el padre de tú bebé. Juro que haré lo que me pidas. ¡Lo que quieras!

—Estoy con Jake —mentí. Y retomaremos lo que teníamos.

—No —aproximó sus labios a los míos. Eso no es verdad. Él es gay. Lo sé. Quería volverme loco cuando supe que había sido tú novio y que ahora estaba de regreso, así que le mandé a investigar. Sé que no estuvo bien pero no podía dormir. Creí que te perdería.

—¿Cómo has podido hacer algo así? —le cuestioné. Estás con Cindy.

—Le dejaré —susurró. Y lo haré hoy mismo si me lo pides.

Agité la cabeza.

—Cielo, sólo tienes que pedírmelo —me acarició las mejillas.

—No —tragué.

—Desde luego que lo harás —dijo apoderándose de mis labios con pasión.

Capítulo 17

Clare

Cindy quiso morir cuando Ben rompió con ella. Él le reprochó lo que había hecho y ésta intentó negarlo pero Ben no le creyó. Amaba demasiado a Elle como para no creerla y poco después entre ellos empezó una historia inadvertida. Se veían a escondidas.

Lo sospeché porque a Elle se le daba fatal mentir y temo decir que daba lo mismo la naturaleza de la causa. Buena o mala, ella siempre se ponía nerviosa, tartamudeaba, se palidecía, fingía tener dolores de cabeza y respecto a Ben, sencillamente evitaba hablar.

A todo aquello había que sumarle que no cogía el teléfono, si lo hacía decía estar muy ocupada, no prestaba atención a nada y acabó justificando su comportamiento con su excusa más trillada, el trabajo.

No quise abordarla porque sabía que si no deseaba contarle de seguro algo debía haber detrás. Elle no era muy presta a la mentira. Si algo la caracterizaba era su sinceridad así que dejé pasar un tiempo a ver si se animaba a contarme algo pero nada. Tardíamente supe que le había estado mintiendo a Ben sobre la intención de tener un bebé.

Se embarcó en una odisea que, a mí entender, no tenía ninguna lógica pero supongo que ella tendría sus razones. Es decir, se había pasado todo el tiempo negando lo que sentía por aquel hombre y cuando tuvo la oportunidad de confesarlo simplemente no lo hizo.

Supongo que el orgullo puede seducirnos pero a Elle en particular, le hundió. La cosa con Ben había empezado bien pero en la medida que pasó el tiempo todo se fue complicando. Tampoco buscó ningún aliado y ello me sorprendió porque sus amigas conocían perfectamente aquel plan. Christie había sido la

autora intelectual de aquel sinsentido y Mel la colaboradora necesaria. ¿Por qué no decírselos?

Cuando me percaté que nos mentía a todos busqué la forma de que me lo contara pero fue en vano. Elle se mantenía firme y lamento decir que nada, absolutamente nada, conseguía perturbarle.

Únicamente le importaba estar con Ben, le quería y deseaba recuperar el tiempo que había perdido. Se lo contó a nuestra madre, y no, no fue que le escuchara ni que mi madre me lo dijera, digamos que lo supuse. Un secreto así no puede guardarse sin más de modo que llegado el momento debió darse cuenta.

Por aquella razón se aferró a nuestra madre, a la única persona que en su estado no le traicionaría ni haría sentir mal. Fue un gran paso porque ambas habían convivido bajo un largo periodo de estrés. Mamá porque era asfixiante e inquisitiva, y Elle intolerante.

Por suerte todo aquello había quedado en el pasado, Elle y mamá ahora estaban bien y todos nos alegrábamos, pero Ben quizá más que nadie. Sabía por Christie de la mala relación que había existido entre ellas y de los conflictos que por años le había separado.

Quizá por dicha razón, nada más enterarse que yo me mudaría a Chicago y Elle estaba buscando una residencia para llevar a nuestra madre, se puso manos a la obra y poco después nos sorprendió a todos diciendo que había conseguido una plaza en la mejor residencia psiquiátrica de la ciudad.

—Fue todo un detalle —dije mientras estábamos sentadas con mamá en uno de los bancos del jardín de la clínica y veíamos a Ben caminar con Nathaly en la distancia.

—Aún me cuesta creer que se molestara —confesó.

—Christie tiene razón —sonreí. No sólo es guapo, también está bien relacionado.

Ella también sonrió.

Lo hizo con timidez pero eso me valía. Tiempo atrás cuando mencionaba a Ben siempre acabábamos en una contienda.

—¿De quién hablan? —preguntó mamá. ¿Acaso de la divinura que acompaña

a Nath?

—Si —le guiñé el ojo a Elle. ¿Qué te parece?

—Es todo un ejemplar —sonrió. Recuerdo que antes de conocer a tú padre tuve un novio muy parecido. Era inglés y a mí me volvía loca pero mi madre lo odiaba.

—¿Por eso te casaste con papá? —le pregunté.

—No —contestó. Cuando conocí a tú padre ya había superado lo del inglés. Anthony Greenstein era un hombre maravilloso y me trataba como a una reina. Cualquier mujer le habría amado. En mi caso, siempre pensé que había tenido suerte. Me aguantó como seguramente nadie me iba a aguantar y por si eso fuera poco, hiciera lo que hiciera él siempre me perdonaba. El pobre tenía la paciencia de un santo y algo me dice que el guapo que está con Nath se le parece. Me preguntó quién de las dos sale con él.

—Mamá, Ben es el padre de Nathaly —le recordé. Elle te lo ha contado muchas veces. ¿Lo recuerdas?

Negó con la cabeza

Le habían diagnosticado demencia y su memoria a corto plazo se estaba viendo afectada. Tanto que en ocasiones no nos recordaba a Elle y a mí pero eso no nos dolía. Cuando lo hacía siempre nos contaba anécdotas que nosotras habíamos olvidado y eso nos hacía feliz.

—Es encantador —agregó poco después. Y si es el padre de Nath debo confesar que tu hermana no se equivocó al elegirle. Adora a la pequeña y eso me recuerda la relación que ambas tenían con su padre. Eran inseparables y me satisface que al menos una de las dos tenga la dicha de vivir algo parecido.

Elle suspiró.

No se atrevió a decir nada pero en cuanto le vi coger la mano de mamá supe que se había emocionado.

Las cosas entre ellas iban bien, en el trabajo la situación también era buena, Nathaly y ella pasaban más tiempo juntas pero lo mejor de todo era que Ben estaba a su lado.

Debía estar más que feliz pero como dije, le costaba hablar de ello. Se reservaba esa felicidad aunque en ocasiones su subconsciente parecía

traicionarle. De repente soltaba algún halago hacia quien todos creíamos su peor enemigo y poco después intentaba arreglarlo.

El más sorprendente tuvo lugar un día que hablábamos sobre la puntuación que les dábamos a los chicos y entonces dijo seis refiriéndose a Ben.

Le miré enseguida.

—Vayaaa —espeté. ¿He escuchado bien o son mis ganas de no volver a sentir aquel tres tan inmerecido?

—Oh, venga —buscó confundirme. He dicho seis porque me da lo mismo que decir tres. La cuestión es que ha mostrado empatía para con nuestra madre y también creo que no está bien que le siga valorando tan negativamente. Es el padre de Nathaly.

Sonreí.

Sabía que sólo se excusaba y estuve a punto de decírselo pero me contuve. No habría estado bien acorralarle y menos si esperaba que me contara lo que estaba sucediendo entre ella y Ben.

—Ha sido tú tono —fue todo lo que me atreví a decir. No he percibido ni una sola pizca de odio.

—Venga —se quejó. Jamás le he odiado. Digamos que no es mi persona favorita en el mundo. Eso es todo. ¿Quedó claro?

Asentí.

No quería presionarla pero sabía que aquel seis sólo podía significar que las cosas entre ellos habían cambiado por completo aunque ella se esforzara en hacernos creer que todo continuaba igual.

Por desgracia, la única que sostenía aquella mentira no era Elle. Ben también lo hacía pero temo que sólo porque ella se lo pidió. Estaba tan enamorado y dispuesto a hacerla feliz que si callando lo conseguía no volvería a hablar el resto de su vida.

Solían verse casi siempre en lugares distintos y en todos pasaban horas amándose. Ben en especial se mostraba pletórico y no desperdiciaba oportunidad para confesarle que le quería, y que estaba dispuesto a hacer por ella lo que fuera pero Elle fingía no estar por él.

Se suponía que estaba haciendo todo aquello porque quería un bebé y cada

vez que podía, o lo veía necesario, se lo recordaba. Si, estaba claro que al principio aquel juego no le pareció peligroso porque debía tener un plan para salir de todo sin que Ben le odiara pero nada fue como pensó.

Digamos que al principio la cosa se basó en una perfecta relación donde Ben se sentía correspondido y Elle porque descubrió a un Ben que jamás había conocido. Ella sabía que a Ben le iba el romanticismo, ser cortés y enviar flores pero acabó descubriendo que también le iba la lujuria, el deseo por cogerla, destrozarle las bragas, penetrarla con fuerza y oírla suplicar por más mientras sus cuerpos se calcinaban.

Era el amante perfecto y Elle no dejaba de pensar en ello cada vez que hacían el amor, y en especial cuando estaba a solas. En esos momentos sonreía, recordaba a detalle cada instante junto aquel, cada acto que cometían y sobre todo lo que Ben le decía mientras la hacía suya.

Tan bien hizo Ben su trabajo que Elle no tuvo nunca tiempo a masturbarse. Estar con aquel le dejaba exhausta, pues se veían a diario, y éste no quería dejar a merced de los dedos de su amante lo que él y su miembro podían resolver.

Era un maestro de la excitación y Elle lo había corroborado en su primer encuentro cuando éste le cogió, le sentó de espaldas a él, la recostó en su pecho, deslizó dos de sus dedos al interior de su vagina y con el pulgar empezó a masajearle el clítoris, mientras le susurraba al oído que no había olvidado su encuentro en la cocina.

Casi al instante Elle gritó de satisfacción y así ciento de veces durante sus encuentros. No tenía duda que Ben era más de lo que ella esperaba y puede que por ello acabara rindiéndose a aquella fuente de placer. ¿Y qué mujer en su sano juicio no lo habría hecho?

Ben no sólo le amaba sino también la hacía reír y continuaba siendo todo un caballero pues le enviaba flores, le abría la puerta del coche y hasta empezó a sorprenderla con regalos ostentosos.

Fue esa la otra razón por la que acabé convenciéndome de que tenían algo. Desde que Nathaly había nacido Elle apenas se preocupaba de sí pero desde que empezó a verse con Ben empezó a irradiar un brillo mágico, que acabó

por ser incandescente cuando empezó a llevar las alhajas que aquél se abocó a regalarle y le suplicaba que luciera.

—Es una pulsera preciosa —me atreví a decir nada más ver la pieza de Chopard que colgaba de su mano.

—Es una baratija —intentó engañarme escondiendo la mano para que no me detuviera a verla. La tengo hace mucho tiempo y hace poco la encontré en el armario.

Asentí.

Desde luego, pensé, y de seguro también el colgante de rubí que le había visto días atrás, los pendientes de esmeralda que lucía el fin de semana cuando fuimos a cenar y en especial aquel anillo de diamante que me hizo creer que era de cristal.

Definitivamente a mi hermana jamás se le dio bien mentir y aquella vez lo demostró como nunca. Para su suerte yo no tenía nada de qué acusarle. No le había visto con Ben, no le había sorprendido en ninguna situación que pudiera relacionarle con él, hasta el día que le llamé para decirle que quería llevarme a Nathaly de compras y accedió.

Siempre lo hacía pero aquel día no sólo aceptó sino también me pidió que me la quedara durante la noche porque debía trabajar en casa hasta tarde y Ben no estaba en la ciudad para ayudarlo.

Le dije que sí. Me gustaba tener a Nathaly conmigo y aquel día oficialmente no tenía guardia. Desgraciadamente cuando empezaba a recorrer las tiendas recibí una llamada del hospital. Me necesitaban en urgencias, de modo que cogí a Nathaly, llamé a Elle una decena de veces y al no poder hablar con ella me presenté en su casa.

Justo en el instante que aparcaba el coche vi a Ben salir del interior de la casa, recién duchado, canturreaba y con el rostro preso de la felicidad. Sí, Ben, el mismo hombre que Elle me había dicho que no estaba en la ciudad.

Pues, al parecer no sólo estaba sino que también estaba con ella, abandonaba en aquel instante su casa, se subía a la Harley, sonreía y quizá de no haber estado tan embelesado habría hecho un barrido panorámico del vecindario, y se habría dado cuenta que mi coche estaba a unos pasos de su moto.

Para que mayor fuera mi sorpresa, en cuanto entré a la casa de Elle la escena no era distinta. Si, se sorprendió al verme pero disimuló y acabó diciendo que estaba molesta porque necesitaba trabajar y tenía un fuerte dolor de cabeza.

—Tómate dos aspirinas —le recomendé conteniendo las ganas de reír. El dolor se irá en nada.

Poco después le dije que debía marcharme pero que antes debía utilizar el lavabo. Me dijo que sí así que en cuanto pude lo que hice fue escabullirme hasta su habitación, la cual al abrir la puerta me hizo reír.

La cama estaba hecha un desastre, los cristales de la ventana empañados y en el suelo había algunas prendas entre las que distinguí un sujetador, y lo que en su día debieron ser unas bragas.

Me fui feliz de saber que ella y Ben estaban juntos pero con la incertidumbre de por qué lo estaban ocultando. Me preguntaba qué había de malo en que fueran pareja pero no atiné con ninguna respuesta.

No lo hice porque, como dije, no imaginaba que Elle le estuviera mintiendo también a Ben. Para ella todo había empezado con una farsa, puede que en algún momento pensara confesárselo a Ben o quizá lo tenía muy claro y ese sería el secreto que se llevaría a la tumba.

Puede que también estuviera loca al hacer lo que estaba haciendo pero no tanto como para poner en peligro la única oportunidad de estar con Ben. A éste por su parte aquello le encantaba y lo estaba disfrutando tanto o más que Elle, aunque en cierto modo le empezaba a resultar inverosímil.

Digamos que había descubierto que Elle disfrutaba de sus encuentros, de todo cuanto hacía por ella y en especial de que lo del bebé no era lo único que les estaba uniendo.

Lo confirmó cuando ella viajó a Nueva York y la sorprendió al cabo de unas horas. Se suponía que ella debía ir a presentar una propuesta a la directiva de la editorial y se hospedaría en un hotel muy cerca de la sede pero en cuanto llegó, y estaba a punto de acceder a la habitación, Ben le estaba esperando frente a la puerta, le dijo que había cancelado su reserva y que se la llevaría con él al Four seasons.

Allá le tenía una sorpresa. Había reservado una suite, la hizo adornar con

rosas, pidió champán y hasta hizo que le llevaran una caja enorme de bombones Knipschildt.

Puede que en el pasado aquel robo de su tiempo a Elle le hubiera molestado muchísimo pero Ben parecía tener patente de corso. De ahí que Elle bautizara aquellos dos días en Nueva York como el mejor tiempo invertido de toda su existencia y Ben su amor.

La llevó a comer a unos lugares exclusivísimos, luego de tiendas y hasta le convenció de que renovara todo su armario. Sabía por las chicas que tras el embarazo su vestidor había quedado hecho trizas, así que no dudó en agasajarla permitiendo no sólo que comprara todo lo que quería y necesitaba, sino que lo hiciera en las tiendas más costosas.

De vuelta al hotel se encargó de que aquellas compras escandalosas llegaran a Chicago. No deseaba que Elle se preocupara por nada y menos con el escaso tiempo que tenían. Él quería disfrutarlo al máximo y apenas le vio dirigirse al cuarto de baño le siguió, le despojó de la ropa, jugueteó con ella, se deshizo luego de su ropa, le sentó sobre el mármol, se metió entre sus piernas y la embistió hasta conseguir que Elle se desvaneciera entre sus brazos.

La deseaba con locura y en especial que aquel bebé acabara siendo verdad aunque temía que en cuanto Elle se enterara que estaba embarazada, todo acabaría. Aquello le tenía trabajando al mil por mil y quería que todo saliera perfecto porque deseaba conquistar a Elle al precio que fuera.

Por nada del mundo iba a permitir que aquella experiencia acabara siendo sólo el recuerdo de un pacto, así que en cuanto regresaron a Chicago le pidió que les contaran a todos que estaban juntos pero Elle se negó. Como era de esperarse le recordó que todo lo que había sucedido era sólo por el bebé y que no hablarían a los chicos de sus encuentros.

—Acordamos que sería así —le recordó. Y tú aceptaste.

—¿Y qué les dirás cuando sepan que estás embarazada? —le preguntó. Elizabeth, no permitiré que ocultes que soy el padre de tu bebé.

—No lo haré —mintió. Diré que eres tú y que todo sucedió como con Nathaly.

Ben negó decepcionado.

Le dolía pensar que prefiriera hacerle creer a todos que no estaban juntos y que su bebé, ese que hasta el momento él creía que era lo que ella tanto anhelaba, no era más que el resultado de un encuentro fugaz.

Desde ese mismo instante Elle no dejó de pensar en lo que sucedería si las chicas se enteraban. Le recordarían que lo del bebé siempre había sido una mentira, que de no hacer nada Ben lo sabría y que las consecuencias serían monumentales.

Vamos a ver, que habían estado haciendo el amor de manera incansable, Ben lo había dado todo como hombre, llegó a desear con todo su corazón que ese bebé fuera real pero desgraciadamente no lo sería.

Elle se había estado cuidando y por eso necesitaba evitarle. Debía decirle que no había conseguido embarazarse pero Ben empezó a ponérselo difícil. Se negaba a perderla después de lo que habían vivido, así que se abocó a reconquistarla.

Le enviaba flores, detalles, joyas y un sinfín de notas donde le decía que le quería. Cuando nada de aquello dio sus frutos empezó a llamarla con insistencia, a esperarla fuera del trabajo, a llevársela con él a cualquier sitio y donde terminaba convenciéndola de hacer el amor una vez más.

—Sale con alguien —manifestó Ethan tras no dar con ninguna otra razón que explicara el distanciamiento de su amigo en las últimas semanas.

—Quizá lo haga con alguien de su oficina —tanteó Darrell. Hay un par de chicas que son su tipo así que, que no te sorprenda cuando nos presente a su nueva conquista.

Ethan asintió.

De haberlos escuchado, Elle se habría alegrado pues lo último que quería era ser descubierta pero aquello se vislumbraba imposible. Ben ya no soportaba la distancia que Elle le imponía, así que empezó a tirar de imaginación y de cuanto recurso le permitiera estar cerca de ella.

Lo constaté todas las veces que les vi sentados uno al lado del otro, pero en especial durante muchas de las comida que los chicos organizaban. No era idea de Elle, pues si de ella hubiera dependido habría comido en cualquier

rincón donde Ben no estuviera presente pero, como dije, él no dejaba de tirar de imaginación.

Se cercioraba que siempre Elle se sentara a su lado, fingía que no estaba por ella pero en cuanto podía deslizaba su mano sobre su pierna, cogía la de Elle, la acariciaba y luego la llevaba hasta su entrepierna para hacerle saber cuan excitado podía ponerle el solo hecho de tenerle cerca.

Aquello siempre dejaba a Elle sin aliento y hecha un manojito de nervios, aunque no tanto como cuando Ben le seguía con la mirada sin importar que le vieran. Aquellos instantes fueron tan recurrentes y todo porque Ben estaba convencido que Elle irradiaba un brillo que podía atraer a otros.

De ser así seguramente no tardaría en aparecer algún imbécil interesado en su chica y Ben no lo permitiría. Puede que por ello acabara esforzándose un poco más por coincidir, acariciarla y decirle que le echaba de menos, y que si estaba soportando todo aquello era porque le había prometido que no diría nada.

—No lo sé —dije a Ahmed la tarde que estábamos en casa de Ethan celebrando el cumpleaños de Darrell y volvimos a verles. Es absurdo que sigan ocultando lo que tienen. Llevan semanas viéndose. ¿Por qué no se lo cuentan a todos?

—Tal vez no quieren que les juzguen —contestó. Dijiste que llevan años peleados.

Hice una mueca con la boca.

Como dije, por entonces desconocía la tramoya que Elle se había inventado respecto al bebé, así que le di la razón a Ahmed.

Elle tenía miedo que le juzgáramos y aquella tarde en casa de Ethan hasta le compadecí. En los últimos días le había notado más nerviosa de lo normal, de modo que concluí que Ben le tenía contra las cuerdas y la pobre no debía saber qué hacer.

Lo confirmé aquella misma tarde cuando, tras no conseguir acercársele, cogió a Nathaly y la ocultó con otros niños detrás del sofá. Ben sabía que lo que peor ponía a Elle era perder de vista a la pequeña así que en cuanto le vio

ir en busca de aquella se escondió, le sujetó del brazo y luego empujó a un rincón de la casa lejos de la vista de todos.

Allí empezó a besarla y a aferrarse a su cuerpo y en cuanto Elle intentó huir él se apresuró a subirle el vestido, enredar sus dedos entre sus bragas y a amenazarle con arrancárselas si al menos no le permitía besarla.

—¡Ben, por favor! —le suplicó ella con los ojos llenos de angustia. Nos verán.

—No —susurró él sobre sus labios. *Ba mhaith liom tú, agus mura dtiocfaidh deireadh leis an bpáirtí seo, déanfaidh mé grá duit os comhair gach duine.*

Juro que pestañeé un montón de veces al no comprender lo que Ben le había dicho. Ahmed en cambio sí lo había hecho y tanto fue que no paró de carcajearse. Había vivido un tiempo en Dublín y al parecer lo que Ben le había dicho a Elle era que le deseaba, y que si aquella fiesta no terminaba, le haría el amor delante de todos.

Capítulo 18

Ethan

Conocí a Ben en una de aquellas fiestas que solía organizar Christie. Siempre supe que era una persona diferente, de las que escaseaban, de las que hablaban poco pero que sentían como nadie el dolor.

Bebía en exceso, generaba nerviosismo, temor y muchas dudas, pero a pesar de ello Darrell y Christie le estimaban así que nadie se atrevió a reprobarle abiertamente, salvo Elle. Ella siempre se mostró contraria a Ben y propensa a despreciarle.

De hecho tuvo presente aquel sentimiento durante mucho tiempo y no cambió de opinión prácticamente hasta descubrir que se había enamorado. Antes siempre se refería a él utilizando algún calificativo como *ese*, *el alcohólico*, *el mal aspecto*, y llegó incluso a decir que la presencia de Ben infundía el miedo en todos.

Elle se negaba a tratarle, cuestionaba a Christie por su defensa hacia aquél y le amenazaba con romper la amistad que les unía si continuaba insistiéndole para que ella también se hiciera su amiga.

Me preocupaba verlas imbuidas en aquellas discusiones tan superfluas porque pensaba que darle una oportunidad al pobre hombre tampoco era tan descabellado. A fin de cuentas acudía con nosotros a todas partes y Christie y Darrell le tenían como su mejor amigo. ¿Cómo ignorarle?

No obstante, fue lo que sucedió y debo confesar que al principio yo también contribuí a ello. Ben era un abogado atípico. Llevaba el cabello algo largo, barba, parecía misterioso y su mirada era pérdida, aunque a veces estaba centrada en alguien a quien sentí que analizaba.

Se trataba de Elle y me sorprendió pues ésta le odiaba, y no paraba de lanzar improperios contra a aquél. Jamás se lo dije porque no quería asustarle y en especial porque tampoco sabía que le diría. Si, Ben le miraba pero y eso qué. Las personas pasan gran parte de su vida mirando a otras y eso no significa nada.

Por otro lado, no puedo decir que lo que sucedió entre ellos acabara siendo parte de ningún plan como Elle llegó a creer, aunque cuando supe que estaba embarazada de Ben no pude evitar pensar en todas las veces que le sorprendí observándola.

Era como si además de verla hubiera estado conociéndola. Seguía sus movimientos, leía sus labios, se embelesaba cuando le veía sonreír, y todo mientras Elle le profesaba la más grande animadversión.

A él le gustaba pero creí que jamás conseguiría acercársele pues era demasiado pusilánime. En mi caso, empecé a tratarle poco antes de la fiesta de fin de año donde le pedí que llevara a Elle a su casa. Ella se había embriagado y yo quería llevarle a su casa pero al oponerse le convencí de irse con Ben.

Confieso que al hacer aquello una pequeña duda me asaltó pero ya llevábamos algún tiempo tratándonos, así que no veía ninguna razón para desconfiar. Además, Darrell le tenía por su mejor amigo y un tipo honesto, y eso me dio alas para confiarle a Elle, cosa que ésta no paró de reprocharme durante meses.

Darrell también solía ser el promotor de nuestras salidas. A principio sólo eran Ben y él pero al cabo de un tiempo yo me les uní tras pasar por una ruptura amorosa que me había dejado desecho.

Solíamos reunirnos en un bar irlandés y nos quedábamos hasta pasadas la medianoche; casi siempre hablando de deportes, coches y mujeres pero Ben apenas participaba y juro que hasta creí que el chico no era normal.

Con el tiempo descubrí que sólo era reservado y que hablar de mujeres le afligía. Él también había sufrido por culpa de su ex y luego por su divorcio.

Me compadecí de él nada más saber por lo que había pasado pero luego dejé de hacerlo cuando Elle me contó que estaba embarazada y la manera como

había llegado a ese estado. Es decir, creía que Ben se había aprovechado de mi amiga y me dolía, pero sobre todo me encendía el hecho de verle con frecuencia, y que nunca se atreviera a confesar nada.

Al parecer había convencido a Elle de ir a su casa y luego le había dado algo de beber para someterla. Era dantesco pensarlo pero peor aún que se sentara delante de mí como si nada. Cada vez que le veía sentía las ganas de partirle la cara y llamarle cobarde pero Darrell me lo impedía, alegando que de aquel modo no conseguiríamos nada.

—¡Es un cobarde! —murmuré justo el día que Elle dio a luz y lo encontramos en aquel bar. ¿Cómo puede actuar con tanta frialdad?

—Intenta calmarte —me suplicó. Ya te he dicho que no sacaremos nada si le abordamos con violencia.

Resoplé.

Era miércoles. Sabíamos que durante la semana Ben no solía frecuentar aquel bar, ni tampoco beber solo pero sorpresivamente cuando entramos le encontramos en la barra con un trago en la mano, unos tercios vacíos y la mirada pérdida.

Darrell se sorprendió al verle. Nos acercamos, le saludamos y luego tomamos asiento uno a cada lado.

Debió parecerle igual de extraño vernos por allá pero no dijo nada. Estaba demasiado ensimismado como para dar pie a un interrogatorio y menos en el estado en que se encontraba. Era como si no fuera él. Jamás le había visto ebrio.

—Vaya —dijo Darrell. Creía que no solías beber los días de semana.

Ben negó con la cabeza.

—¿Está todo bien? —agregó.

Asintió.

—Sólo necesitaba un trago —mintió.

—Pues a juzgar por el número de vasos que hay sobre la barra uno sólo no ha sido suficiente —dijo. ¿Realmente está todo bien?

Volvió a asentir.

En ese momento el camarero se acercó, puso un par de vasos sobre la barra,

dejó caer el chorro de whisky en cada uno y luego volvió a llenar el de Ben.

Apenas el muchacho retiró la botella Ben cogió su vaso y se lo empinó, indicándole con eso que ya podía servirle otro a lo que Darrell, sin necesidad de hablar, impidió.

Ben sonrió con ironía.

Recuerdo que aquel día el camarero tenía la radio encendida y la canción *Bring it on home to me*, interpretada por Sam Cooke, invadía todo el local.

—Tenemos que decírselo —dijo Darrell tras ponerse en pie y hacer que le acompañara hasta unas mesas que había detrás. No puedo estar aquí y actuar como si nada.

—¡Ni hablar! —me opuse. Elle acaba de dar a luz. ¿Acaso quieres que se presente en el hospital en ese estado?

—Es su hija —me recordó. Tiene todo el derecho a saberlo. Además, presiento que está aquí por Elle. ¿Le has visto? Está ebrio. Debemos decírselo.

—No te atrevas —le insistí. No le diremos nada hasta que Elle tome una decisión. ¿Acaso crees que estoy menos molesto que tú? La cuestión es que sabemos que está aquí por ella pero no sabemos si es porque se siente culpable.

Darrell suspiró.

Poco después volvimos junto a Ben e hicimos que el camarero nos sirviera unos chupitos, pero luego Darrell debió llevárselo a casa porque apenas podía mantenerse en pie y empezaba a reñir con el camarero para que en lugar de servirle los tragos, le dejara la botella.

Ben jamás nos confesó que amaba a Elle pero cuando descubrió que ésta había tenido una hija no dudó en pedirnos ayuda para que intercediéramos por él para que Elle le permitiera estar cerca de la pequeña.

Como era de esperarse Elle se negó pero todos acabamos aconsejándole en favor de Ben. Él podía ser nuestro amigo y un tipo excepcional pero también era abogado, tenía dinero, conocía gente importante y eso podía jugar en contra de Elle si aquél decidía pelear por la custodia.

Entre el Ben que vimos en el bar y el que supo que había tenido una hija

habían diferencias. El primero parecía molesto y depresivo pero el nuevo Ben, el padre, de ese sólo manaba felicidad. De hecho era tanta su dicha que aceptó todas las condiciones que Elle le impuso y lo hizo incluso sabiendo que una de esas condiciones era no hablar de la custodia.

Le contó a Darrell que si Elle le permitía acercarse a la pequeña, al menos ello era un paso y que trabajaría para conseguir todo lo demás. Él estaba convencido de que lo haría y se estuvo esforzando en ello buscando la forma de que Elle no se viera presionada por la situación, y menos por su presencia, aunque en la medida que pasaba el tiempo las cosas se preveían difíciles.

Él la amaba y lo hacía de tal manera que habría hecho cualquier cosa para hacérselo saber pero ese momento parecía resistírsele. Elle en cambio no dejaba de pensar que Ben se había aprovechado de ella y que le había robado la posibilidad de elegir sobre el derecho a ser o no madre.

Fue por eso que cuando supe lo que había estado haciendo no pude evitar pensar en la venganza. Elle había iniciado un juego en el que le había hecho creer que deseaba tener un bebé pero en cuanto las cosas se salieron de control, pues Ben no aceptaba que tras lo que ambos habían vivido se alejaran, entonces éste se volvió impredecible y Elle se vio obligada a contárselo a las chicas.

Justo en aquel momento fue cuando todo se descubrió. Elle llevaba un par de semanas viviendo bajo mucha presión, Ben deseaba contarnos que estaban juntos, Elle no quería y justo cuando ésta se lo explicaba a Christie por teléfono, Ben le sorprendió.

Yo lo supe porque Ben me lo contó y nada más hacerlo, me presenté en casa de Elle para pedirle una explicación. ¿Pero cómo había sido capaz de hacer lo que hizo?

Ben le amaba y ella se había burlado de sus sentimientos, así como Mel se burló de mi al no contarme que aquella idea la había fraguado Christie, que ella había animado a Elle a que se lo pensara y que hasta había sido quien le guardó aquellos folletos.

—¡Fue por amor! —quiso convencerme Mel. Conoces a Elle. Sabes que jamás jugaría con algo así.

—¡No te atrevas a defenderla! —le señalé. Ya ha sido suficiente con lo que has hecho. Y en cuanto a ti —señalé a mi amiga. ¿Sólo quiero saber, cómo has podido? Te has pasado todo el tiempo tratando a Ben como a una basura para luego hacerle creer que querías tener un hijo suyo. Definitivamente has tocado fondo.

Como era de esperarse no se atrevió a decir nada. Sólo se quedó allí, en medio de su salón, llorando y siendo consolada por Mel mientras les di la espalda y abandoné la casa.

Al cabo de una hora me presenté en casa de Ben. Llevé una botella de Kilbeggan, sabía que debía estar derrumbado, que no quería ver a nadie, y menos al mejor amigo de la mujer que le había engañado, pero aún así me recibió.

—No tenía ni idea —le juré. Ni siquiera imaginé que ella y tú se estaban viendo. Darrell y yo creíamos que estabas saliendo con alguien de tú oficina.

—Se ha burlado de mí en mi cara y de la manera más vil y deshonesta que conozco —manifestó. ¿Cómo pudo?

—Ben, ella insiste en que no quería lastimarte —intenté mediar a pesar que sabía que Elle no se lo merecía.

—¡No te atrevas a defenderla! —suplicó. Lo planificó. Ha pasado todo este tiempo buscando la forma de vengarse por lo de la primera vez y llegado el momento lo ha hecho.

Tragué.

—Ben, de verdad, no sé qué decir —agregué. Salvo que lo siento. Si necesitas que haga algo sólo dilo.

Negó.

Inmediatamente lanzó contra la pared el vaso de cristal donde se había servido el whisky y luego la botella. Estaba claro que aquel no era el primer trago y el vaso tampoco el único que había acabado en la pared.

—¡Sólo quiero arrancarla de mi corazón! —gritó. Es todo lo que necesito. Le amo y quería darle mi vida pero no fue necesario porque ella la tomó y jugó con ésta hasta que se cansó y la desechó.

Me estremecí.

Jamás le había escuchado expresarse de aquel modo y menos tratándose de Elle.

Ella le importaba, él habría hecho lo que fuera por conquistarle y precisamente aquella fue la razón por la que aceptó seguirle el juego, y guardar silencio mientras vivían lo que creyó un sueño.

Sólo unos días después se marchó. Darrell intentó persuadirle pero Ben dijo que no podía quedarse en Chicago. Que de hacerlo flaquearía, correría en busca de Elle y le diría que le perdonaba aunque su corazón estuviera roto como estaba.

Como era de esperarse Darrell fue quien le buscó, le increpó, le acusó de farsante y hasta de retorcida. Al presenciar la escena, Christie intercedió y le pidió que se disculpara pero aquél se negó, y a su ya cruel discurso agregó el deseo de que Ben jamás le perdonara.

Desde luego al decir aquello no tenía ni idea que Christie había sido quien le había propuesto a Elle todo aquello y que de hecho ella misma lo había utilizado para quedarse embarazada. No obstante, nada más enterarse abandonó su casa y así como él, todos nos alejamos, pues no era posible continuar cerca tal como estábamos.

Yo en particular me fui a Portland aprovechando mis vacaciones. Intenté olvidar toda aquella locura pero no lo conseguí. Tres días después estaba de regreso, no había conseguido estar tranquilo y menos imaginando que mi mejor amiga estaba sola y hundida, y yo lejos ignorando su dolor.

—No te preocupes —dijo nada más verme. Comprendo que te hayas enfadado. Lo que hice fue horrible.

Le abracé.

No obstante, no me quedé a su lado porque me pidió estar sola para pensar y recuperarse, aunque la verdad era que mientras pasaban los días sólo se derrumbaba más.

Lo noté porque se aferró nuevamente al trabajo, a Nathaly, a su madre, a Clare, y acabó ignorando a todos los que le recordábamos a Ben. Debía pensar que tenía bastante con los recuerdos que le atormentaban y hacían llorar hasta más no poder.

Que Christie volviera al trabajo después del post parto fue crucial porque en cuanto pudo buscó la manera de que Elle no siguiera sometida a aquel bucle de dolor que le engullía y menos después de tres meses.

Para entonces Christie había conseguido hacer las paces con Darrell por Max, su bebé, y Mel y yo intentábamos seguir adelante aunque con tristeza porque no dejábamos de pensar en Elle.

En cuanto a Ben, éste continuó lejos. Apenas hablaba con Darrell, lo hacía porque le había dejado a cargo los asuntos del despacho, la casa y la manutención de Nathaly. De hecho, de no ser por aquello seguramente no habríamos sabido de él y ello también me dolía. Pensaba que si Ben había soportado todo aquel tiempo lejos era porque estaba consiguiendo olvidar a Elle mientras ella estaba sufriendo.

Lo constaté aquella mañana que se presentó en casa. Llovía y su ropa estaba empapada pero lo que me partió el corazón fue ver que lloraba y no podía hablar.

—Está en Ballyhack —le confesé.

Inmediatamente después me abrazó.

Capítulo 19

Maureen

Tengo un Bar a escasos metros de casa. Nada prodigioso. A decir verdad es un pequeño recinto donde servimos desayunos y cafés durante el día, y tragos y cervezas por la noche. Desde que mi marido murió he trabajado sola y como no tengo hijos suelo pasar gran parte del día allí.

Hace poco decidí buscarme una chica para que me ayudara y la elegida fue la sobrina pequeña de mi difunto marido, Aibhilín. Aibhilín es una muchacha maja, solemos hablar a menudo y de muchas cosas, pero entre ambas existe una más que notoria diferencia de edad.

Ella tiene diecinueve años y yo cuarenta y seis, y ello empieza a preocupar a mis padres. Dicen que podría estar atravesando algún tipo de crisis existencial y que ello se ve reflejado en mi nueva amiga.

Mi madre, en especial, es quien más se siente nerviosa y dice que otros aires me vendrían bien. Sugiere que coja mis cosas, saque un boleto a cualquier parte del mundo y me despida de Ballyhack, pero me niego.

Me duele saber que al igual que mi padre sufre por mi y que piensan que soy una de las tantas personas que pierden su tiempo viviendo como viven, pero yo no me siento frustrada. Estoy satisfecha, tengo dos perros y un gato que se llevan de las mil maravillas, mi casa es mía, no tengo deudas, nadie me debe y eso me hace feliz.

Pienso que la vida perfecta es aquella que te proporciona la estabilidad de un hogar, un marido, hijos y un trabajo digno. Con el tiempo conseguí el marido y el trabajo, y me complace, aunque el primero ya no esté. Los hijos no llegaron pero eso no me duele, aunque en ocasiones puede que me distraiga pensándolo.

Por todo lo demás creo que la previsión se cumplió y concluyo que dentro de todo, mi vida no es un fracaso. Vivir y trabajar en el centro de un pueblo costero me gusta y creo firmemente que no es malo en absoluto. Los veranos se viven a tope, hay visitantes por doquier, risas, el pueblo a pleno rendimiento y cuando llega el invierno vuelve la calma.

Disfruto de ambos periodos y lo hago porque soy la primera persona que ve llegar a los viajeros y la última que les ve marchar. Regentar el único Bar del poblado me permite, no sólo eso, sino también conocer a la mayoría de visitantes.

He conocido a personas de todas partes, con diferentes culturas, idiomas y he escuchado miles de historias. Con certeza puedo decir que no hay dos iguales, que las hay felices, entretenidas, sin sentido, increíbles; tristes, pero jamás son iguales.

Ballyhack tiene un castillo, un ferry, unas vistas increíbles pero los visitantes no sólo vienen por ello. Todo depende de la historia.

Al ver a la gente bajar del ferry casi siempre consigo descifrar que le ha motivado a venir y aquella mañana cuando vi a la mujer del vestido rosa y las gafas oscuras también acerté. Atravesó la calle, caminó hacia el bar, entró y de inmediato se quitó las gafas pero no dijo nada.

—Al final de la calle hay un camino de tierra —dije consiguiendo su atención. Síguelo y encontrarás una casa con el muro de piedra. Él está en la parte de atrás.

Sabía que buscaba a Ben.

Abandonó el local, se fue en dirección al camino de tierra, divisó la casa con el muro y nada más verla se echó a correr en esa dirección.

Ya en frente cruzó la valla, atravesó el jardín cuidando de no pisar las flores y se detuvo de forma súbita persuadida por el ruido que provenía de la parte trasera. Al aproximarse descubrió una barraca de madera y justo al lado una montaña de troncos ordenados a la perfección.

Ben estaba allí. Estaba de espaldas, sin camisa, la melena le rozaba el cuello y la barba le había crecido más de cómo solía llevarla. Sudaba, se pasó el brazo por la frente, luego levantó ambos brazos y tiró con fuerza del hacha que

sujetaba, partiendo de un sólo golpe el tronco que había sobre la base de un extinto pino.

—¿Ha sido Maureen, verdad? —dijo sin verla.

Elle se quedó en silencio.

—No es necesario que le encubras —agregó. Su bar es el único en el pueblo. Te habría dicho donde encontrarme aunque no se lo hubieras preguntado.

—No te molestes con ella —suplicó. Sólo fue amable.

Él negó.

Llevaba en casa cerca de dos meses y desde entonces no hacía más que cortar, recoger y amontonar troncos. Lo hacía de manera impulsiva, y mamá le veía con preocupación desde la ventana de la cocina, pero no se atrevía a preguntarle nada por temor a que decidiera marcharse sin decirnos lo que estaba sucediendo.

Ben siempre fue prudente a la hora de hablar sobre su vida y acorralarle no habría servido más que para incrementar su mal estado. Adoraba a mamá, tenía una relación magnífica con nuestro padre pero aquellos meses en Ballyhack apenas les hablaba.

Antes que volviera habíamos conversado, parecía feliz pero aquella mañana cuando le vi entrar al Bar supe que lo que había entre él y Elle se había terminado. Me había contado que estaban saliendo y que quería conquistarla, pero que ella se oponía.

Entró al bar, tiró el petate que traía al suelo y luego se me echó encima y me abrazó sin decir nada. Había ido a refugiarse como todas las personas que van a Ballyhack con sus historias, pero él en especial quería olvidar la suya.

Intenté hablarle, que se desahogara contándome lo que había sucedido pero me pidió que no habláramos sobre ello. Recuerdo que cuando me contó por primera vez de Elle dijo sentir algo especial y juro que me alegré al saber que, tras lo de Ann, se había enamorado de nuevo.

No sabíamos mucho sobre Elle pero nos bastaba con saber que su presencia parecía conseguir lo que hasta la fecha ninguna chica había logrado, que Ben volviera a creer en el amor. Él era un romántico, un enamorado, un soñador y

siempre deseó tener una familia, y cuando se casó con Ann ambos parecían ilusionados con aquella idea pero todo cambio cuando se fueron a Chicago.

Ann le convenció de esperar y después de un tiempo llegó la separación. Qué había sucedido, nos preguntábamos, pero Ben no fue capaz de respondernos hasta mucho después de su divorcio.

Dijo que en Chicago Ann parecía haber descubierto que tener una familia no era todo lo que ella deseaba así que empezó a mentirle. Tomaba anticonceptivos a escondidas, fingió no poder embarazarse y acabó diciendo que era el momento de que cada uno tomara caminos distintos.

Ben se hundió. Intentó retenerle pero después de unos meses accedió y le dejó libre. Cuando descubrió lo de los anticonceptivos Ann ya estaba lejos y entonces su depresión fue a más. Empezó a beber, descuidó su aspecto y dejó de hablarnos un tiempo.

Para cuando nos contó de Nathaly habían transcurrido unos tres años y aquella noticia, y volver a ver a Elle fue lo que le devolvió a la vida. Se había enamorado desde la primera vez, ella le odiaba, él quería acercarse pero al no conseguirlo se hundía de nuevo.

Nathaly era lo único que les unía; él se aferraba a ella y no perdía la esperanza de que algún día Elle le viera más que como el padre de la pequeña, pero ese momento se le resistía.

Ben me había contado todo lo que había sucedido, las circunstancias bajo las cuales habían concebido a Nathaly, pero en concreto que Elle pensaba que él se había aprovechado de ella y que por esa razón se negaba a que fuera legalmente el padre de Nathaly.

Siempre estuve de parte de mi hermano pero creo que en algún momento me puse en el lugar de Elle. Pensaba que de haber pasado por una situación similar habría actuado del mismo modo. Ella había sufrido al haberse quedado embarazada de un desconocido y luego verse obligada a abrirle las puertas de su casa.

Pero fuera como fuera ella lo sobrellevó y al hacerlo jamás imaginó que estaba alimentando el deseo de conquista de Ben. Por eso cuando le vio en Ballyhack su corazón no pudo actuar con indiferencia.

Debió agitársele, exigirle que fuera a su encuentro y le besara pero Ben se contuvo. De hecho ni siquiera le miró. Sabía que de hacerlo las fuerzas le abandonarían y se abalanzaría sobre ella para hacerle el amor.

—Te amo —confesó ella consiguiendo fugazmente su atención. Y no quiero que pienses que te lo digo por lo que sucedió.

Ben negó.

Mamá le observaba desde la ventana de la cocina y al verle tan impasible no dudo en salir. Ella y yo, al igual que papá, conocíamos a Elle porque le habíamos visto en una fotografía junto a Nathaly, y mamá le reconoció de inmediato.

—Benjamin O' Connell —le dijo consiguiendo que Ben le mirara. No te atrevas a hacer nada de lo que puedas arrepentirte toda tú vida.

—No te preocupes —le contestó. Puede que ya este arrepentido. Tú sólo vuelve dentro.

Mamá le miró decepcionada.

Cerró los ojos, bajó la cabeza y cuando Ben pensó que finalmente volvería dentro, ésta se volvió hacia Elle, se le acercó, le extendió la mano, le dio las gracias, dijo que Nathaly era una niña preciosa y poco después volvió dentro.

Acto seguido Ben se quitó los guantes, recogió el hacha, la llevó dentro de la barraca y cerró la puerta. Al hacerlo cogió la camisa, se la echó al hombro, caminó en dirección a la casa y justo antes de entrar dijo:

—Pronto oscurecerá. Será mejor que te marches.

Aquella tarde había un cielo rojo precioso pero ella debió compararlo con el infierno.

Elle se hospedaba en el parador que estaba a unos kilómetros del bar. Era un sitio acogedor y con vistas al estuario, y cuando mamá me contó lo que había sucedido llamé a John, el propietario, le pregunté si Elle estaba allí y éste me respondió que sí pero que no estaba en su habitación.

—Siento la forma como te ha tratado —le dije tras dar con ella en el muelle. Y sé que lo que te diré te resultará increíble pero le conozco bien y sé que no ha sido él quien ha hablado sino la rabia.

Suspiró.

—Tiene tus orejas —añadí. Supongo que ya habrás notado que las nuestras son enormes y difíciles de ocultar, así que me alegra que Nathaly las haya sacado de ti.

Me miró.

—No le ocurrirá lo mismo que a Ben —proseguí. ¿Sabías que pasó gran parte de su niñez ocultándose bajo una cachucha y le suplicaba a mamá para que no le obligara a quitársela? Era gracioso porque mientras él luchaba por quedarse con la gorra mamá no paraba de decirle que ningún hijo suyo iba a avergonzarse de su genética.

Sonrió.

Lo hizo de forma sutil pero eso me valía.

—Si —suspiré. Jamás fue el chico atractivo de Ballyhack, tampoco tuvo muchas admiradoras, siempre fue el más gordo, aparentaba más edad de la que tenía pero todos coincidirán que fue el chico de gran corazón. Siempre estuvo dispuesto a hacer sentir bien a todos y quizá por ello siempre acaban lastimándole.

—No fue mi intención —susurró. No quería hacerle daño. Le amo.

—Lo sé —manifesté. Y que hayas venido hasta aquí lo confirma. Tú presencia ha debido sorprenderle pero debes comprender que sigue dolido. Han pasado casi tres meses desde su llegada y desde entonces no ha parado de hacer lo mismo. Es como si no le importara nada, así es Ben cuando algo le duele.

—No le importa que haya venido —confesó. Me odia. Y me odiará siempre porque le mentí.

—No —agregué. Te perdonará. Es sólo que va necesitar tiempo y ahora serás tú quien deberá esperar. Quizá si te quedas unos días le convencerías de que no te irás hasta tanto no hablen.

Suspiró.

Poco después dijo que lo haría.

Debían pasar de las 7:00 de la tarde así que tras conversar un rato le convencí de ir a casa nuevamente porque mis padres estaban deseosos por conocerla. Papá había convencido a Ben de ir a probar el motor del bote, así

que aquello permitió que Elle fuera a casa, que mamá y yo le conociéramos, y que nos entretuviéramos en su historia con Ben mientras preparábamos la cena.

—Es mi hijo y le amo pero a veces actúa de manera irracional —confesó. Sé que te ama y por eso no comprendo por qué intenta lastimarte. Da igual lo que haya sucedido. Hacer lo que hace sólo me hace pensar que ha ido por el desquite y Ben no es así.

—Le hice daño —manifestó ella. Tiene todo el derecho de sentirse como se siente.

—Lo sé —respondió. ¿Pero quién no ha cometido un error en toda su vida? Por otra parte, sea éste cual fuere sigo pensando que no está bien que te trate del modo que lo ha hecho. Él también se ha equivocado y lo único que debería importarle es que estás aquí, y que tienen una pequeña.

Elle suspiró.

Mamá le abrazó.

—Además —dije yo. Que finja que no le importas es absurdo. Ya habrás notado que aunque lleva un tiempo aquí no se ha deshecho de las fotografías que hay en casa. Si, la mayoría son de Nathaly pero en algunas estás tú, y si te odiara habría retirado aquellas donde apareces. ¡Con lo resentido que llegó!

Sonrió mirando alrededor.

Cuando papá y Ben regresaron nos sorprendieron hablando en la cocina. Elle ya había conseguido reponerse y nos hablaba sobre su trabajo. En cuanto Ben le vio se sorprendió, pues debió pensar que se había marchado, pero al confirmar que seguía en Ballyhack intentó salir de la cocina, papá le cortó el paso y le lanzó una mirada de aquellas que solía poner cuando algo no le gustaba.

Ben le miró pero se quedó callado.

Inmediatamente después mi padre se acercó a Elle, le extendió la mano, sonrió, y le dijo lo feliz que le resultaba conocerle y de que estuviera en casa.

Poco después estábamos en la mesa. Papá a la cabeza, mamá a su derecha, Elle y yo a la izquierda y Ben justo frente a ella. Reí al verles porque sabía que mamá lo había hecho aposta.

Aquella era una vieja estrategia que solía utilizar cuando Ben y yo éramos pequeños y nos peleábamos. Decía que por muy grande que fuera el problema, en la mesa era inevitable no reconciliarnos.

De modo que ponía nuestros platos uno frente al otro y luego con papá se pasaba la cena ignorándonos para que Ben y yo nos viéramos obligados a pedirnos los alimentos.

—Elle —dijo papá interrumpiendo el tintinar de los cubiertos. ¿Es verdad que trabajas en una editorial?

Ella asintió.

—¿Y desde hace cuanto tiempo? —le preguntó mamá.

—Siete años —respondió. Pero antes trabajé dos en una revista.

—Vaya —sostuvo mi madre sonriendo. Eso suena genial. Debo confesar que siempre soñé con dedicarme a algo increíble, viajar y conocer el mundo pero me casé y todo eso acabó siendo sólo un sueño.

—Mujer que estoy aquí —dijo mi padre mientras cortaba el pescado.

—Lo sé cariño —asintió ella sonriendo. Lo sé.

Elle y yo sonreímos también.

—¿Es la hija de Declan la que trabaja en una revista? —preguntó luego papá.

Negué.

—La de Conan —expuse. Deirdre.

—¡Cierto! —exclamó sonriendo y mirando a Ben que permanecía impasible. Deirdre. Siempre fue una chica lista.

—¡Niall! —advirtió mi madre consciente de lo que aquel diría. No te atrevas.

—¡Oh, mujer, vamos! —dijo. Pero si sólo es una anécdota. ¿Elle, no te ha contado el bribón de mi hijo que el día que se casó, ésta chica, Deirdre, entró en casa, luego en su habitación, se desnudó y le suplicó que no lo hiciera?

—La pobre estaba completamente loca por Ben —murmuró mi madre.

Sonreí.

El rostro de Ben estaba de colores.

—Siempre lo he dicho —agregó papá. Aquel incidente con Deirdre no fue

más que un presagio. Ben no debió casarse. Estoy de acuerdo que Ann era una chica maravillosa pero no era la correcta.

—¡Papá! —susurré al ver a Ben.

—¡Niall! —insistió mi madre.

—Vale, vale —respondió éste. Pero que me calle no hará que piense lo contrario. Ben se casó enamorado y lo único que consiguió fue pasar unos años terribles gracias a lo que Ann le hizo.

Ben dejó de comer de golpe.

Mamá le miró preocupada.

—Cariño, no te enfades —le suplicó. Ya sabes que tu padre siempre dice lo mismo. No puede evitar sentirse mal por lo de Ann.

—Está bien —intervine de nuevo. ¿Por qué no nos olvidamos de Deirdre y de Ann e intentamos cenar en paz? Lo que haya sucedido ya no tiene importancia.

—Estoy de acuerdo —agregó mi padre. Eso forma parte del pasado. No obstante, creo que tú hermano no debería sentirse avergonzado por lo de Deirdre. Ella le quería y sólo quien siente algo así es capaz de presentarse en tú casa para hacértelo saber.

Ben lanzó los cubiertos y acabó levantándose de golpe.

—¡Benjamin O' Connell! —dijo mi padre. Será mejor que vuelvas a sentarte.

Ben le miró.

En cualquier otra ocasión quizá le habría obedecido pero en aquel momento sólo le miró, negó con la cabeza, abandonó el comedor y luego la casa.

Tras su ausencia acabamos de cenar en silencio, invité a Elle a tomar una cerveza y le presenté a Aibhilín, la cual le dijo que Nathaly era una niña preciosa.

—Es una pena que no le hayas traído —se compadeció. Sólo espero que lo hagas la próxima vez que vuelvas. A todos nos hace ilusión conocer a la hija de Ben.

Elle sonrió.

—Bien —titubeó. Iré a ver si los chicos de allá quieren algo.

Poco después le vimos alejarse y entonces yo le pedí a Elle que tomáramos asiento.

Le conté cómo era la vida en Ballyhack, como era su gente, sus costumbres y que fuera la temporada que fuera, el lugar era un buen refugio. Luego me desvié y le dije que Ben nos había contado que ella era de Portland, y que mi marido y yo habíamos estado una vez allí.

—Fue hace mucho tiempo —declaré. Pero aún recuerdo cada detalle de aquel viaje.

Elle sonrió nuevamente.

En ese momento Aibhilín se nos acercó, me miró a los ojos y me preguntó que si había visto entrar a Ben.

Negué.

Nos pasó al lado, evitó vernos y tras saludar a los chicos que había en el bar, siguió caminando hasta el fondo donde se sentó.

—¿Quieres que le lleve una cerveza? —preguntó.

—No —respondí. Ya lo haré yo.

Inmediatamente cogí el vaso, serví la cerveza y fui a llevársela. Me vio a los ojos en cuanto le dejé la pinta sobre la mesa, pero no me dijo nada.

—Creí que te habías marchado en el bote de papá —dije. Mamá se ha quedado preocupada.

Suspiró.

—¿De verdad? —sondeé. ¿Eso es todo lo que harás?

—Puedo irme si lo prefieres —respondió.

—¡Oh, vamos! —sostuve. Sabes que no es lo que quiero. Es sólo que me sorprende que no acabes de deshacerte de todo ese maldito orgullo y aceptes sus disculpas. Ha cruzado el océano para decir que te ama. Cuanto menos deberías de sentirte feliz.

—¿No lo comprendes, verdad? —inquirió.

—Claro que sí —contesté. Lo que no comprendo es tu afán por verle como si se tratara de Ann. Ben, estamos hablando de la madre de tú hija.

—¡No es más que una mentirosa! —le acusó. Y no veo cual es la diferencia entre ella y Ann. Ambas han mentido y se han salido con la suya. Son

perfectamente iguales. Lo que no entiendo es cómo puedes alinearte con ella cuando no le conoces. Te decepcionará y lo hará como ha hecho con todos porque no es más que una egoísta que no le importa hacer daño.

Respiré profundo antes de responderle.

—No necesito que me digas cuán enfadado estás porque puedo verlo en tus ojos, pero también puedo ver las ganas que sientes por ir hasta donde está, cogerla entre tus brazos y besarla —dije. ¿Si es así, por qué no lo haces? Hazlo y termina con esto.

—¡Olvídalo! —masculló. No estoy tan loco por ella como crees.

Agité la cabeza en sentido negativo.

Sabía que mentía pero no quise insistirle así que le dejé solo y volví con Elle a la barra.

En cuanto ésta acabó la cerveza dijo que debía irse y que al día siguiente volvería a Chicago. Intenté convencerle de que no lo hiciera pero se negó alegando que quedarse no tenía ningún sentido.

Poco después le acompañé hasta la puerta, le di un fuerte abrazo, le dije que estaba muy feliz de haberla conocido y que sentía profundamente que el tonto de mi hermano no hiciera nada para detenerla.

Ben continuó en el bar hasta después de la media noche. Yo misma le serví la cerveza y me cercioré que estuviera bien, pero cuando le vi descolocado me negué a seguir sirviéndole.

—Vete a casa —le dije. Has bebido suficiente.

—Maureen, no te pongas pesada —fue todo lo que me contestó.

Acabó abandonando el bar sobre las 2:00 de la madrugada. Parecía estar bien a pesar de todo lo que se había tomado pero eso en Ben era normal. Los tragos apenas conseguían dejarle tocado y la cerveza en especial no parecía surtirle ningún efecto.

Poco después se fue andando a lo largo del puerto en dirección a la casa, miraba hacia el estuario, las barcazas encalladas frente al paseo y las luces de Passage East al otro lado del estuario. Cuando estaba frente al camino de tierra que conducía a casa la imagen de Elle y él en Nueva York se impuso en sus pensamientos y le dolió.

Habían sido felices aquellos días y su mente se lo estaba recordando. Quizá por esa razón se dio la vuelta, corrió hacia el parador y se plantó delante del mostrador a la espera que John comprendiera por qué estaba allí.

Eran amigos, John sabía que Elle estaba allí por él, así que cogió el libro de entradas y lo dejó sobre el mostrador, abierto en la página donde aparecía el nombre de Elle, su firma y el número de la habitación; y luego se dio la espalda.

Todo estaba en silencio, la mayoría de los huéspedes dormían y a las afueras del parador sólo se oía el sonido del agua agitada por el viento. Elle también lo escuchaba, yacía tumbada sobre la cama, se aferraba a la almohada con fuerza y pensaba en Ben.

En ese momento cerró los ojos para evitarlo, presionó contra su rostro la almohada, dejó escapar un alarido e inmediatamente oyó que tocaban a la puerta. Pensó pasar de abrir pues era tarde y dudaba que del hotel desearan algo a aquellas horas, pero debió ignorar su propia advertencia cuando tocaron por segunda vez.

Contuvo la respiración en cuanto vio a Ben delante de sí. Éste se le echó encima, le empotró contra la cómoda que había detrás y empezó a besarla sin siquiera darle tiempo a respirar ni oponerse a que le despojara de la ropa.

Estaba deseoso por poseerla y decir que le amaba pero recordó lo que había sucedido así que se alejó, pero en cuanto Elle intentó decir algo se volvió, le cogió nuevamente entre sus brazos y la llevó a la cama.

Allí le besó con dureza, tiró de la cremallera de su pantalón, dejó al descubierto su erecto miembro, lo introdujo en ella con el mismo ímpetu con el que le desgarraba los labios y no paró de embestirla hasta que sintió que todo había terminado.

—Ben —sollozó ella al no creer lo que había sucedido.

—No —le contestó él. Te dije que podía ser un hombre frío si lo deseabas. Sólo espero haberte complacido.

Inmediatamente después se puso en pie, se arregló la ropa y el cabello y abandonó la habitación.

Capítulo 20

Christie

Cuando Elle regresó a Chicago no quiso contarnos lo que había sucedido en Ballyhack pero tampoco fue necesario. Había regresado peor de como se había marchado, no quería saber nada de Ben y poco después nos dijo que estaba embarazada.

Ben volvió sólo pasada una semana y en cuanto se enteró que Elle esperaba un hijo suyo fue a buscarla. Recuerdo que llegó a la editorial, interrumpió una reunión, nos echó a todos de la sala de juntas y luego se encerró con ella.

Estaba arrepentido, no paraba de llorar, de pedirle perdón e intentar besarla pero Elle le rechazaba. Recuerdo que era martes y todos debimos quedarnos al otro lado de la puerta de cristal mientras oíamos a Elle gritar y veíamos a los seguridad forzar la puerta para entrar.

Sin duda fueron los once minutos más largos de la vida de Elle, pues además de tener que soportar sentirse prisionera de Ben, también debió presenciar como aquel acabó contra la pared, esposado y más tarde siendo escoltado por los oficiales de seguridad.

El juez le acusó de allanamiento, obstrucción y resistencia; por lo que debió pagar una fianza y firmar la orden que le prohibía acercarse a Elle a menos de cien metros, para él lo peor de toda la condena, pues se negaba a cumplirlo aunque al final accedió.

Elle sólo permitió que aquella distancia se viera acortada el día que bautizamos a Max. Ella y Ben eran los padrinos, y Darrell y yo necesitábamos que ambos estuvieran uno al lado del otro para que se comprometieran a cuidar del pequeño tal como exigía la tradición.

Estuve nerviosa en todo momento. Ben no podía dejar de mirar a Elle, de verle el vientre, pensar que era su bebé el que estaba creciendo dentro de ella y que nuevamente la historia se repetiría, y él tendría que conformarse con un papel representativo en la existencia de aquel.

Juro que pensé que nada más terminado el servicio religioso cogería a Elle, que se encerraría con ella en cualquier lugar o que le obligaría a subir al coche para llevársela. Para entonces ya todos estábamos al tanto de lo que había sucedido en Ballyhack y por esa razón estaba decepcionada de Ben. ¿Cómo había sido capaz de hacer lo que había hecho?

Definitivamente no deseaba hablarle pero Darrell me convenció de que me pusiera en la piel de aquel y recordara que Elle también le había hecho daño. Decía que no podía señalar a ninguno porque desde el principio ambos parecían haber estado jugando a ver quien le hacía más daño al otro, pero yo no lo veía así.

A mi juicio aquellos dos se querían pero se habían lastimado tanto que ahora estar cerca les resultaba tan doloroso como imposible.

Por otro lado, Ethan estaba molesto. Elle era su mejor amiga, él creía en su arrepentimiento y por esa razón no dudó en decirle donde estaba Ben. Estaba seguro que al verla en Ballyhack le perdonaría y lo resolverían todo, pero no, en su lugar la había humillado.

—Siento la forma como te echaron de la editorial —dijo sorprendiéndole. No sé si intentabas hacerle daño pero el caso es que lo conseguiste. Confieso que ahora mismo quiero partirte la cara pero creo que eso no serviría de nada. Te vengaste y golpearlo no lo cambiará.

—Ethan, yo —titubeó.

—No —le cortó aquél. No quiero que me digas nada. Si me acerqué fue porque quería decirte que me siento culpable. Fui yo quien le dije dónde estabas. Se apareció en casa un día que llovía, estaba empapada, lloraba y no fue necesario que me dijera que estaba embarazada. Lo vi en sus ojos.

A Ben se le hizo un nudo en el estómago.

Hasta ese momento pensó que el bebé que Elle esperaba era el fruto de aquel instante de rabia en Ballyhack, así que descubrir que no era así le hacía feliz.

Eso debía significar que en su momento Elle había recapacitado, que había deseado que aquel bebé existiera y que fuera concebido mientras Ben le confesaba su amor.

Jerry nació unos meses después. Para entonces las cosas continuaban iguales, y Elle no deseaba que Ben se le acercara en absoluto, pero los chicos y yo le convencimos de que al menos le permitiera ver al pequeño.

Volvíamos al principio. A cuando Elle acababa de tener a Nathaly, Ben ignoraba lo que estaba sucediendo y Elle no paraba de suplicarnos que no le dijéramos nada. No obstante, las cosas ahora eran más complicadas pues Ben amaba a sus hijos, deseaba pasar tiempo junto a ellos, a llevárselos consigo y Jerry en especial se había convertido en su consentido. Era varón, estaba fuerte y físicamente era parecido a él.

Debimos ir ante el juez cuando Elle se negó a que Ben se acercara a los pequeños. No le quería cerca de sus hijos y estaba dispuesta a hacer todo para evitarlo pero Ben también, así que ambos no tardaron en librar una nueva guerra.

Ben quería la custodia, Elle se negaba a compartirla, y los chicos y yo no sabíamos cómo mediar ante una situación como aquella. No obstante, Darrell y yo pensamos que si le contábamos al juez que aquellos dos se amaban, pero que estaban librando una batalla por orgullo, el hombre conseguiría que pararan.

—Bien —les sorprendió el magistrado. Dada la negativa que ambos están mostrando por mantener una buena relación, les exhorto nuevamente a trabajar por ello. Recuerden que son sus hijos los que están de por medio. Y usted, señor O' Connell, me sorprende que siendo abogado esté permitiendo que las cosas estén como están. Sabe perfectamente que las disputas legales por los hijos no terminan bien si las partes no se ponen de acuerdo. ¿Es que acaso quiere que los suyos acaben en manos del Estado?

Ben negó.

Elle en cambio no pudo contenerse y se echó a llorar.

Fue a partir de entonces cuando las cosas empezaron a cambiar y Elle, en especial, que cediera ante la única petición que Ben le solicitaba. Él sólo

deseaba compartir la custodia, tener los mismos derechos que ella y ahora que lo había conseguido se sentía feliz.

Quizá por esa razón buscó la forma de que Elle también se sintiera igual de satisfecha, que se olvidara del conflicto bajo el cual habían estado viviendo, que se sintiera segura y en especial que pasara más tiempo con los chicos sin importar cuánto iba a repercutir eso en su economía.

De ahí que no se pensara llamar al banco y cancelar en su totalidad la hipoteca de aquella, que asumiera por completo la manutención de los chicos y hasta decidiera presentarse en la oficina de Gibson para que éste le convenciera de reducir un poco más las horas laborales, y que ello no repercutiría en su bonificación.

—¿Bromeas, verdad? —inquirió Mel en cuanto se lo conté. ¿De verdad Ben está pagando el salario de Elle?

—No —confesé. Elle perdió un porcentaje de su paga pero Gibson le ha hecho creer que le están pagando un extra por el tiempo que suplió a Oxford. Es eso lo que Ben está haciendo posible.

Mel sonrió.

Se había sentido muy enfadada con aquel por todo lo que había sucedido pero ahora su percepción volvía a mejorar. Ben debía amar a su amiga y lo estaba demostrando al querer ayudarle para que pasara el mismo tiempo que él pasaba con los niños.

—Es una pena que nada de esto termine sirviendo para nada —dijo. Elle se irá a Nueva York. Bárbara le ha llamado.

Le miré absorta.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté.

—Creí que lo sabías —aseguró. Bárbara le ha ofrecido la dirección de la sede en Manhattan.

—¿Es una broma? —sondeé.

Negó.

Nos habíamos ido un fin de semana a Los Ángeles y daba por sentado que todo empezaba a mejorar pero no. Ahora mi mejor amiga se irá a Nueva York,

me desconcertaba que me lo hubiera estado ocultando y que seguramente también se lo estuviera ocultando a Ben.

—Bárbara me lo propuso hace una semana —dijo nada más le abordé. Accedí de inmediato.

—¿Pero por qué? —inquirí. ¿Y por qué no me lo habías contado?

—No quería hablar de ello —sostuvo. Necesito pensar cómo se lo diré a Ben. Se me echará encima en cuanto lo sepa.

Asentí.

¡Y tanto que se le echaría encima!

En los últimos meses aquel había estado haciendo de todo para que ella estuviera tranquila y ahora le saldría con que se iría a Nueva York y se llevaría a sus hijos.

—No lo permitirá —le advertí. Te ama y ama a los niños. Así que ya puedes irte olvidando de Nueva York.

—¿Pero cómo puedes decir que me ama? —se alteró. ¿Acaso olvidas todo el mal que me ha hecho?

—No —manifesté. Pero tampoco olvido el bien. Si, se ha comportado como un imbécil y en Ballyhack te humilló pero no era lo que pretendía. Se lo contó a los chicos. Les dijo que en cuanto te vio sintió el deseo de besarte y decir que no le importaba lo que había sucedido, pero luego la rabia le cegó.

—Pero me dijo que —titubeé.

—Si —expuse. Lo hizo y asegura que aquel fue su error. Se sintió débil al haberte ido a buscar, al besarte y desearte como lo estaba haciendo, y por esa razón fue que hizo lo que hizo.

—Deseaba lastimarme —aseguró. Y en especial hacerme saber que podía tomarme cuando y como quisiera.

—No —le contradije. Elle, eres muy importante para él. Jamás te ha visto como un objeto. ¿Crees que de ser así los chicos, y en especial Ethan, le hablarían?

Negó.

—Eso está mejor —apunté. Necesitas confiar en él. Sobre todo ahora que piensas irte a Nueva York. Él querrá tener a los niños consigo y eso te

obligará a confiárselos.

—Si realmente me quiere no me someterá a eso —dijo.

—Elle —le cogí de la mano. Son sus hijos. Les ama tanto como tú.

Capítulo 21

Darrell

Ben y yo estábamos en el bar, me había levantado para buscar unos tragos y cuando vi en dirección a la puerta Elle entraba al lugar. Aquella noche el local estaba vacío, Ben y yo nos habíamos sentado en una de las mesas del fondo pero en cuanto vio a Elle se puso de pie y fue a su encuentro.

—¡Eh! —susurró. ¿Qué ha sucedido?

—He venido a hablar contigo —sostuvo.

Ben asintió.

En ese momento me acerqué, le di un beso a Elle y tras un brevísimo instante hablando de los niños me alejé.

—¿Así que es aquí donde vienes? —agregó recorriendo con la mirada el recinto.

Ben asintió.

—Debí suponerlo —sostuvo ella. Se parece al bar de Maureen. Debe hacerte sentir como en casa.

Ben suspiró.

—¿Quieres una cerveza? —le preguntó.

—No —contestó cogiéndole de la mano y consiguiendo que éste se quedara paralizado. No me quedaré mucho tiempo. Ya te dije que sólo vine a hablar.

Poco después Elle empezó a decirle que sabía que se había disculpado con los chicos y que además les había contado lo arrepentido que estaba por lo de Ballyhack.

—Elizabeth, yo —titubeó.

—No —suplicó ella. Ya olvídale. Ahora sólo quiero que las cosas entre nosotros mejoren. Estuve enfadada mucho tiempo pero ver peligrar a mis hijos

me ha hecho recapacitar.

—No —manifestó él. No fue tú culpa. Fui yo quien se comportó como un imbécil al enterarme de aquel plan.

—Lo lamento —se disculpó. No debí. Estaba molesta porque salías con Cindy así que me dejé tentar por la idea de separarles.

Ben sonrió.

—Y me alegra que lo hayas hecho —dijo. Yo sólo buscaba darte celos. Estaba colérico porque me ignorabas.

—Pero yo te mentí —apuntó. Te hice creer que deseaba tener un hijo.

—Y fue lo que hiciste —le cogió de la mano. No sé cuando cambiaste de idea pero en cuanto lo supe me sentí feliz.

—Sucedió cuando pensé que te haría daño al decirte que no habría bebé —suspiró. No podía imaginar que te rompería el corazón y mucho antes de que me oyeras hablando con Christie ya había dejado de cuidarme.

—¿Te arrepientes? —le preguntó.

—No —dijo. Es sólo que no puedo evitar pensar que hice que me odieras.

—No —le acarició la mejilla. Nunca lo he hecho ni lo haré. Cielo, tú me has dado lo más valioso que tengo y eso te hace la mujer más importante del mundo.

—Pero —titubeó.

—No —le cubrió los labios con sus dedos. Quiero que dejes de pensar en lo que sucedió. Sé que deseas disculparte por lo que hiciste pero eso no fue nada en comparación con lo que te hice yo. Te herí, te ofendí y por si fuera poco me burlé de ese amor que tanto había deseado que sintieras por mí.

Elle le miro.

Poco después le vi refugiada en los brazos de Ben.

Aquella misma noche Elle le contó que se marcharía y Ben sintió que el mundo se le venía encima, pero no se opuso. Le amaba y adoraba a sus hijos, pero también sabía que si quería demostrarle que confiaba en ella ese momento había llegado.

Debían separarse y empezar a vivir sus vidas, y sólo poco después de aquel encuentro prácticamente fue lo que ocurrió. De hecho tuvo lugar tras la

sorpresiva boda de Ethan y Mel, después que Ben me invitara a ser su socio en el bufete, y que él y los pequeños se fueran a Ballyhack.

Sí, Elle se había estado negando a que Ben pasara tiempo con sus hijos pero ahora le había permitido que se los llevara al otro lado del océano. Estaba claro que las cosas empezaban a cambiar entre ellos y a todos nos alegraba. Elle sonreía, Ben se sentía feliz pero odiaba que no estuviera con él.

La amaba y estando en Ballyhack no sólo lo confirmó sino que no dudó en adelantar su regreso a Chicago para decirle que estaba dispuesto a hacer lo que fuera si tan sólo le permitía estar cerca.

—Te necesito —le dijo nada más tenerla entre sus brazos. Me siento vacío sin ti.

—Ben no —le suplicó ella. Lo hablamos. Prometiste que no volverías a hacer nada de esto.

—Lo sé —le acarició los labios. Pero no puedo.

Elle suspiró.

Aquella noche los chicos dormían, Elle debía salir y le había pedido que se quedara.

No obstante, fue verla y los celos empezaron a inquietarle. Llevaba el cabello recogido en una trenza, el maquillaje natural, los zapatos de aguja pero el vestido, un elegante y super ceñido en color púrpura que Ben le había regalado cuando habían estado en Nueva York, definitivamente eso era lo que le impedía soltarle.

—Estás hermosa —le confesó.

—¡Ben, basta! —le suplicó de nuevo.

—No —le ignoró. No me pidas que me calle. Me encantas y no imaginas cuanto deseo arrebatarte ese vestido y hundirme en ti.

—¡Ben, por favor! —se avergonzó. ¡Detente!

—No quiero que salgas vestida así —le pidió. Eres mi mujer y no quiero que otros te vean así de sugerente. Quiero ser el único que tenga ese privilegio.

—¡Ben, para! —se apartó. Tengo una cita y prometiste cuidar de los niños.

—Cielo, no vayas —volvió a cogerle. ¡No ves que estoy muriéndome de

sólo imaginar que te has arreglado así para otro?

Elle le miró.

—No puedo creer que me estés montando esta escena tan ridícula —le acusó.

—Estoy celoso —confesó. Y me revienta pensar que alguien intenta seducirte.

Ella resopló.

—Ben, acabaré pensando que estabas bebiendo —dijo. De modo que, sólo por esa razón ignoraré lo que estás haciendo.

—Elle, cariño —titubeó él.

Elle negó.

Inmediatamente después se apartó, cogió su cartera, se dirigió hacia la puerta y poco después Ben le vio subir en un coche que le esperaba delante de la casa.

Minutos más tarde el teléfono de casa sonaba, Christie se puso en pie, lo cogió y casi al instante Ben le preguntó por el paradero de Elle.

—¿Pero es que te has vuelto loco? —dijo. No te lo diré.

—Se que está con un hombre —aseguró Ben. ¿Cómo puedes encubrirle?

Christie agitó la cabeza.

—Está en Boka —dije tras levantar la otra línea. Ha ido con Gibson.

Ben se quedó sin aliento.

—¡Darrell, nooo! —me gritó. No es lo que están pensando. Y tú Ben, no te atrevas a presentarte en ese lugar. Perderás a Elle para siempre.

Ben le ignoró.

Casi al instante se subió al coche y se dirigió al restaurant donde le había dicho que encontraría a Elle.

Capítulo 22

Mel

Christie intentó advertirle a Elle que Ben se aparecería donde estaba pero fue imposible. Elle no cogió el móvil y no fue hasta el día siguiente que supimos lo que había sucedido.

Ben se presentó en Boka, se dirigió a la mesa donde estaba Elle y en cuanto descubrió que no sólo estaba con Gibson se quiso morir. La cena la había organizado Bárbara, estaban algunos de los directivos de la editorial y la razón era para finiquitar el ascenso de Elle, y su traslado a Nueva York.

—¡Ben! —exclamó nada más verle. ¿Pero qué haces aquí?

—Cariño, yo —le miró avergonzado. Creía que...

—¿Donde están Jerry y Nathaly? —se puso en pie.

—Les he dejado en el coche —confesó.

Elle negó.

Poco después se echó a correr, buscó el coche de Ben en el parking y en cuanto lo localizó notó que los niños estaban dormidos.

—Cielo —murmuró él tras alcanzarla.

—Nooo —gritó ella dándole una bofetada. ¿Cómo has podido traerles?

Ben tragó.

—Cariño, me volví loco —intentó cogerla. Creía que...

—Nooo —se apartó. No te atrevas a excusarte y mucho menos después que has puesto en peligro a mis hijos.

En ese momento Gibson apareció y tras él Bárbara que fue prudente, y prefirió quedarse atrás.

Aquella noche el restaurant estaba a tope y todos los que llegaban no hacían más que detenerse a presenciar la escena. Era dantesca. Boka era uno de los

restaurantes más exclusivos de la ciudad y jamás sus clientes habían presenciado algo parecido.

—Elle —dijo Gibson. ¿Está todo bien?

Elle asintió llorando.

—Bien —fingió creerla. Entonces me iré. Sólo quería decirte que la directiva se ha marchado, que están contentos con tú traslado y que ansían verte en Nueva York cuanto antes.

Elle volvió a asentir.

Minutos más tarde le arrebató las llaves del coche a Ben y se dirigió a casa sin parar de llorar.

Al día siguiente Bárbara le llamó, le dijo que sentía muchísimo lo que había sucedido y que si deseaba irse a Nueva York esa misma semana podía hacerlo. La editorial ponía a su disposición un departamento así que sólo tenía que recoger sus cosas y marcharse.

De suerte para Ben, Elle no aceptó. El cumpleaños de Jerry estaba cerca, ella había organizado una comida para celebrarlo, y además quería aprovechar para dejar todo arreglado en Chicago.

Había puesto en venta la casa, estaba en la búsqueda de un departamento que le gustara, que le hiciera sentir cómoda y donde sus hijos se sintieran a gusto ya que aquel sería su hogar por mucho tiempo.

Tardó menos de un mes en dar con aquel sitio, menos de una semana en ponerlo en condiciones y sólo días en ocuparlo. Tras su ausencia todos sentimos como si nos hubieran mutilado. Elle era nuestra amiga, se había ido lejos y con ella una parte de nuestra historia.

Ben por su parte también se había distanciado, aunque continuaba en Chicago. Se había sumergido en el trabajo y ahora que él y Darrell eran socios, y sus labores se habían multiplicado, verle era casi una odisea.

Yo lo hacía porque era la asistente de Darrell, trabajaba en la misma planta que Ben, estaba embarazada y éste siempre se mostraba interesado por mi estado.

Supongo que debía recordarle cuando Elle estuvo embarazada de Jerry y él no podía acercársele, cuando debió pasar sola el embarazo de Nathaly y él lo

ignoraba, y ahora que se había marchado; que lo había hecho con sus hijos, y que él era quien lo había provocado.

Fue un año difícil pero en la medida que pasaba el tiempo asumimos que tal vez aquello había sido lo mejor. Elle se había centrado en la dirección de la editorial, empezaba a recuperarse y cada vez que mencionábamos a Ben ya no parecía hacerle daño.

Lo había estado superando y al menos yo estaba feliz por ella. No obstante, sabía que por mucho que consiguiera olvidar y pasar página, Ben continuaba en su vida. Era el padre de sus hijos, se veían dos veces al mes cuando éste iba a recoger a los chicos en Nueva York y luego cuando debía devolvérselos tras quedárselos con él el tiempo que habían acordado.

Era su penitencia. Le gustara o no, lo hubiera superado o no, le doliera o no, aquella era su penitencia. Para Ben, en cambio, era el único momento de su existencia que sentía que estaba con vida. Adoraba estar cerca de sus hijos, y habría dado todo cuanto tenía porque aquello fuera permanente, pero también por estar cerca de Elle.

—Ni siquiera sé cómo ha permitido que pase tanto tiempo sin hacer nada —murmuró Darrell. Se trata de sus hijos y de la mujer que ama. ¿Por qué está siendo tan impasible?

—¡Darrell, basta! —le instó Christie. Elle está aquí, ha venido de Nueva York y no quiero que se moleste por ningún comentario sobre Ben.

Darrell negó.

Estábamos en casa de aquellos y nos habíamos reunido la víspera de navidad.

—Le dije a Ethan que prefería quedarme en casa pero el muy tonto me ha obligado a venir —confesé. Me siento como un contenedor y odio no poder vestirme como tú y Christie. Se ven tan guapas con las pintas que llevan puestas.

Elle me abrazó.

Luego me juró que no me veía mal pero sé que mentía.

Ella ya había pasado por aquel episodio en el que tú armario no es más que la tumba de unas prendas que nunca más te quedarán, pero quería animarme y

no paraba de decirme que apenas naciera el bebé todo volvería a ser como antes.

—Mentirosa —le acusé. Sabes que tendré que deshacerme de toda mi ropa y ya ni hablar de mis rutinas. El bebé no ha nacido aún y ya no duermo, no salgo más que al trabajo, en mi cabeza sólo yace la idea de comprar esto o aquello para el peque y la lista de pediatras que estaba analizando era tan grande que de no ser por Ahmed, aún no tendría médico.

—Pues deberías relajarte —nos interrumpió Darrell. Con el segundo bebé las cosas seguramente serán más fáciles. Los errores de primeriza quedarán en el pasado y apenas recordarás que los cometiste.

Entorné los ojos.

¿Acaso estaba insinuando que él y Christie se animarían con un segundo bebé?

—¡Ni hablar! —intervino aquella. Adoro a Max y juro que es lo más grande que tengo en la vida pero temo que será hijo único. Si no fuera porque mi madre suele llevárselo todos los fines de semana no sé si mi vida íntima aún existiría.

Todas nos carcajamos.

Darrell le cogió y le besó.

Minutos más tarde nos habíamos dispersado. Darrell y Christie habían ido a saludar a unos amigos, Elle se había quedado conversando con Hannah y yo me había alejado a la mesa para picar algo.

Justo cuando lo hice vi a Ben aparecer. Lucía de infarto, tenía el cabello recortado, su barba había desaparecido, el traje que llevaba puesto se le ajustaba como un guante y aquel perfume que Elle le había obsequiado se había convertido en su esencia natural.

Nada más verle, Nathaly y Jerry corrieron a su encuentro.

—¡Hey! —dijo cogiendo a ambos al mismo tiempo. ¿Qué tal están?

Jerry asintió aferrándose a su cuello.

Poco después Ben les dio un beso, les instó a que fuera a jugar con Max y luego se me acercó.

Debía querer acercarse a Elle pero aquella estaba de espalda, conversaba

con Hannah, luego con Louis y dos de los nuevos fichajes de la editorial, así que pensó que no era un buen momento para buscarle.

—¿Cómo estás? —me plantó un beso en la mejilla. ¿Qué tal te fue con el médico?

—Saldré de cuentas en un mes —dije. Finalmente será cesárea.

—Genial —asintió. Le diré a Raquel que se haga cargo de poner al corriente a tú sustituta.

Sonreí.

Definitivamente era guapísimo y sus atenciones eran toda una invitación a admirarle.

Tras conversar unos minutos dijo que iría a saludar a Christie, que debía decirle a Darrell un par de cosas y que aprovecharía para buscar a Ethan, quien repentinamente se había esfumado del departamento.

Poco después, y hastiada ya de esperar que Ethan apareciera, me recosté en aquel diván que Christie tenía en el salón y entonces fue cuando vi la escena que no esperaba ver aquella noche.

Era Ben acercándose a Elle por la espalda, plantándole un beso en la mejilla y situando su mano justo sobre su vientre. Al sentirle cerró los ojos, un escalofrío debió recorrerle la medula, dirigirse a su estómago y finalmente bajar a su útero donde Elle le contuvo.

Sabía que se trataba de Ben pues había sentido su perfume, pero también porque nadie en aquella sala se habría osado a acercarse del modo que Ben lo estaba haciendo.

—No —le impidió que se volviera para verle. Quiero que nos quedemos así.

Elle trago.

Inmediatamente Hannah y los chicos se apartaron y entonces ella y Ben se quedaron a solas, lo que permitió que aquél desplazara su mano un poco más debajo de donde reposaba.

—¡Ben! —titubeo ella. ¿Qué haces?

Él sonrió.

—Te juro que me enloquece verte con vestido pero en el último año el traje

de ejecutiva se ha ganado todo mi respeto —susurró. Tú trasero se ve espectacular y créeme cuando te digo que de no ser porque estamos aquí ya habría reclamado ese rincón de tú cuerpo que aún no he tocado.

Elle se quedo sin aliento.

—¡Eres un imbécil! —se volvió bruscamente sorprendiéndose al verle sin barba. No sé cómo te atreves a acercarte a mí de ese modo.

—Eres mi mujer —volvió a susurrarle. Por esa razón me atrevo.

Elle negó.

—Veo que has bebido —le miró con hastío. Eres un...

—Ni una sola copa para tú información —le aseguró. He pasado todo el día de compras, luego fui a casa, me arreglé para venir a la cena y aquí me tienes. Sobrio.

—No vuelvas a tocarme —le pidió ella. Me molesta que lo hagas.

—Mentirosa —le cogió de la cintura. Sé que te gusta. Siempre te ha gustado y ahora mismo puedo verlo en tus ojos.

—¡Suéltame! —le exigió.

—No —respondió él. Lo haré sólo si me das un beso.

En ese momento ambos se quedaron en silencio y entonces pensé que Ben le besaría pero no. En su lugar siguió provocándole y lo hizo hasta que notó que Elle se molestaría de verdad.

—Veo que tienes nueva imagen —manifestó ella al no saber qué hacer. ¿Qué ha sucedido con la anterior?

—A mi mujer no le gusta —confesó. Le irrita mi aspecto y cree que soy un alcohólico. No obstante, yo a ella la quiero tal como es, preciosa y provocativa, pero también nerviosa como está ahora mientras le abrazo y le digo que si he venido a esta fiesta es por ella, que no saldré de aquí sólo con mis hijos, y que ya puede esconderse que igual la encontraré y me la llevaré.

Elle tragó.

Capítulo 23

Quise morir cuando al salir de la casa de Christie noté que uno de los neumáticos del coche que había rentado para trasladarme aquellos días estaba completamente vacío.

—Ven, sube conmigo —dijo Ben al verme hecha una furia. Te llevaré a casa de Clare.

Negué.

—¡No sé cómo has podido! —le acusé. Mira que valerte de algo así.

—Cariño, no se dé que me estas culpando —dijo.

Le miré con incredulidad.

Estaba completamente segura que se burlaba de mí.

—Venga —insistió. Sube. Te llevaré con Clare.

Negué nuevamente.

—Me iré en un taxi —dije sacando el móvil de mi bolso y marcando a una de las empresas de la zona. Y tú vete que los niños están dormidos.

—No —me arrebató el teléfono y cogió de la cintura. Es tarde y no permitiré que subas al coche de un desconocido.

Tragué al tenerle tan cerca y saber que estábamos solos en medio de la calle.

—Ben, no sé a qué estás jugando pero te advierto que no me gusta —dije. Como bien has dicho es tarde y Clare debe estar preocupada porque no he llegado. Devuélveme el móvil al menos para llamarle.

Se negó.

—Te lo devolveré si subes al coche, te vienes a casa y dejas ya de pelear —planteó. Quiero que veas la habitación de Jerry, que me digas qué te parece y si quieres que cambiemos algo.

Me quedé pensativa.

No tardamos más que unos minutos en llegar a su residencia.

Al bajar del coche él cogió a Nathaly, yo me hice cargo de Jerry y les llevamos a sus habitaciones. Recuerdo que al volver al salón me eché a reír al ver la atípica forma como estaba decorado el árbol. Era una locura.

—El mérito no es mío —dijo. Nathaly se ha encargado de la parte donde están todas las *Bratz*. La parte de las motos es obra de Jerry.

Volví a reírme.

—He visto la habitación —advertí poco después. El blanco de las paredes y el papel de *El rey de la selva* ha sido un detalle. Has reproducido su habitación de Nueva York. Debí imaginarlo. Nathaly me contó que habían ido de compras. No quiero imaginar todo el tiempo que debió llevarte.

—La decoradora me ayudó —confesó. No obstante, no estoy seguro de que haya quedado igual. Todavía no he conseguido que duerma toda una noche allí. Me preocupa que los dibujos sobre el papel no sean los mismos.

—Lo son —aseguré. De hecho es exactamente igual. El problema es que le has estado malcriando y llevas haciéndolo desde que se queda aquí. En cuanto le oyes llorar le llevas a dormir contigo.

Cerró los ojos avergonzado.

—Si —apunté. Lo sé desde el principio. En Nueva York empezó a llorar así que ahora duerme conmigo.

—Lo lamento —se disculpó. No pretendía causarte ningún problema. La cuestión es que aún me resulta pequeño y no soporto oírle llorar. Me parte el corazón. Me pasaba también con Nathaly.

—Tú sólo intenta que duerma alguna vez en la cuna —le aconsejé. Será bueno para todos.

Inspiró.

—Pero olvidémonos de eso —agregué cogiendo mi bolso y extrayendo un sobre del interior. Te he comprado algo. Bueno, de hecho es para los chicos pero van a necesitar de un adulto. Recordé que una vez querías llevar a Nathaly a Disneyland pero luego no pudiste. El caso es que ahora estaría bien que lo hicieran pero si por alguna razón la respuesta es no, entonces dejo a tú criterio qué hacer con las entradas.

—Desde luego que puedo —tomó el sobre sorprendido. De hecho creo que

es el mejor regalo que podía recibir. Me he quedado pasmado porque no puedo evitar recordar todas las discusiones que tuvimos por esto.

—Lo sé —le di la razón. Y créeme que lo siento. Fui muy dura contigo por entonces.

—No —me contradijo. Fue mi culpa. No supe manejar la situación y acabé comportándome como un imbécil.

—Ben, yo —titubeé.

—Cielo, no quiero que vuelvas a culparte por nada —dijo. El torpe fui yo.

Bajé la mirada.

—Cariño, he dicho que no quiero verte así —me cogió de las mejillas y me obligó a verle.

Asentí.

—Por cierto —agregó luego inclinándose en el árbol para coger un paquete que puso en mis manos. También tengo algo para ti. No es mío pero me pidieron que te lo hiciera llegar y que te dijera que dentro hay una nota.

Le miré extrañada.

Al abrirlo descubrí que era una fotografía de Nathaly y Jerry junto a Ben, sus padres y Maureen. En la nota decía: *Gracias por traer ángeles a esta familia.*

Me emocioné.

—Mamá sabía que te gustaría —me acarició la mejilla.

—Ben, no —dije al presentir sus intenciones. No sigas.

—No puedo evitarlo —se aproximó. Desde que te fuiste a Nueva York yo...

—No —le supliqué. Lo prometiste.

—Y no lo he olvidado —murmuró. La cuestión es que te quiero y en cuanto te tengo cerca no puedo evitar sentir el deseo de besarte y hacerte mía.

—¡Ben, por favor! —le supliqué una vez más.

—Sólo déjame besarte —insistió. Prometo que luego me alejaré. Sabes que podría hacerme con ese beso pero quiero que me correspondas.

—¡No! —volví a oponerme. Siempre lo dices para que acceda pero el caso es que nunca te alejarás.

—Porque sé que tú no quieres que lo haga —acarició mis mejillas. Me deseas tanto como yo a ti pero crees que por confesarlo todos te juzgarán.

—Me iré —gemí al sentir sus caricias. Suéltame.

—No —me sujetó con fuerza. No lo haré. Sé que deseas quedarte, que te bese, que te diga cuanto te he echado de menos y que te haga el amor como en Nueva York. ¿Lo recuerdas?

—No —balbucí.

—Desde luego que sí —sonrió. Sé que lo recuerdas. Fingías que no te importaba pero cada vez que lo hacíamos te entregabas toda.

—No quería mentirte —dije.

—Lo sé —me besó. Sentías celos. Como yo cuando te fuiste con Gibson.
Suspiré.

Minutos más tarde estábamos en la habitación, recostados sobre la cama, él me besaba mucho, me decía que había soñado con aquel instante desde la última vez que estuvimos juntos y que para nada se refería a la noche en Ballyhack.

—Cada encuentro contigo es especial y quiero que siga siendo así —dijo. Por eso te prometo que jamás volveré a tocarte como aquella vez.

Le besé.

Luego empezamos a desnudarnos.

Ben se deshizo de mi chaqueta y casi de inmediato de mis pantalones y yo le ayudé con el suyo. Aunque no se lo hubiera dicho, yo también estaba deseando aquel instante. En el tiempo que llevaba en Nueva York no había siquiera intentado salir con alguien. Bárbara me había invitado a algunas fiestas pero no conseguía conectar con nadie.

Pensaba demasiado en Ben. Algunos días puede más que otros pero siempre estaba en mi cabeza. Era como si se hubiera apoderado de ésta y la cosa iba a peor el fin de semana que iba a buscar a los niños. Enloquecía.

Buscaba verme increíble así que la víspera de su visita siempre me iba a la peluquería y me ponía guapa. Necesitaba sentirle decir que estaba preciosa. Era mi manera de compensar el enorme vacío que sentía al no tenerle conmigo.

—¿Por qué no fuiste a buscarme? —le reproché. Soñaba que un día te aparecieras y dijeras que habías ido por mí.

Me besaba pero entonces dejó de hacerlo para verme a los ojos.

—No quería perderte —dijo. Te había hecho una promesa y quería que supieras que la cumpliría.

—¿Cómo? —sostuve. ¿No haciendo nada?

—Cielo —suspiró. No sabía que te sentías así. ¿Por qué no me lo contaste?

—¿Estaba molesta! —le aparté y me senté. Me arreglaba para ti. Quería que me dijeras que habías ido a buscarme y que no te irías de allí sin mí.

—No quería hacerlo —se sentó a mi lado. Ni siquiera llegas a imaginar las veces que estuve a punto de cogerte junto con los niños y traerte a casa. Mi vida sin ti ha sido un calvario. Nuestros hijos eran lo único que me hacían sentir que no todo estaba perdido.

Bajé la cara. No me encontraba bien así que me puse en pie pero Ben me cogió de la mano para que no me alejara.

—Elizabeth, por favor —dijo. Quédate.

Me volví para mirarle.

Sus ojos parecían suplicantes.

Me abrazó, se hizo con mi boca y empezó a besarme suavemente hasta que se detuvo y suspiró. Acto seguido me hice con su boca y tras besarle con la misma pasión que él a mí me detuvo y acabé mirando al techo mientras sonreía.

—¿Qué es? —dije viendo un pequeño punto verde en la lámpara.

—¿El qué? —preguntó mirándome con curiosidad.

—Ese punto verde —señalé con el dedo.

Miró en la dirección que le señalaba y se quedó en silencio.

—¿Es, es una cámara? —titubeé alejándome para ver mejor el punto.

—Sí —confesó. Es la cámara del sistema de seguridad.

Abrí la boca.

—¿Ben, intentas decir que hay una cámara en la habitación? —me exalté.

—Cielo, es sólo el sistema de seguridad —insistió. Las hay por toda la casa.

Le miré absorta.

—¿Desde hace cuanto están? —pregunté. Desde cuando graban.

El negó con la cabeza.

—¡Oh, por Dios! —chillé inclinándome sobre la cama y cogiendo mi ropa.
—Elizabeth, espera —dijo cogiéndome del brazo. No es lo que estás pensando. Es sólo un sistema de seguridad.
—¿Estaban cuando vine la primera vez? —inquirí.
Asintió con la cabeza.
Negué.
—Quiero verlo —dije. ¡Y no te atrevas a decirme que no la conservas porque no te creo!
—Cielo —susurró.
—¡Necesito saber que pasó aquella noche! —grité.
Me abrazó con fuerza.
—Sólo hicimos el amor —buscó calmarme. No hay nada que ver. Créeme.
Le empujé.
—Ben, quiero ver ese video —insistí. ¿Dónde lo tienes?
Suspiró mirando su teléfono.
—¿En serio? —mascullé.
—Es un sistema integrado —dijo. Mi móvil funciona como receptor. No pienses que lo guardé allí por...
Me mostré incrédula.
¿Por qué iba a creerle cuando hasta entonces me había ocultado que tenía un video?
Le esquivé. Me senté en la cama, cogí el teléfono y luego me quedé en silencio. No sabía si quería mirar lo que había en aquel video. No recordaba lo que había sucedido, durante mucho tiempo viví culpándome por ello y ahora estaba a punto de saber la verdad.
—Cielo, no tienes que verlo —se arrodilló frente a mí. No es necesario.
Las lágrimas empezaron a descender por mis mejillas.
—Necesito hacerlo —dije. Quiero pasar página. Cerrar ese capítulo.
—No —me abrazó. No digas eso. Aquella noche nos amamos.
—¿Y entonces por qué no quieres que lo vea? —hipé. ¿Por qué?
Suspiró.
—No quiero que le des importancia —confesó. Es sólo eso.

—Entonces déjame verlo —insistí entregándole el móvil para que buscara la grabación.

Accedió.

Luego cogió el teléfono, tecleó una clave, buscó lo que le estaba pidiendo y me lo puso en las manos.

—Sal de la habitación —murmuré. Quiero verlo a solas.

—Elizabeth, no —me cogió de las mejillas.

—Por favor —le supliqué.

Poco después estaba sola. Me limpié la nariz, respiré hondo, y luego presioné la tecla de inicio y el video empezó a transmitir.

Todo comienza en el salón. Recordé aquella parte porque fue al principio. Acabábamos de entrar a la casa, él me señaló el ventanal, yo me dirigí hasta allí y me quedé contemplando la vista.

Minutos después Ben se me acerca, me entrega la primera copa con aquel licor dulce, hablábamos sobre lo que las personas pensaban sobre los hombres como él y luego sobre qué me parecía el trago y la casa.

Transcurre un tiempo. Ben me sirve un par de tragos más, me pide que no beba a prisa pero no le obedezco, sino que acabo bebiendo más de lo normal. Sonrío, él intenta convencerme de que ha sido suficiente, me resisto, cojo la botella y acabo bebiendo directo.

No cabe duda que he perdido el control. Canto una canción mientras permanezco recostada en el sofá, me rio cuando olvido un trozo de la pieza y Ben también hace lo mismo. Está muy lejos de donde estoy pero me mira y me mira, y sólo se acerca al ver que intento ponerme en pie, me tambaleo y acabo en sus brazos.

—Creo que deberías dejar de beber —murmura y de inmediato coge la botella de mi mano.

Tras dejarla sobre la mesa me sujeta con ambos brazos, sugiere que debería acostarme, dice que me llevará a la habitación de invitados, pero sonrío. Su propuesta me resulta absurda así que le digo que creía que me había invitado a su casa más que para ver las vistas, probar un licor hecho por su madre e irme a dormir.

Guarda silencio. Sigue sujetándome, siento su aliento y acabo notando que nuestras bocas están a una distancia tan ridícula que no comprendo por qué no me ha besado. Lo hago yo, sus labios me corresponden, se apoderan de los míos y lo hacen de una forma tan apasionada que me adormece.

Respiró, le pregunto si aún quiere que duerma en la habitación de invitados pero me mira, me acaricia las mejillas, niega con la cabeza y entonces yo le empujo al sofá y termino ahorrajada sobre él.

Inmediatamente después retomamos nuestro beso. Sus manos descansan sobre mis caderas pero luego empiezan a recorrerme toda la espalda, aunque mi vestido le impide ponerse en contacto con mi piel. Duda si quitármelo así que vuelve sus manos a mis caderas y luego baja hasta mis muslos a los que se aferra y acaricia con moderación.

—Espera —sonríe e inmediatamente me llevo las manos atrás, bajo la cremallera del vestido y dejo al descubierto mis pechos.

Los mira por unos segundos pero luego sube hasta mis ojos, me coge de la nuca y me empuja contra él hasta que nuestras bocas vuelven a conectar. Está extasiado, sus manos vuelven a mis muslos pero tomo una y la pongo sobre uno de mis senos.

Quiero que me toque y se lo digo, así que no tarda en complacerme y presiona con suavidad hasta que su boca es la que se hace cargo de consentirme.

Juguetea con mis pezones, sus manos ya se sienten dueñas de mi cuerpo, está muy extasiado pero no parece preocupado por él. Sigue vestido, no intenta siquiera quitarse la camisa, así que le susurro al oído que le quiero desnudo y de repente suelta el pezón que sujeta con sus labios y me pregunta si estoy segura.

Asiento y le vuelvo a besar. Lo hago mientras suelto uno a uno los botones de su camisa y acabo dejando al descubierto su maravilloso torso. Puedo sentir que está fuerte así que me excito muchísimo, le beso, siento sus manos apretarme el trasero, así que deslizo las mías en busca de su cinturón, lo desato y en nada tengo a la vista su enorme erección.

No puedo evitarlo. Sonríe al verme. Ben me sujeta del trasero, me pregunta si

me gusta lo que estoy mirando, yo asiento y además le digo que estoy dispuesta a demostrárselo. Acto seguido me aparto, él intenta cogermelo pero no sólo acabo haciéndolo sino también poniéndome de pie, dejando caer mi vestido al suelo, apartándolo y luego me arrodillo frente a él e introduzco su pene en mi boca.

Emite un suspiro. Sujeta mi cabeza con delicadeza y luego recoge mi cabello con una mano mientras con la mía sujeto su miembro, lo masajeo de arriba hacia abajo, succiono sus testículos, los acaricio con mi lengua, subo hasta la cima y acabo cubriéndola con mis labios.

Ben gime. Lo hace una y otra vez mientras me siente chupar, llevar su miembro hasta mi garganta y mirarle a los ojos.

Justo entonces me toma de la mano, consigue que me ponga en pie, sus manos recorren mis caderas, se detienen en los bordes de mi tanga y la desliza lentamente hacia abajo mientras se aproxima a mi pubis, lo besa y susurra que quiere estar dentro.

Asiento.

Inmediatamente después le sujeto de las mejillas, él dice que quiere llevarme a la habitación, sonrío y me siento nuevamente ahorrajada sobre él mientras su pene me desgarró. Ambos gemimos, Ben me toma de la nuca, me besa nuevamente y dice que no le he dado tiempo a ponerse un preservativo:

—No importa —jadeó. Tú sólo llévame al cielo.

Capítulo 24

Dejé caer el móvil al suelo. Sentía que había visto suficiente y que no resistiría ver un segundo más de aquel video. Me había pasado mucho tiempo creyendo a Ben culpable de lo que había sucedido y de haberme embarazado, cuando lo cierto era que yo había participado de todo y por las imágenes hasta lo había disfrutado.

—Elizabeth, cielo —le oí decir al otro lado de la puerta. Permíteme entrar. Sollocé.

No quería verle porque no sabía qué decirle. Sentía vergüenza y ni siquiera podía imaginar verle a la cara después de lo que sabía. Hacía mucho tiempo que había descubierto lo hermoso que era estar con él pero ahora sólo me sentía sucia.

—Preciosa —se acercó tras acceder a la habitación y verme llorar. No quiero verte así.

—Actué como una... —hipé.

—No —me abrazó. No vuelvas a decir eso. No quiero oírtelo decir nunca más.

—Lo has sabido todo el tiempo y no te importó que te culpara —dije. ¿Por qué?

—Porque yo estaba contigo —sentenció obligándome a verle. Eso que sucedió nos pertenece a ambos.

—¡Ben, ni siquiera nos conocíamos! —espeté. ¡Y yo te odiaba!

Me abrazó con fuerza.

—No me importa —murmuró. Sé que no te gustaba y que seguramente de haber estado sobria nada habría sucedido, pero el caso es que las cosas no sucedieron así y no llegas a imaginar cuanto me alegro. Desde antes de aquella noche te desee pero después de aquella noche entraste en mi vida y te hiciste

imprescindible para mi, y no quiero que eso cambie. Cielo, fue precioso. No debes darle importancia a los detalles.

—No he podido verlo todo —dije. Me siento avergonzada.

—Pues, no lo hagas —confesó cogiéndome del mentón. Eres la mujer que amo y no quiero que te sientas mal por nada. Si te sirve de algo, el resto del video seguimos siendo tú y yo haciendo el amor, yo te confieso que me gustabas desde que nos conocimos y luego nos quedamos dormidos.

Le miré.

Él se aproximó a mis labios y los acarició con un beso.

A la mañana siguiente cuando me desperté me encontré sola en la habitación. Sentí un suave aroma a tierra mojada y al incorporarme los recuerdos de la primera vez que desperté en aquel recinto me invadieron. Contrariamente ahora no me sentía mal, recordaba perfectamente la noche anterior y a Ben prometiéndome que me haría feliz.

Sonreí a pesar que un ligero sentimiento de culpa me embargaba pero que no pudo mermar el instante que Ben quiso ofrecerme. Había llenado la habitación de rosas como en Nueva York y sobre la mesita de noche había dejado una nota donde decía que me amaba.

Me preguntaba cuando había hecho todo aquello y cómo había conseguido que no me despertara siquiera. Debía estar exhausta y temo que lo constaté en cuanto vi el reloj del despertador. Pasaban de las 10:00 de la mañana, afuera hacía un día precioso, las aves que volaban cerca del lago se oían felices, y tanto o más Nathaly y Jerry.

Podía oírles gritar emocionados.

Supuse que mientras abrían sus regalos.

—¡Buenos días! —oí decir a Ben en cuanto me presenté en el salón y localicé a los niños eufóricos alrededor del árbol. ¡Feliz navidad!.

Le miré y sonreí tímidamente.

—Estás preciosa —se aproximó a abrazarme. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien —dije. Algo descolocada por la hora que es pero bien.

—Siento haberte dejado sola —se disculpó. Los niños se han levantado antes.

—No te preocupes —sostuve.

—Si estas cansada vuelve a la cama —me acarició la mejilla. Yo me haré cargo de los chicos.

—No —dije. Quiero quedarme con ellos. Están felices y me gusta verles así.

—¿Y Tú? —preguntó. ¿Estás feliz?

Suspiré.

—Ben, necesito que hablemos —dije. Necesito saber algunas cosas.

—Pregunta lo que quieras —expuso.

—Bien —inspiré. Primero quiero saber de dónde sacaste todas esas rosas y cómo hiciste para ponerlas en la habitación sin que me diera cuenta.

—Lo arreglé hace un par de días —confesó. Las trajeron a primera hora y aproveché que estabas dormida para colarlas en la habitación.

—¿Y puedo saber cómo sabías que me quedaría? —le interrogué.

—Ethan me ayudó —dijo. Lo del neumático fue cosa suya.

—Sabía que tenías las manos metidas en eso —negué con la cabeza. ¿Pero Ethan?

—Lo lamento —suplicó. No sabía cómo evitar que te fueras a casa de Clare.

—Pues, de haberme devuelto el móvil es lo que habría sucedido —afirmé.

Negó.

—¿Qué intentas decir? —inquirí.

—Elizabeth te dije que no me iría de aquella fiesta sólo con mis hijos —recordó. Me puse de acuerdo con todos y en cuanto Ethan me dijo que no tendrías forma de marcharte, llamé a la empresa de alquiler de coches para reportar el incidente. Les di la dirección de Christie para que fueran a por el vehículo hoy en la mañana y les dije que no necesitabas un coche de sustitución.

—¿Qué? —murmuré. ¿Pero por qué hiciste eso? Ben, hoy más que nunca necesito el coche. Quedé con Clare para ir a ver a mamá.

—Te llevaré yo —dijo. Llamé a Clare anoche. Sabe que estás aquí. Le he pedido que después de vernos se quede a los niños.

—¿Por qué? —pregunté.

—Quiero llevarte a cenar —me acarició la mejilla.

—Ben, yo —titubeé.
—Cielo, ya olvídalo —manifestó refiriéndose a lo del video. Es pasado.
Contemos a partir de ahora.
—¿Cuántas veces lo has visto? —indagué. ¡Y no te atrevas a mentirme!
—Elizabeth —vaciló.
—No —supliqué. Necesito saberlo.
Respiró hondo.
—¿Un par de veces? —sondeé.
Negó con la cabeza.
—¿Tres? —dije
Volvió a agitar la cabeza.
—¿Puedo contarlas con los dedos de las manos? —insistí.
Negó rotundamente.
—Cielo, eso ya no importa —dijo.
—¿Cuantaaaaas? —chillé.
—No lo sé —confesó. Sólo lo he visto y ya está.
Apreté los puños.
Intenté alejarme pero él me detuvo antes que abandonara el salón.
—Elle, mi amor —me abrazó. Olvídalo.
—Ben, has estado mirando ese video porque te produce morbo —le golpeé.
¿No es así?
—Cielo, lo he visto porque somos nosotros —reveló. Por nada más.
—¡Mentiroso! —le golpeé nuevamente. Te pone y por esa razón lo conservas.
—Nooo —manifestó. Lo veía cuando no estábamos juntos y deseaba tenerte, y ese video era lo más cerca que podía estar de ti. ¡Y si, me pone, me pone una barbaridad, y no me pidas que no lo haga porque no puedo evitarlo! Te amo y deseo pasar el resto de mi vida a tú lado.
—Quiero que te deshagas de ese video —sostuve. Saber que existe me pone nerviosa porque temo que alguien pueda verlo.
—Eso no sucederá —me dio su palabra. Créeme. No obstante, si deshacerme de él te hará sentir tranquila entonces lo haré. Tú eres lo que

quiero y te tengo aquí.

Suspiré.

Quería insistirle una vez más para que se deshiciera del video pero confiaría en él. Me había dado su palabra así que esperaría a que la cumpliera.

—¿Ahora estas más tranquila? —me preguntó.

Le miré.

No pero tampoco se lo diría.

—Cielo, relájate —me cogió de la cintura y me dio un beso. Estos días quiero que disfrutemos de las fiestas y de los niños, y hoy en la noche que aprovechemos que estaremos solos.

—Dijiste que iríamos a cenar —le recordé.

—Y luego tendremos toda la noche para nosotros —deslizó sus manos hasta mis glúteos y los apretó con fuerza.

—Ben, no estoy para bromas —dije. Si crees que después de lo que vi haremos algo estás muy equivocado.

—Te necesito —siseó. Llevo mucho tiempo esperando este día. Además, es navidad. Permíteme elegir mi regalo.

Negué absorta.

—Es el único rincón de tú cuerpo que no he tocado —volvió a sisear. Y lo quiero.

—¡Ben! —dije.

—Juro que no te lastimaré —apretó nuevamente mis glúteos.

Negué.

El corazón me latía tan rápido que lo sentía en mis oídos hasta que la voz de Nathaly lo interrumpió.

—¿Mamá, por qué te discutes con papá? —me preguntó.

—No discuto, cariño —mentí. Sólo le preguntaba cómo consigue todo lo que quiere.

—¡Porque es papaaaá! —se carcajeó.

Ben sonrió al oirla.

—Ya le has escuchado —me besó en los labios. ¡Soy papaaaá! De modo que no discutas más y déjame besarte.

Inspiré hondo.

Luego Nathaly volvió hablarme, le vi buscar entre la montaña de obsequios, coger a Jerry de la mano y plantarse ambos delante de mí.

—Mamá, tenemos un obsequio para ti —dijo ofreciéndome un caramelo.
¿Quieres casarte con papá?

Le miré absorta y luego a Ben.

—Mamá, debes decir que sí —sonrió Jerry. Papá dijo que esa es la respuesta correcta.

Ben le guiñó el ojo.

Luego cogió el caramelo, lo abrió y extrajo un anillo del interior.

—Cariño, debes responder que sí —murmuró. Esa es la respuesta correcta.

Asentí con la cabeza y echándome a llorar.

—Cielo, necesito oírtelo decir —suplicó. De todas las cosas que podía planificar esta es la única que se escapa de mi control. Habría dado todo porque no fuera así pero no te quiero a mi lado obligada. Quiero saber que deseas estar conmigo.

—Si —solté con un hilo de voz. Quiero. Pero hay algo más.

Me miró intrigado.

—Quiero que regrese el hombre que conocí —confesé. El de la barba.

—¿Estás segura? —se echó a reír. Creía que no te gustaba.

—Mentí —dije. Me enloquece y quiero pasar el resto de mi vida con él.

Agradecimientos

Recuerdo cuando comencé a escribir esta historia. Hacía cosa de un mes que había abandonado mi país y una profunda nostalgia por lo dejado atrás: la familia, los amigos, el trabajo; el hogar, me obligó a sentarme frente al ordenador para desahogarme.

Confieso que no emergió nada que pudiera servirme para aminorar la tristeza que en aquel momento sentía, pero sí surgió esta novela que en cierto modo recoge muchos de los sentimientos y recuerdos que me embargaban por entonces.

Hoy día me siento feliz. Las pruebas a superar han sido muchas, y sé que aún faltan muchas más, pero soplan vientos de esperanza y me regocijo porque éstos vienen desde muchas partes. Por ejemplo de mi familia y en especial de mi madre. A ellos a agradezco profundamente los ánimos que me han dado todos estos años que he estado lejos de casa y que a día de hoy siguen dándome. ¡Les llevo en mi corazón!

También quiero agradecer a los responsables de que hoy comparta esta historia. Antonio y Nioska. Ambos le han dedicado tiempo a cada línea de esta obra y de no ser así, temo que la misma continuaría en la sombra y oculta en alguna carpeta de mi ordenador.

Finalmente deseo extender mis más sinceras palabras de agradecimiento al equipo de Universo de Letras – Grupo Planeta por su cercanía, disposición a ayudarme y contribuir en la materialización de este sueño.

¡Infinitas gracias a todos!

Índice

Capítulo 1	9
Capítulo 2	19
Capítulo 3	29
Capítulo 4	39
Capítulo 5	49
Capítulo 6	61
Capítulo 7	71
Capítulo 8	77
Capítulo 9	81
Capítulo 10	89
Capítulo 11	95
Capítulo 12	105
Capítulo 13	115
Capítulo 14	125
Capítulo 15	135
Capítulo 16	145
Capítulo 17: Clare	153
Capítulo 18: Ethan	167
Capítulo 19: Maureen	177
Capítulo 20: Christie	193
Capítulo 21: Darrell	201
Capítulo 22: Mel	207
Capítulo 23	215
Capítulo 24	227

Agradecimientos 235